



 Carmen
Amoraga **Basta con
vivir**

Lectulandia

Pepa es una mujer madura que ha pasado gran parte de su vida cuidando de su madre, que enviudó prematuramente y cayó en una fuerte depresión. Pepa dejó su trabajo y se volcó en su madre, pero ahora que ella ha superado la depresión y está rehaciendo su vida, Pepa se siente que ha perdido su tren. Los de su antiguo trabajo no la readmitieron como habían prometido y ahora no le queda más remedio que trabajar en una residencia de ancianos como cuidadora. Se siente frustrada, cree que ha malgastado su vida y su coraza llena de amargura le impide ser feliz.

Durante unas vacaciones forzosas, Pepa se ve obligada a reflexionar y a tomar consciencia de los errores que la han llevado a estar donde está. Paralelamente, un viejo conocido le hace notar la presencia en un banco de la plaza de Crina, una joven rumana embarazada que no habla ni un ápice de español. Crina llegó a España engañada por una red de trata de blancas, que la ha obligado a prostituirse y ahora, a punto de parir, no «trabaja» y está más o menos cuidada porque esa red planea vender al bebé. Pepa poco a poco se acerca a ella, descubre su historia y decide volcarse en ayudarla.

Lectulandia

Carmen Amoraga

Basta con vivir

ePub r1.0

Karras 06-04-2018

Título original: *Basta con vivir*
Carmen Amoraga, 2017

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Cosmina Dohan, que me contó su historia
A Carmen, a Joana y a Carlos, que hacen de la mía una historia mejor
A la memoria de mi padre, esta primera novela que no podrá leer*

1

Como si fuera un eterno nublado

Ignoro tu destreza para cerrar y abrir pero cierto es que algo me dice que la voz de tus ojos es más profunda que todas las rosas...
Nadie, ni siquiera la lluvia tiene manos tan pequeñas.

E. E. CUMMINGS, *Ni siquiera la lluvia*

La habitación está oscura.

En la habitación oscura, una mujer trata de dormir sobre una cama que cruje.

La mujer que trata de dormir en la cama que cruje se remueve, inquieta. Le molesta el quejido del somier, que lamenta con tristeza cada uno de sus movimientos, los de esa noche y los de todas las noches que la mujer que trata de dormir intenta conciliar el sueño en la misma cama en la que nació, hace ya demasiado. ¿Cuánto? Demasiado. No es que piense en la muerte, pero la vida le cansa.

La vida cansa a la mujer que trata de dormir en la habitación oscura en una cama que cruje, seguramente porque por las noches apenas cierra los ojos un par de horas, justo antes de que amanezca y el despertador suene a las siete, y antes a las siete menos cuarto y antes a las seis y media, porque entonces, cuando es preciso que se levante, sí que tiene sueño. Un sueño paralizante, incompatible con la vida, incompatible con la obligación de salir de allí, de ponerse las zapatillas, de abrir el grifo mientras mea, de enfadarse porque se ha olvidado de colocar el teléfono de la ducha en el cubo de fregar para no desperdiciar el agua hasta que se calienta, de poner la cafetera en el fuego, de ducharse mientras sale el café, de tomarse el café al mismo tiempo que se seca con el albornoz fucsia que se compró en el Carrefour el invierno pasado y que le costó muy barato y que ya clarea por las costuras y que casi no le quita el frío y casi ni la seca pero que ella no tira porque ella no es de tirar las cosas porque de tirar nadie se hace rico. Tampoco le da tiempo de vestirse con la ropa que dejó preparada en el mismo galán de noche en el que su madre colocaba la ropa de su marido antes de acostarse. Lo hace, vestirse, de prisa y corriendo. A veces se tropieza, se da golpes con la pata de la cama en las espinillas y se hace moraduras que se le quedan marcadas en las piernas. Luego, cuando se acuerda, le entra risa y piensa que al día siguiente dejará preparada la cámara del móvil para grabar si se cae y enseñarle la caída a Ramón, o a sus compañeros de trabajo, y se figura que se reirán juntos y se hace la ilusión de tener amigos, de tener gente con la que reírse de sus cosas, de sus torpezas.

El galán de noche en el que cuelga su ropa la mujer que trata de dormir sobre la cama que cruje en la habitación oscura es de nogal y perteneció a sus padres. También el cabezal fue de ellos, y las patas de la cama, que tienen forma de garra. De pequeña le daba miedo entrar, pero, al mismo tiempo, quería estar dentro. Se preguntaba qué suerte de milagro transformador se produciría en ese santuario de muebles recios, oscuros, solemnes. Un prodigio que en nada tenía que envidiar a la conversión del agua en vino en las bodas de Caná porque sus padres entraban serios y circunspectos, el padre primero, que para eso madrugaba y los mantenía a todos con la fuerza de su trabajo, y la madre después, cuando ya había dejado a los niños acostados y en silencio, las luces apagadas. La casa parecía muerta hasta que al cabo de un rato el cuarto cobraba vida y de allí no salían más que susurros, risas y

carcajadas, las únicas que se escuchaban enteras, sin interrupción, sin el imperativo que les obligaba a callar en el número trece de la calle Mayor en todas las horas del día.

El somier se quejaba, ya entonces, y a la mañana siguiente, cada mañana siguiente, la habitación devolvía a los mismos padres sobrios y discretos que se despedían con un beso en la frente de cada uno de los hijos y entre los esposos, también.

Ella, que recuerda su infancia como si fuera un eterno día nublado, creció convencida de que el sol llegaría si conseguía permanecer dentro el tiempo suficiente. Creía que, si lo lograba, entrar, permanecer, también sería una persona distinta, aunque fuera por un rato, pero cuando tuvo edad para quedarse el efecto mágico, milagroso, había debido de evaporarse, porque ella es la misma al levantarse que cuando se acuesta. La misma. La misma cuando conecta el despertador sobre la mesilla de noche que cuando lo apaga. Asqueada de la vida. Harta. Nublada. Cansada de esa vida, pero también cansada de estar asqueada, harta, nublada.

La mesilla de noche sobre la que la mujer cansada conecta y apaga el despertador también es de nogal, y sus patas también están hechas en forma de garra, y también perteneció a sus padres. Tiene un sobre de mármol que está cubierto por un cristal fino. En la otra mesilla, la que está más cerca de la ventana, el vidrio está quebrado por la mitad y no tiene fotografías. En la de la derecha, al lado de la puerta, están todas, metidas entre la piedra y el cristal. Todas son ocho: sus padres el día de su boda; sus padres en el bautizo de Francisco; sus padres en el bautizo de Manolo; sus padres en el bautizo de ella; su padre leyendo el *ABC* en su despacho; su madre una tarde noche con un cirio en la mano y una mantilla sobre la cabeza y los hombros en una procesión; ella con Ramón; Ramón. Algunas son viejas, las de ella con Ramón son las más recientes. Sus padres sonrían en la de su boda y su madre no parece triste en la de la procesión; todos los niños lloran mientras les cristianan y Ramón está contento en las suyas, porque Ramón siempre está contento, es su forma de ser.

La forma de ser de Ramón no se le contagia a ella. A veces lo piensa: si Ramón pudiera elegir, seguramente se iría con otra.

Si pudiera, le diría:

—Mira, Pepa, es que eres insoportable.

O:

—Joder, Pepa, es que no hay quien te aguante.

O:

—La Virgen santa, Pepa, es que la vida contigo es un tormento.

Ella solo podría replicarle con algo del tipo:

—Ramón, ordinarieces ni una que no te las consiento.

O:

—No blasfemes, Ramón, que en esta casa no se blasfema.

Pero sobre lo demás, no podría decirle nada, porque Ramón, de poder decirle esas

cosas, no estaría faltando a la verdad. Pero Ramón también está atrapado en esa vida, como ella.

Ya no hacen nada juntos, excepto lo elemental para cubrir las necesidades. A veces, ni eso. Ya apenas si habla con él, no le cuenta nada, no tiene ganas de explicarle qué tal le ha ido en el trabajo o si piensa ir a hacer la compra el viernes por la tarde o el sábado por la mañana, porque su vida tampoco da para más. Él no es que muestre interés. Antes la miraba y solo con eso ella ya sabía que Ramón quería oír su voz, sentir sus caricias. Piensa mucho en eso, en cómo se ha deteriorado su relación, mientras da vueltas en la cama, insomne, enfadada con Ramón que ronca y con el somier que cruje, y se pregunta en qué momento la vida se convirtió en una trampa de la que no puede escapar ni siquiera durmiendo.

A menudo le mira, a Ramón. Le observa en su sueño, tranquilo, y siente cierta envidia de su placidez. Se pregunta si no valdrá la pena ser como él, recuperarle, recuperar lo que seguramente nunca ha tenido y ser feliz. A lo mejor, se dice, cuesta más esfuerzo mantener la cara de culo que ella tiene todo el tiempo que sonreír. A lo mejor si sonriera más las cosas serían distintas, y según lo piensa, se va al baño y ensaya sonrisas frente al espejo para hacerlas al día siguiente, pero no le salen. Le cuesta. Ella es de poco sonreír.

Vuelve a la cama. Se duerme y, a veces, sueña con que la vida le va moderadamente bien. Sus sueños son como es ella, pequeña, de poca ambición. En sus sueños sonríe poco, pero más que en la realidad, y no está contenta a todas horas, pero es feliz con moderación. Acepta, en sueños, los pequeños regalos que le da la vida, una conversación sin trascendencia, unos calamares a la romana con una cerveza antes de comer, nada, tonterías. En sueños, lo nota. Nota que esa es la vida que quiere, no la que tiene.

El despertador la saca de esa otra vida, de esa vida distinta, de esa vida mejor.

Pone los pies en la alfombra y a tientas busca las zapatillas.

Casi siempre le da una patada a Ramón. A veces es queriendo.

Ramón ni se queja.

Se levanta de la alfombra, mueve el rabo lentamente, como con desgana, y sale de la habitación.

Una vez leyó en un reportaje que la gente no puede vivir sin afecto, que uno muere si siente que no le importa a nadie, que si encierras a un mono en una habitación con un peluche al cabo de un tiempo hallarás el cadáver del animal abrazado al muñeco de trapo. Se sobrecogió al leerlo la primera vez y se sobrecoge siempre que vuelve a leerlo. En su cabeza. Se sobrecoge en su cabeza. Lo lee de nuevo, en su cabeza.

En realidad, solo tuvo ese ejemplar de *Viața medicală* una vez entre sus manos, una mañana, temprano, camino de la universidad.

En la revista decía que la muerte sobreviene por una enfermedad que se llama marasmo, que el marasmo es un mal que se vincula normalmente con la desnutrición del bebé durante el primer año de vida, pero que como ocurre cuando las madres destetan a sus niños demasiado pronto en lugares en los que no tienen para comer, los científicos, algunos, habían concluido que el marasmo también tenía que ver con la falta de caricias, y ella pensó en todos los abrazos que sus padres le habían dado durante toda su vida. El último, esa misma mañana, al salir de casa para coger el autobús.

Se iba sin decir adiós. Estaba enfadada porque su madre no le daba permiso para salir el sábado por la noche con Luca, y para ella era vital, vital y no importante, cenar con él y bailar con él y besarse con él hasta volverse loca, y pararle, un poco, las manos cuando Luca quisiera tocarle los pechos y luego dejarle que se los tocara porque en realidad era eso lo que hacía vital que no dejara escapar ni un instante que pudieran estar juntos. Sus manos. Las manos de Luca.

La madre salió al rellano de la escalera.

—Crina, dame un beso, que te crees muy mayor y aún eres una niña.

Ella dijo que no.

La madre la agarró por el hombro, la acercó a ella, la abrazó y la besó en la coronilla.

Luego subió al autobús, y se puso a hojear el ejemplar de esa revista médica que alguien se había dejado olvidada en un asiento.

¿Fue así? ¿Ocurrió así, en realidad? No lo sabe con certeza, pero es así como ella lo recuerda. Su madre en la puerta del piso. Eres una niña. O eres mi niña. O te quiero, niña mía. Y ella, en ese autobús que la lleva a la facultad, no piensa nada más que en la suerte que tiene de que la quieran, de que la quieran tanto, y no se le pasa por la cabeza que todo vaya a saltar por los aires.

No. No lo piensa.

Ahora sí. Ahora piensa en aquel reportaje, tanto, que, a pesar del tiempo que ha pasado desde ese día, ha sido capaz de reconstruir el momento en el que lo leyó.

Está en el autobús. Le quedan siete paradas para la Carod Davila. En la mochila lleva un par de libros que ha de devolver a la biblioteca, un zumo, una botella de agua, un pequeño bocadillo de queso y una carpeta con apuntes de anatomía

fotocopiados. Viste unos vaqueros, una camiseta de manga corta y unas zapatillas. Hace calor, pero por si luego se hace tarde y refresca, en la mochila también hay una cazadora arrugada. ¿Estaba, la cazadora? No lo sabe. En su recuerdo, sí. En su recuerdo hay una cazadora y en la cazadora un móvil y en el móvil decenas de mensajes de Luca. Luca la quiere. A ella. Ja. Luca, que podría querer a cualquier mujer, ha elegido quererla nada más que a ella desde hace dos meses, una semana, tres días y siete horas. Y la quiere por la mañana, y por la tarde y por la noche, y la aguanta cuando está de mal humor y la acompaña cuando se come el mundo de un bocado. Y la lleva a su casa si ha bebido más de la cuenta y no protesta si prefiere ir al cine, aunque él quiera ir a la fiesta de su primo que ha venido del pueblo, y hace planes para una vida mejor, y la incluye. ¿Y si nos vamos, juntos? Eso. Y si nos vamos.

No piensa mucho en Luca. Tampoco en sus padres. Ni en su amiga Cosmina, que se quedó esperándola aquella tarde. Ni en los libros prestados que no devolvió. Tampoco piensa en lo que sería ella ahora. Doctora Dohan, con su bata blanca, sin apenas dormir ni casi comer, salvando vidas en un hospital o en un centro médico, perdido, en el campo. No. En eso no piensa. Lo que quiere es seguir viva. En lo que piensa es en lo que le queda, en lo que la ayuda. Lo bueno se queda dentro, lo malo no lo recuerda.

Piensa, por ejemplo, en que al menos pudo estudiar año y medio de medicina y por eso se dio cuenta de que a Alika, la nigeriana a la que obligaban a llamarse Sharon, le olía demasiado mal el aliento y tenía la orina oscura, y tardaba más tiempo del habitual en despabilarse por la mañana y estaba todo el día medio adormilada. Tienes diabetes, le dijo. Alika no entendía nada. Diabética. Nada. Di-a-bé-ti-ca. Alika movía la cabeza. Fue a la barra, y cogió un sobre de azúcar. Lo acercó a su brazo, a sus venas. Alika afirmó con la cabeza y sonrió. No sabía ni siquiera si la chica negra la entendía, porque nunca había podido hablar con ella. Aun así, le dijo:

—No tomes dulces, procura correr, aunque sea en el pasillo, intenta no ganar peso y no disgustarte.

Sonrió y la otra también.

—¿Me entiendes? ¿Entiendes lo que te digo?

Alika dijo:

—Alika.

Repitió su nombre.

—Alika.

Crina también lo repitió.

—Alika, no tomes dulces, no tomes azúcar, no te drogues ni bebas alcohol.

Las interrumpió la Mami. La Mami es una mujer morena, algo gorda, no mucho, solo en la barriga, con los ojos marrones y el pelo negro. No es alta y no tiene mala cara. No es fea. Es normal, tan normal que cuando va por la calle nadie sería capaz de imaginar lo que hace dentro de la casa. Las trata mal. Les impide hablar entre ellas,

las conduce a la habitación como una carcelera, les elige la ropa con la que se visten al empezar el día, les administra el papel higiénico y la pasta de dientes, las vigila las pocas veces que entra la policía y les pregunta si están ahí por voluntad propia y ellas tienen que decir que sí, que nadie las retiene, que nadie las amenaza ni les pega sin dejarles marcas ni le pone al teléfono a sus hijos pequeños o a sus padres que les dicen que esos hombres que se las llevaron les han mandado una caja de naranjas. La Mami, que las podría salvar, las mira callada y asiente con la cabeza.

La Mami lleva la cuenta de las enfermedades, reparte calmantes y también compresas y se encarga de avisar al resto cuando a alguna no le baja la regla. Si eso ocurre, y ocurre con frecuencia, nadie hace dramas. Nadie quiere tener un hijo en esas circunstancias. Ni siquiera ella, que estaba segura de que sería madre de cinco, lloró cuando la Mami la señaló a ella y se quedó sin el primero. Tampoco es una tragedia cuando alguien de otra banda se encapricha de una chica y se la lleva, o cuando un cliente se enamora de una chica y se la lleva, porque saben que las que se van no hablarán nunca porque tendrán miedo toda su vida y saben también que pronto llegarán otras que creerán que van a limpiar casas o a cuidar niños o a ancianos y que acabarán en la misma cama que han dejado las que piensan que ha acabado su pesadilla.

La Mami se llama Mihaela, y es rumana, como ella. Cuando la vio pensó que una rumana como ella tendría que ayudarla, pero pronto se dio cuenta de que todo el auxilio que recibiría de ella se resumía en una frase: si un cliente te grita o te pega, grita. No dijo nada de si era su marido quien le pegaba, o si era su hijo, o si era cualquiera de los que la vigilan desde la barra para que no hable más de la cuenta con un cliente, o para que no llore, o para que no intente escapar, o para que no advierta a una compañera de que puede morir de una subida de azúcar.

Ya no la vio más, a Aliká. En su cabeza, Aliká está mejor. Es libre y se cura la diabetes con ejercicio y comida y la Mami ha preferido retirarla a otro sitio en el que por fin trabaja de camarera o de cocinera y en el que no la obligan a esnifar cocaína para estar más eufórica y para que su deuda no haga más que aumentar. Ella les debe la que consume a diario, y los veinte euros que le cobran por la comida y la habitación en la que apenas pasa unas horas, y los dos mil setecientos cuarenta euros con veintiocho céntimos que, según Luca, costó el viaje de los dos desde Bucarest, y las flores, los bombones, los libros que le regaló, y las entradas del cine y de los conciertos a los que fueron juntos, y una cadena de plata con su nombre en letra inglesa y unos calcetines con forma de pie. Luca tenía todos los *tickets* guardados en la cartera. Los iba dejando sobre la mesa uno a uno, al tiempo que sumaba con el móvil. No la miró en ningún momento, como si fuese un mueble más de la habitación.

Pero eso no lo piensa. Casi no lo piensa.

Solo piensa que gracias a que empezó a estudiar medicina previno a Aliká de una muerte segura y ella misma ha sabido cómo curarse cada una de las heridas que le

han hecho en estos años. Las de fuera. Las de dentro las tiene como el primer día, en carne viva. Pero quiere vivir. Por eso concentra todos sus recuerdos en ese viaje de autobús, en esa revista médica, en esa mochila llena con la cazadora y los libros y el bocadillo de queso; en ese novio que la quería a ella y en esa madre que la quería a ella, y en esa ella que iba a cumplir todos los sueños que tenía desde pequeña y sería doctora en una aldea y a lo mejor tenía un perro y una cabra y un oso en una casa en las montañas nevadas y cinco hijos. Cinco. Lo demás no es nada. No existe. Es negro. Es una noche que empieza.

Así lo ha elegido ella.

Para vivir.

Odia su trabajo. Podría amarlo. O conformarse. Pero. Lo odia. Lo único que odia más que a su trabajo es a la gente que le dice:

—No te quejes, que por lo menos puedes trabajar.

A veces añaden:

—De lo tuyo.

Cuando alguien le suelta eso, comprende perfectamente que exista la violencia física. Ella no la ejercería. No es que esté en contra: es que no se atreve a pegarse con nadie. Una vez, de pequeña, en el colegio, se pegó con un niño enorme que se llamaba Miguel y le llamaban Miguelón, porque la llamó hija de puta solo porque sin darse cuenta le golpeó por la espalda en el patio y le tiró al suelo el bocadillo de jamón. Hija de puta, le dijo Miguelón, y ella respondió con una bofetada, plas, en medio de su inmensa cara.

—A la salida te vas a enterar —le dijo el niño.

Tampoco le gustan los niños. Ya entonces, a los doce años, no le gustaban. Le parecen crueles, protegidos por esa aparente inocencia. Sabiendo quién iba a perder, formaron un círculo enorme y unieron sus vocecitas chillonas en una sola voz:

—¡Dale fuerte, Miguelón!

Miguelón les hizo caso, y le dio como le pedía su público, fuerte, hasta que la directora, doña Marina, la rescató.

Llegó a casa magullada, con el tirante del vestido roto y con la firme determinación de no enfrentarse nunca más con nadie, por cobardía.

Lo ha cumplido, a raja tabla, y eso que ha tenido oportunidades a montones a lo largo de su vida para liarse a tortazos con los demás.

Por ejemplo:

Con sus amigas Paquita, Amparito y Lolita, que la dejaron de lado para echarse novio y casarse con el novio y tener hijos con el que había sido el novio.

Con Ramón, cuando la abandonó un mes antes de la boda y le dijo que no se imaginaba pasar su vida con una persona tan discutidora como ella.

Con su cuerpo, cuando enfermó y la privó de lo que más deseaba.

Con su padre, cuando se murió.

Con el tiempo, que le regaló todos los disgustos de su vida en el mismo verano.

Con su madre, cuando no superó que su padre se hubiera muerto.

Con sus hermanos, cuando decidieron que era ella la que tenía que hacerse cargo de su madre porque era soltera y porque de todas formas seguía viviendo en la misma casa que su madre.

Con Ramón, cuando supo que en realidad no solo la había dejado por su carácter, sino porque se había liado con una chica de Cuenca a la que había conocido en un viaje de trabajo y que se llamaba Carmen.

Con Ramón, cuando se enteró de que tenía dos hijos con la de Cuenca.

Con sus hermanos, cuando le dijeron que como su madre estaba con la depresión, sería buena idea que se dejara el trabajo para cuidarla y para llevarla a los médicos.

Con los médicos, cuando le pedían que le tuviera paciencia a la madre y que tuviera más en cuenta que estaba sufriendo una enfermedad.

Con sus antiguos jefes, en el *hostal Nova Miraval*, que no quisieron readmitirla cuando su madre mejoró y fue a pedirles su trabajo de antes porque cuando lo dejó le habían dicho que volviera cuando quisiera, que le guardaban el puesto.

Con sus hermanos, cuando le dijeron que total para lo que hacía en la cocina del restaurante tampoco pasaba nada si se quedaba guisando en casa.

Con sus actuales jefes, en la residencia, que la contrataron como cocinera, aunque la comida llega a través de un servicio de *catering* y que en lugar de despedirla la tienen fregando suelos y cambiando pañales a los que no se valen. A estos, a sus jefes, les arrearía más fuerte y más a gusto que al resto del mundo. A ellos los odia. Odia que se dirijan a ella con el mismo lenguaje infantil con el que hablan a los abuelos, todo tan acabado en *ito* —*abuelito, silloncito, pasito, poquito, calentito*— que a ella le dan ganas de mandarlos a tomar por el culito a ver si se dan cuenta de que están hablando con adultos a los que deberían respetar de forma más evidente. Y no es que a ella le gusten los viejos, ojo. No le gustan, ni le producen ternura ni nada porque ella es de poco querer. No sabe. A veces cree que no ha querido a nadie, nunca, y se consuela pensando que a ella tampoco la ha querido nunca nadie. Ni los abuelos, la quieren. Claro que tampoco los culpa. Ella no los trata con cariño, pero procura que no les falte nada. Vigila, mientras limpia, que la enfermera les lleve la medicación a tiempo no sea que vayan a enfermar. Les retira la comida que se les cae de la cuchara en el camino entre el plato y la boca tan rápidamente que casi nunca se enteran de que la han tirado, para que no se entristezcan por ser tan torpes. Está al tanto del estado de las baterías de los audífonos para que nadie se quede sin oír lo que sea que tenga que oír. Sabe cuáles son los programas favoritos de los que pueden ver la televisión y con un pudoroso disimulo los conduce hasta la sala si se les olvida, a los que van en silla de ruedas empujando la silla de ruedas y a los que todavía caminan diciéndoles que se han dejado algo olvidado en la habitación aunque sea, siempre, mentira. Hace esas cosas, y mientras las hace, espera que nadie se de cuenta de que las hace. Le da vergüenza.

Conoce de sobra todas sus historias, y sabe, de sobra, que esa mujer que permanece atada al sillón para que no se caiga sacó ella sola adelante a todos sus hijos porque el marido no regresó de la guerra y sabe que debió ser buena porque no hay domingo que no la visiten y se la coman a besos; o que esa otra, que debe tener mil años pero lleva el pelo negro como el carbón porque su hija es peluquera y se lo tinta allí mismo, en la cama, fue maestra toda la vida pero quería ser actriz y de vez en cuando actúa y se vuelve Nora y le canta las cuarenta a su esposo y suelta:

—Creí ser feliz aquí, pero solo estaba alegre y eso es todo. Eras tan bueno conmigo... Pero nuestro hogar no ha sido más que un cuarto de recreo. He sido una

muñeca grande en esta casa, como fui muñeca en casa de papá. Y a su vez los niños han sido mis muñecos. Me divertía que jugaras conmigo, como a los niños verme jugar con ellos. He aquí lo que ha sido nuestro matrimonio...

Su hija a veces no le hace caso y otras le dice:

—Muy bien, mamá.

O:

—Debiste dejar antes a ese Torvaldo, que era un gilipollas.

O:

—Bravo, Nora.

O:

—Ojalá te acordaras de tus nietos como de esa obra que nunca pudiste representar.

O:

—...

Los conoce a todos. A los que tienen familia y a los que no. A los que vivieron vidas felices y no las recuerdan y a los que han pasado por este mundo sin pena ni gloria y no tienen ni el consuelo de haber perdido la memoria. A veces los familiares la miran, buscando su complicidad cuando se da cuenta de que los observa mientras repasa el suelo con la mopa, pero ella, por más que tenga un nudo en la garganta al escucharlos, no les devuelve el más mínimo afecto con su mirada. Cada uno que aguante lo suyo que ella bastante tiene con lo que le ha tocado y a ella le tocará acabar ahí, o en un sitio como ese. En la parte alta al principio, y en el sótano cuando las fuerzas la abandonen y no pueda caminar o se ponga borde con el resto y les grite o les insulte o les tire la comida. Ahí estará ella. Sola. Sin nadie que se la coma a besos o le tinte el pelo mientras deja de ser una anciana y se convierte en lo que siempre quiso ser porque ella, por no tener, no ha tenido ni el sueño de ser otra Pepa.

Sus jefes, que parece que lo sepan, le hacen bromas del tipo: ay, Pepa, Pepita, que dentro de nada estarás comiendo en el mismo sitio en el que ahora comen los viejos, qué a gustito vas a estar. Como si le hiciera gracia. Piensa que, si llega ese momento, fingirá que ha perdido el habla para no tener que darles conversación y centrará todos sus esfuerzos en vomitar la comida que coma para hacer evidente que les alimentan a base de mierda porque nada puede compararse con una comida recién hecha. Catering. Pero si ni siquiera es una palabra. Qué coño se creerán.

Pero sobre todas las cosas se liaría a tortas con Ramón, no el humano, el animal, con Ramón el perro que se comió sus gafas de ver de cerca enteras, nada más comprarlas, y desde ese día le da coraje comprarse otras porque las otras, las nuevas, le costaron doscientos veinte euros y le da igual que haya pasado un año, dos, tres, porque las otras, las que se comió el perro, no las pudo usar y no le da la gana de hacerse otras aunque lleve todo ese tiempo sin poder leer en la cama y tenga que matar el rato mientras se duerme y no se duerme haciendo cuentas con la vida que tan mal la trata.

Ramón el animal vino como el otro, el humano, a cambiarle la vida y como el otro también le falló. O no, porque si lo mira bien la vida de ella no ha sido la misma después de ninguno de los dos. A Ramón el perro lo salvó de la muerte. Eso es así. Ramón había nacido mes y medio antes de que ella supiera de su existencia, y de su existencia supo mientras repasaba la habitación de una señora que tenía rota la cadera. La señora se llamaba Antonia, y su hija, que se llamaba Antonia también, trabajaba mucho y casi siempre estaba fuera y no tenía tiempo para hacerse cargo de su madre enferma.

Repasar el cuarto de Antonia le tomó mucho tiempo. Quiso dejar los rodapiés inmaculados y de paso escuchar la conversación entre la madre, que quería quedarse en la residencia, y la hija, que quería llevársela a casa.

La madre insistía en la falta de tiempo de la hija.

—Te falta tiempo para todo, hija.

La hija insistía en que tenía tiempo para la madre.

—Para ti siempre tengo tiempo, mamá.

La madre protestaba porque no tenía tiempo para nada.

—Pero si nunca tienes tiempo para nada.

La hija corregía la protesta.

—No tengo tiempo para casi nada, pero para cuidarte sí tengo tiempo.

La madre cambiaba el argumento.

—En tu casa no tienes espacio.

La hija no daba su brazo a torcer.

—Dormiremos juntas, como cuando era pequeña.

La madre se mantenía como una roca, a pesar de que una lágrima le fue directa al ojo izquierdo y se derramó sobre la mejilla, seguramente al recordar a esa mujer cuando era una niña que se acurrucaba en el calor de su cuerpo.

—Pero si ni siquiera cabe el cachorro que ha tenido tu perra y por eso me lo voy a llevar yo.

Se produjo un silencio.

La hija se echó a llorar, ruidosamente. La madre le pasó la mano por la cabeza.

—No llores, que solo van a ser unas semanas. En cuanto me recupere, volveré a casa.

La hija se sonó los mocos.

—¿De verdad? ¿No te quedarás aquí, en este sitio tan horrible?

Pepa se sintió ofendida. A ver. Que horrible era. Es más, que era una mierda. Que los abuelos sanos compartían espacio con los más enfermos y tenían frente a ellos el reflejo de su propio futuro: ahora entras aquí por tu voluntad, pero acabarás con un sistema de sujeción en sillones y camas, como si fueran maletas que no se pueden abrir so pena de perder el contenido que guardan. A ella, lo de las sujeciones, es lo que más coraje la da. Que sí, que entiende que esa medida se toma por su propia seguridad, para que no se caigan ni se lastimen, pero ver a un viejo atado es superior

a todas sus fuerzas. Se ofendió, pero también sintió tristeza porque lo más probable era que esa mujer, Antonia, se quedase allí una vez que se recuperase de la fractura de la cadera, porque lo más seguro era que a Antonia le diera miedo caerse otra vez y pasar la noche en medio del pasillo, sola y acojonada, y un día pasara tras otro, rápido, y le diese de verdad la vejez.

—Al perro me lo puedo quedar yo.

Las dos Antonias se giraron para mirarla.

—Al perro, digo, que me lo puedo quedar yo hasta que usted esté mejor y vuelva a su casa.

Se miraron entre ellas.

—Si les parece bien.

Les pareció bien.

Su madre era una chihuahua y su padre un perro pequinés, le habían puesto Rambo y acababa de comer macarrones con tomate. Se lo dijo Antonia la hija.

—El perro se llama Rambo —se rio, como si fuera algo cómico— porque es el más pequeño de toda la camada.

A Pepa no le hizo gracia.

—Lo ha estado cuidando un primo mío, Ramón. —Volvió a reírse, como si tuviera gracia—. Y le ha dado de comer macarrones con tomate.

A Pepa no le hizo gracia, tampoco. Se imaginó, con razón, al perro cagando macarrones con tomate en cualquier lugar de la casa durante tres días seguidos.

—Puedes cambiarle el nombre si quieres. No creo que mi madre lo quiera cuando salga de aquí. Se lo quedaba solo para hacerme un favor.

Quiso cambiarle el nombre.

Le llamó Ramón, porque el primo que le había dado macarrones para comer le trajo el recuerdo del otro Ramón, el humano, aunque ella, para acordarse del otro Ramón no necesitaba demasiado pretexto.

Le tenía siempre en la cabeza. Todo se lo traía, a la cabeza, una canción en la radio, una conversación pillada al vuelo, un anuncio en la tele, un hombre que le daba macarrones a un perro, todo, y si alguna vez al acostarse se daba cuenta de que no había pensado en él pensaba uy, qué raro, no he pensado en él, y en ese último momento del día lo recuperaba paseando por la calle, o en la Vespino con la que daban paseos a lo tonto, o comiendo pipas en el parque, o haciendo planes, o lo que fuera. Lo recordaba siempre contento, y con pelo, y luego ya se esforzaba en acordarse de cosas malas que nunca eran culpa de ella y siempre de él, y lo imaginaba sin pelo porque Ramón era muy parecido a su padre y su padre era calvo del todo.

A veces le mortificaba con eso.

—Heredarás la calva de tu padre.

Ramón le quitaba importancia.

—Pero también heredaré las tierras.

En realidad, para Ramón sí era importante.

—¿Me querrás cuando sea calvo?

Ella insistía en mortificarle.

—Si ni siquiera te quiero ahora, que tienes pelo.

No era cierto. Ella le quería, mucho, a Ramón. Le quería desde que podía recordar. Desde que iban juntos al mismo colegio y él ni la miraba; desde que empezó a mirarla; desde que la miraba desde su pupitre, pero no le hablaba; desde que empezaron a hablarse con gruñidos y monosílabos a la entrada o la salida de clase, o en el patio; desde que se hablaban, pero no decían nada cuando salían con el mismo grupo de amigos, y así hasta el infinito. Le quería como se quiere al primer amor, a lo loco, sin cuidarlo, pero con el convencimiento de que el material del que estaba construido lo haría resistente a cualquier golpe o herida, incluido el paso del tiempo, y en realidad así fue; el amor de los dos no dio síntoma de lesiones ni por los malos modos de ella ni por las peleas que casi siempre tenían que ver con los malos modos de ella, pero el paso del tiempo sí que lo erosionó. Así lo cree ella. Que fue el paso del tiempo. Que el paso del tiempo les hizo querer cosas diferentes. Que ella le quería a él, pero él quería a la de Cuenca y por eso la dejó. Punto final.

Cuando Antonia la hija le dio al perro que se llamaba Rambo, Pepa no necesitó más pretexto que el de su poco pelo para pensar que no tenía que llamarse Rambo sino *Ramón*, porque le vino a la cabeza que a esas alturas Ramón ya estaría calvo como su padre. Rambo dejó de llamarse Rambo y se llamó desde entonces *Ramón*, por más que Ramón el humano no estuviera calvo ni la hubiera dejado porque quería a la de Cuenca, pero eso era algo que Pepa no sabía, todavía.

Como no lo sabía, ni lo sabe aún, Pepa se alegra de ser egoísta, de vivir sola, de no tener por quién preocuparse, nadie que dependa de ella. Solo el perro, y ni siquiera él. No demuestra tristeza cuando se marcha ni tampoco alegría cuando regresa, y si alguna vez se olvida de ponerle pienso en su comedero no parece que haya pasado necesidad de comer.

Le dice:

—A ver si vas a ser de verdad Rambo y estás entrenado para sobrevivir a situaciones extremas.

El perro ni siquiera mueve el rabo. Yergue las orejas y la mira con desprecio.

Le dice:

—Yo tampoco te quiero.

No lo quiere. No quiere quererlo. Así no tiene por qué dejar que su corazón se rompa en mil pedazos, porque una vez se rompió y todavía tiene la sensación de andar pegando unos trozos con los otros. Le resulta difícil unirlos. A veces le parece que los tiene, que no hay fisura entre ellos y se siente con ánimo para preguntarse si ella no podrá ser feliz, también, un poco. Si no valdrá la pena esforzarse, salir a la calle, sonreír. Pero siempre pasa algo. Algo pequeño, porque en su vida no son grandes ni los disgustos. Alguien que la mira mal. Un filete de carne que se ha estropeado en la nevera antes de que se lo comiera. Una mancha en la camisa que no

se va. Una tarde de sábado más larga que las demás tardes de los demás sábados. Su madre, que de repente es feliz y esa felicidad tiene la capacidad de hacer más grande su miserable miseria, más visibles las líneas de aquel desgarró.

Se da cuenta de que, una vez roto, el corazón ya nunca acaba de quedar bien. Quedan huellas, cicatrices, y le duelen como duelen las fracturas de los huesos cuando va a cambiar el tiempo, antes de que cambie el tiempo.

Ella eso lo sabe porque una vez se cayó por la escalera de casa y se rompió el tobillo y aunque han pasado más de treinta años, su pierna derecha aún le anticipa cuándo va a llover.

Le gusta recordarlo, ese día, porque Ramón, el humano, la estaba esperando en el salón y fue Ramón quien la llevó al hospital en el Renault 5 rojo, a toda prisa, mientras su madre se quedaba en casa porque tenía que preparar la cena para su marido.

A ella no le importó, que se quedara, porque quería que fuera Ramón quien le sostuviera la mano mientras el médico de urgencias le colocaba el hueso en el sitio de un tirón, a lo vivo, pero años después usaba ese momento en contra de la madre, cada vez que no le iba bien atenderla.

Al llevarla al médico:

—Y pensar que tú no fuiste capaz ni de acompañarme al hospital...

Al meterla en la bañera:

—Esto sí que te parece bien, pero cuando yo te he necesitado nunca te he tenido.

Al sacarla de la bañera:

—Debería devolverte lo que me has dado, que es nada. Que nunca me has dado nada, mala madre.

No lo decía en voz alta. Por lo bajo sí. Todo el tiempo. Su madre se acostumbró al soniquete de tal manera que no le echaba cuentas. Al principio sí se lo preguntaba. Qué dices. Por qué te quejas ahora. Pero con el tiempo se le pasó la curiosidad. Ella ya sabía, de sobra, que su hija se quejaba por todo, desde pequeña. Sabía de esa insatisfacción suya, de esa certeza de que la vida nunca era lo suficiente, de ese recelo con el que observaba a los demás. De sobra sabía que a su hija no le iba a ser fácil eso de ser feliz.

Su madre la busca sin parar por toda la residencia. Por eso la odia también. A la residencia. A su madre no, no se atreve. Eso estaría demasiado mal y ella no es de excesos. A su madre solo le tiene manía. Eso se lo puede permitir. Y rabia, y celos. Le tiene tirria porque la responsabiliza de todos sus males, de su mal carácter, de su soledad. Se la echa, la culpa, porque no tiene a nadie más a quien culpar y porque la culpa de todo la tienen los padres, eso está harta de leerlo en las revistas y de oírlo en las telenovelas, pero en su caso es la pura verdad. Sus padres la trajeron a este mundo sin que ella lo pidiera y una vez aquí no se dieron cuenta de que ella era distinta, de que ella era especial, de que ella no quería vivir así, como entre tinieblas, y de que no tenía ni idea de dónde estaba el interruptor que prendía la luz.

Ahora lo busca, sobre todo en sueños. Y de vez en cuando se despierta contenta porque lo encuentra.

Crina tiene veintitrés años, o veinticinco, o quizá veintiséis. No lo recuerda bien porque tampoco sabe a ciencia exacta en qué día está o qué hora es. En su vida, todo es aproximado o como si fuera un sueño. Un sueño pegajoso y lento. Un sueño malo, de los que estás deseando despertar.

Tenía poco más de veinte cuando hizo aquel viaje, pero ahora no sabe cuánto tiempo ha pasado. Se esfuerza por mantenerse lúcida pero no siempre es fácil y no siempre quiere y cuando ocurre que coincide que es fácil y quiere no hay relojes ni calendarios. Una vez, al principio, un cliente tenía el periódico sobre la guantera del coche y alcanzó a ver la fecha: 18 de octubre de 2014. Era sábado, pero no pudo leerlo porque todavía no conocía el idioma y para ella esa portada del diario era una metáfora de su propia vida: un galimatías incomprensible. En el periódico reconocía a Mourinho y a Pep Guardiola, porque Luca era fanático del Barça y del Real Madrid y se pasaba la vida hablando de ellos, siempre le tenían contento porque cuando no ganaba uno ganaba el otro o ganaban los dos y se pasaba la tarde sonriendo, pero Crina no sabía qué proeza habrían protagonizado para estar en la primera página con las fotos enfrentadas ese sábado de octubre. Se entretuvo pensando esto y cuando el cliente se desabrochó la bragueta ya no tuvo tiempo para mucho más. Desconocía el idioma para leer el periódico y desconocía el idioma para hablar con los clientes y con el inglés no se atrevía por si sus captores cumplían su amenaza y hacían daño a su familia, allá tan lejos y aun así tan expuesta, pero tal como había reconocido a los dos entrenadores reconoció las palabras que el hombre le decía: arrodíllate, tócame, métete mi polla en la boca, tócate, ponte así, tócame (otra vez). Aunque a veces malinterpretaba la orden y ponía los ojos en blanco mientras se acariciaba los pechos, por ejemplo, cuando él le había dicho que se colocase a cuatro patas como si ponerse a cuatro patas en el asiento de atrás de un utilitario fuese cosa sencilla, por lo general actuaba como si comprendiese el castellano porque el tono era inequívoco y porque la inmensa mayoría de los hombres actuaban como si solo hubiera una coreografía.

Con el tiempo conoció otros cuerpos de baile. Estaban los que pegaban, o los que querían que hubiera dos chicas, o tres, o los que se quedaban petrificados sin mover un músculo y salían tal como habían entrado, o los que iban en grupo para que uno de ellos perdiera la virginidad, o los que se querían orinar encima de ella, o los que querían dañarla de formas varias, metiéndosela por detrás sin usar cremas lubricantes o negándose a ponerse el preservativo, o los que lloraban desconsoladamente después de correrse, pero también todos estos usaban el mismo tono y bailaban la misma canción.

No era difícil hacer lo que hacía. Bastaba con dejar la mente vacía y con olvidar que alguna vez, entre los pulmones, en el centro del tórax, por detrás del esternón, en el mediastino, había tenido un corazón. Ella lo sabía, que las emociones no estaban allí. De sobra sabía que estaban en el cerebro, pero lo que le dolía era el centro del

pecho, como si fuera a abrirse justo ahí un agujero inmenso por el que se le acabaría colando la vida. Se concentraba en no acordarse de nada, en no pensar en nada, en no sentir nada. La nada, que lo envolvía todo y engullía todo lo que ella había sido, la ayudaba a abrir la boca, a bajarse las bragas, a tragarse el miedo, el orgullo, las lágrimas. Te acostumbrarás pronto, le dijo la Mami, pero aún no se ha acostumbrado.

¿Cuánto tiempo hace que está allí? No lo sabe.

Al principio quiso llevar la cuenta contando los clientes. Bueno. Al principio lo único que quería era morir y a eso dedicaba todos sus esfuerzos: no comía, lloraba todo el tiempo, gritaba sin parar, más fuerte cuanto más le pegaban con el propósito de que la mataran de una vez por todas, pero cuando comprendió que lo único que querían era recuperar su dinero y que no la iban a matar para no perderlo dejó de gritar y también de llorar. Al parecer era mucho lo que les debía, por más que el viaje desde Rumanía hubiera sido en autobús y hubiera pasado los tres días comiendo los bocadillos que ella misma había preparado antes de salir. La Mami le dijo que era por la droga y el alcohol y todo lo que consumía. Ella no era consciente de tomar drogas y el alcohol no lo probaba, pero tal vez se lo diluían en el desayuno, o en la botella de agua que le metían en el bolso antes de dejarla en la carretera porque después del café con leche empezaba a notar que las piernas le flojeaban y que le daba todo un poco igual y al final de la mañana tenía la sensación de que no había hecho otra cosa en su vida, así que sí, era seguro que algo debía tomar que hacía subir esa deuda hasta la estratosfera.

Las sábanas, el papel higiénico, las compresas, la comida, el paracetamol cuando le dolía la cabeza. Todo sumaba. Bah. Fue por entonces cuando decidió contar el tiempo a través de los clientes, pero se cansó pronto. No tenía sentido y además se le olvidaba.

El paso de los días lo tenía claro: se levantaba, se vestía, desayunaba, se montaba en una furgoneta con otras chicas, se bajaba o las veía bajar en una rotonda, esperaba a que parase un coche, se montaba en el coche, se aguantaba las ganas de vomitar mientras hacía la primera de las mamadas de la mañana, vomitaba con disimulo al regresar a su silla medio rota, bebía agua, se sentaba, se levantaba, esperaba, volvía a subirse a un coche, volvía a volver a su silla medio rota, se quedaba pensando que en el coche del que se acababa de bajar había una sillita de bebé y un peluche de un gato naranja sobre la sillita y se imaginaba al niño llorando en la guardería porque su padre se había olvidado de darle su muñeco porque se había ido pitando para que una, una cualquiera, ella o la que hubiera estado allí, le comiese el rabo en la vía de servicio de la autovía antes de volver a trabajar. Durante un instante, pensar en ese niño le dolía más que pensar en ella misma así que cogía el teléfono y marcaba un número que se sabía de memoria para que ese niño saliese de allí, de su cabeza, de su corazón. Pobre. Pobre niño.

El móvil no funcionaba, le faltaba la batería y tenía una esquina partida. La batería se la habría quitado la Mami, seguro, y la esquina estaba partida porque ella lo

tiró con fuerza contra el suelo cuando descubrió que la Mami, seguro, le había quitado la batería y que su madre, la de verdad, no iba a responder al otro lado de esa llamada de socorro. Se asustó tanto cuando vio que el teléfono se había roto que la pena tan grande de saber que su madre no la escucharía decir: «*Mamă, mamă, te rog vino să mă, nu știu unde sunt, dar cred că în Valencia...*», dejó paso al terror paralizante de saber la paliza que le caería por haber dañado el aparato.

Pero no pasó nada. Dijo que se le había caído al bajarse del coche y como esa mañana se había bajado de diecisiete nadie pareció darle la menor importancia mientras recogían el dinero. No es que ella lo llevase encima, el dinero. De vez en cuando, alguien pasaba a recogerlo. A veces en bicicleta, otras en coche. Lo hacen así para evitar robos, pero no es raro que cuando regresan a la casa falte parte de la recaudación o la recaudación entera. Los golpes que reciben cuando eso sucede duelen menos que saber que el dinero que les han robado multiplicará por tres o por cuatro una deuda que no hace más que aumentar.

Lo usaba, el móvil, para mantener fresco el idioma. La casa estaba llena de chicas rumanas, pero ninguna tenía ganas de hablar así que mientras llegaban los clientes ella se entretenía diciendo:

—*Bună ziua, ce faci? Păi, pe aici, stau la soare.*

O:

—*Peștele cel mai bun, tot porcul rămâne.*

O:

—*Fată, trebuie să vezi cât de scump este totul în supermarket.*

O:

—*Uite, ticălosul care îmi fură banii a căzut sub o mașina pentru o salva o pisică care era pe șosea. Ființa umană este capabilă de cle mai bune și de cele mai rele lucruri.*

El móvil se lo quitaban a media tarde, al llegar al piso. El piso era viejo y tan grande que nunca llegó a saber cuántas habitaciones tenía ni cuántas chicas dormían allí. En su cuarto había tres camas, pequeñas, pero las chicas iban y venían y pocas veces eran las mismas. Por las noches, muchas lloraban hasta que se dormían y, cuando se dormían, algunas se orinaban en la cama de puro miedo o hablaban en sueños. Casi todas llamaban a su madre. *Мать. Mãezinha. Yeye. Mamita.*

El día que pudo ver la fecha en el periódico del coche de aquel hombre hubo veinticuatro hombres más. Los contó y al contarlos se dio cuenta de que debía de ser sábado, o quizá domingo. Los fines de semana, por la mañana, muchos maridos les decían a sus mujeres que se iban a lavar el coche y como tenían más tiempo no se conformaban con una mamada. Los sábados y los domingos eran días de penetración, una tras otra; días de caer en la cama literalmente reventada, de no tener fuerza ni para comer el bocadillo reseco que le daban al entrar en el piso y que devoraba, aunque oliese mal, en el mismo colchón en el que luego se dormía, agotada, sin tiempo ni para pensar ni para lamentar su suerte. Pero ese día, el de la foto de

Mourinho y de Pep Guardiola, que era 18 de octubre de 2014, Crina supo que hacía justo tres meses y una semana que no veía a la suya, y también llamó a su madre cuando se durmió. *Mămică*.

María José Vilar Piquer nació en Miraval el 7 de septiembre de 1963 pero este acontecimiento podría haberse producido diez años antes, o quizá quince, o más, porque María José Vilar Piquer fue desde el comienzo una niña mayor, una chica vieja, una mujer anciana. Amargada.

Antes de convertirse en la madre de María José, llamada Pepa para abreviar, Josefa Piquer había parido ya otros dos hijos vivos y una niña que nació muerta. El primero se llamó Francisco, como el padre; el segundo Manolo como el abuelo. A la niña, como nació muerta, no pudieron bautizarla, pero Josefa en su pensamiento la llamaba María porque no le había dado tiempo a pensar un nombre mejor y porque María se llamaba la madre del hombre con el que en realidad hubiera querido casarse, aunque no pudo ser.

No pudo ser porque el hijo de María, que se llamaba Rafael, desapareció de Miraval sin dejar rastro y sin haber mostrado nunca interés alguno por Josefa, que tampoco le había contado jamás a nadie que le gustaba ese chico moreno y alto, desgarrado y de ojos azules con el que se cruzaba de vez en cuando sin que entre ellos mediaran palabras. Pero Josefa, que era propensa a soñar y a imaginar vidas buenas, se había acostumbrado a dormirse fantaseando con que la suya transcurría al lado de él, rodeada de hijos y de risas que no acababan. Josefa quería ser peluquera o secretaria y le gustaba la idea de que Rafael se hiciera maestro, se dejara bigote y paseara con ella del brazo por las calles de Miraval mientras los niños a los que enseñaba les decían al pasar:

—Buenas tardes, don Rafael. Qué guapa está hoy su señora.

Le gustaba lo de la peluquería para poder peinarse y arreglarle el bigote a su marido, pero lo de ser secretaria le parecía moderno y exótico y también le daba pie para imaginar que, cansado de que su mujer trabajase para otros en la capital, Rafael le propusiera montar una academia en la que él fuera el maestro y ella la directora y entonces se vestiría siempre con un traje de chaqueta azul —siempre el mismo no: tendría varios— y se cardaría el pelo para parecer más alta y le cortaría el bigote de todas formas a su esposo porque ella tenía mano natural para la peluquería. La fantasía no progresaba porque le entraba sueño y la resolvía rápido: tenían cinco hijos, se reían todo el tiempo y eran felices hasta que se hacían viejos y se morían cogiditos de la mano casi al mismo tiempo sin dolor ni miedo porque los dos sabían que en el cielo se reunirían y que en el último día resucitarían con el gozo de saber que ya no tendrían que pasar por la muerte.

La realidad fue que el hijo de María se marchó sin que ella llegara a hacer realidad ninguna de sus imaginaciones y Josefa se tuvo que conformar con llorar cuando nadie la veía y con consolarse cantando canciones de moda. Ay que me debes un beso, no te lo perdono, me debes un beso y me lo cobraré. Échame en los ojos un *puñao* de arena, mátame de pena pero quíereme. Y aunque yo quisiera no puedo

olvidarte porque siempre vas dentro de mí. Y así, hasta que se cansaba de cantar o de llorar, lo que ocurriera antes.

Josefa, que tenía quince años cuando Rafael desapareció y estaba convencida de que la vida tenía la obligación de devolverle el destino que le había robado, se hizo a la idea de que se quedaría soltera hasta que Rafael regresara y trabajaría sola en la peluquería que pensaba montar en la calle Mayor de Miraval, porque estaba cerca de la plaza de la Iglesia y era de las más transitadas en los paseos de los domingos. Soñar era parte de su naturaleza, eso era un hecho.

Josefa había nacido en la guerra y había dado muestras de ser una superviviente desde que no era más que una criatura, como aquel miércoles de enero en el que su madre se empeñó en acompañar a su padre a cortarse el pelo a una barbería de la calle de la Paz y como no tenía con quién dejarla se llevó en brazos a la pequeña, que tenía nueve meses. Allí murieron todos, barberos y clientes, pero ellos tuvieron tiempo de guarecerse en un refugio. Al día siguiente, el periódico —¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos!— contaba que el ataque de los aviones italianos con los que Mussolini apoyaba a Franco para que ganase la guerra había matado a ciento veinticinco personas, pero el único efecto que el ataque tuvo sobre Josefa fue que empezó a tomar fruta y patatas aplastadas con el tenedor porque a su madre la leche se le cortó de la impresión. También sobrevivió a un sarampión y a una caída por la escalera que la tuvo dormida varios días en el hospital. A veces dejaba de soñar y se daba un baño de realidad y se decía oye, Josefa, que has esquivado a la muerte varias veces, seguro que una rotura de corazón no será tan grave.

Un año después de la marcha de su amado, Josefa le pidió a su madre que la llevara a la feria del libro que se celebraba en la ciudad y que se anunciaba a bombo y platillo en todos los periódicos, incluido aquel en el que la madre leyó la noticia del bombardeo. La madre, por darle el gusto y porque estaba aburrida, la acompañó la tarde del día 15, que era domingo, y recorrió con ella los puestos en los que las librerías de la ciudad exponían sus novedades. Josefa, que sabía leer y le gustaba —cosas ambas infrecuentes—, se compró *El camino* y le preguntó al dependiente si acaso no tenía novelas escritas por mujeres y como él le respondió que en la tienda sí tenían pero que ahí no, no tuvo más remedio que arrastrar a su madre al cabo de un mes, porque quería la novela y porque los sueños nuevos le indicaban que el corazón roto estaba empezando a recomponerse.

Con Francisco tuvo más suerte. Era un hombre culto, tímido y con ganas de mejorar que supo ver en los ojos de esa adolescente enamoradiza una oportunidad de oro para cambiar de vida. No es que no la quisiera, porque quererla la quería, pero no a la manera romántica de la que al cabo de dos años sería su mujer.

A pesar de ser librero —en realidad lo era de forma casual porque había llegado allí después de vender máquinas de coser y libros a domicilio— era de pocas palabras y poco dado al romanticismo, y era listo como el hambre que había pasado —siempre decía que nunca había comido tres veces al día hasta que hizo la mili— de modo que

la cuarta, quizá la quinta, vez que Josefa fue a la librería concluyó que:

1. Josefa estaba interesada en él.
2. Josefa tenía poco trabajo y mucho tiempo para leer.
3. Josefa disponía de dinero.
4. Josefa era de buena familia.
5. Él tenía que casarse con Josefa.

La quinta, quizá la sexta, vez que Josefa fue a la librería salió con *La familia de Pascual Duarte* y con una cita para ir al cine. La novela no le gustó y le cogió manía a Camilo José Cela para los libros siguientes. La película, que era de risa, la dejó que ni frío ni calor pero cuando Francisco se reía se inclinaba hacia ella y le repetía en el oído la parte del diálogo que le había hecho gracia así que fingió que todo era mucho más divertido de lo que en realidad era para sentir cerca de ella la piel de él, que olía como su padre, a Varón Dandy, porque sentirla le provocaba cosquillas en la boca del estómago y un poco más abajo, también.

¿Sabe eso, acaso, Pepa? Claro que no. No lo sabe. Nunca se ha preocupado de saber cómo pasaron sus padres esos dos años de novios. Si se besaron poco o mucho o si alguna vez cuando se despedían en la caída de la tarde la mano de él se acercó al final de la espalda o al nacimiento de los pechos y ella la dejó pasar o si acaso le cruzó la cara con una bofetada. Nunca supo si su padre le dedicó o no una canción en la radio y si ella se alegró por el gesto o le decepcionó la falta de detalle en el caso de que no lo hubiese hecho. Tampoco supo si su padre añoraba otra novia, otra vida, o si estaba loco de amor por esa chica que se hubiera enamorado de cualquiera pero le había escogido a él, suerte la suya, porque él había soñado siempre con casarse con una mujer guapa y daba la casualidad de que la chica fea del todo no era y era de familia corta, más suerte todavía, porque como no había nadie más al poco de entrar en la casa él ya se encargaba de ayudar al suegro en las cuentas del comercio de patatas, que el buen hombre tenía en exclusiva para la zona y daba por cumplido el segundo de sus sueños: no tener que preocuparse nunca más por su futuro.

Pero eso tampoco lo ha sabido Pepa. Tampoco le importaba no saberlo. No le ha dado la curiosidad. Ha tenido suficiente con observar las migajas que le han ido dejando como sin querer los días lentos, contenidos, encadenados unos tras otros, cosidos unos a otros con un hilo invisible. Por fuera parecían normales. Por dentro estaban secos, huecos, rotos. Solo en ese dormitorio la vida cobraba vida.

Cómete las lentejas. De cena están las lentejas que no te has comido a mediodía. Lentejas para desayunar y así hasta que te comas las (puñeteras) lentejas. Pepa cedía, y se aguantaba el vómito mientras se las comía, arrepentida de haber prolongado un día la agonía. No levantes la voz. No hagas ruido. No molestes. Doma ese carácter que tienes que así no te va a aguantar nadie. No tienes derecho a llorar a ese novio que te ha dejado. Tu vida importa menos que la del resto. ¿No te decíamos que así no

ibas a conseguir que nadie te aguantara? Tantas veces se lo han dicho que no le ha quedado más remedio que darle rango de ley a esas palabras. Pepa, no hay Dios que te aguante. Así es como ella recuerda a su familia. Como árboles que crecían uno junto al otro, uno contra el otro, sin llegar a formar nunca un bosque.

Lo de las bombas de la guerra, lo de la feria del libro, lo de la boda, lo sabe ahora. Se lo ha contado su madre, distraídamente, como si fuera esa peluquera que siempre soñó y cortase el pelo a trasquilones, un poco por aquí y un poco por allá. O a lo mejor es que ella no le ha hecho caso mientras se lo cuenta, porque tampoco su madre le hacía caso cuando ella le contaba las cosas y ahora saborea su venganza dándole de tomar su propia medicina.

Y lo de Rafael, también lo sabe. Pero eso no se lo ha contado su madre. Eso se lo ha contado Pilar, que hace el turno de la noche. Entra a las ocho y presume de pasarse el rato durmiendo de un tirón, sin hacer caso de los viejos que se quejan porque solo hacen eso, dice, quejarse sin motivo. Ahora también alardea de saber secretos de amor.

—¿Sabes que tu madre se ha echado novio?

—Sí, mujer.

—...

—...

—En serio: se ha echado novio. Se esperan a que tú te vayas para cogerse de la mano.

—...

—Son tan ideales... Tu madre está obsesionada con que tú no te enteres. Nos tiene prohibido que te hablemos de esto.

—¿Y por qué coño me lo cuentas?

—Pues para que lo sepas.

—Pero si ella no quiere que lo sepa, ¿por qué me lo cuentas?

—Pues porque yo, si mi madre tuviera novio, querría saberlo.

—Sí, seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que lo que te pasa a ti es que eres una cotilla de mierda.

—...

—...

—Hija, menudo carácter tienes.

A su madre no le ha dicho que lo sabe.

Crina de pequeña soñaba con vivir cerca del mar. Con salvar vidas, también, pero eso lo soñaba ya de mayor. Su sueño más antiguo era vivir en una casa al lado de la playa. Lo sueña desde que tenía nueve años y su padre ganó un viaje para dos personas en un concurso de la radio y se fueron los tres. Desde su cuarto, por una esquina del balcón, se veía el azul del mar. Se hospedaron en el hotel Paradise y ella lo recuerda así, como un paraíso. Sus hermanos se quedaron en Bucarest. Dariana dijo que tenía un examen, pero en realidad quería quedarse a solas con su novio. Petru dijo la verdad: no tenía ganas. Los padres no insistieron. Pensaron que los mayores eran mayores, que valía la pena pasar tres días con la pequeña, la que había llegado sin que la esperaran, cuando Dariana ya tenía trece años y Petru diez, ocho meses y medio después de que bebieran demasiado en la boda de un primo y se pusieran contentos y una cosa llevara a la otra y él le levantase el vestido y ella se dejase bajar la ropa interior allí mismo, en el baño, sin pensar en las consecuencias, que no eran únicamente que alguien abriera la puerta del lavabo y les sorprendiera así. Qué va. No habían pensado tener más niños, pero cuando supieron que Crina estaba en camino lo interpretaron como una señal de la buena suerte porque Crina llegaba justo cuando todo estaba cambiando, cuando el mundo iba a ser diferente, cuando nadie iba ya a imponerles cuántos hijos podían tener ni en qué ni dónde debían trabajar ni el minúsculo piso en el que iban a vivir, exactamente igual al piso minúsculo en el que vivían los demás. Dariana y Petru habían crecido con poca comida y con mucho miedo, con estanterías vacías en las tiendas y con un manto oscuro sobre su porvenir pero con Crina todo sería diferente: ellos le darían a Crina, a todos, un futuro distinto, un futuro mejor, pero cuando llegó aquel premio de tres días en un balneario del mar Muerto lo único que habían sido capaces de darles era el beso de buenas noches antes de que se fueran a dormir.

Mientras su padre se daba baños de barro para el reuma, ella se quedaba en la piscina con su madre, pero no se bañaban porque hacía fresco todavía y a Crina enseguida le salían anginas. Su padre no tenía reuma, pero igual se envolvía en fango sin compartir el premio con nadie, para prevenir y porque para eso había tenido él la idea de llamar a la radio y había ganado el concurso. Luego se reunía con ellas, se bañaban aunque el agua estuviera helada y paseaban hasta que anochecía o hasta que les dolían los pies, y se metían en un bar y se morían de la risa contándose quién sabe qué. Fueron a ver la mezquita del Sultán Esmahan, que es la más antigua de Rumanía, y se quedaron con las ganas de ir hasta Asesino porque ella la noche de antes soñó que una de sus olas gigantes los engullía a los tres y de nada sirvió que le explicaran una y otra vez que en mayo no era posible que se dieran olas de tamaño semejante. Ella era así, temerosa, y sus padres eran así también, consentidores. No consentidores de comprarle cosas ni de aceptar el chantaje de una rabieta, sino consentidores con las emociones y las necesidades más básicas. ¿Tienes hambre?

Pues come. ¿Tienes sueño? A dormir. ¿Tienes miedo? Ya iremos a Asesino la próxima vez y, si no hay próxima vez, ya veremos las olas en la televisión. ¿Quieres estudiar medicina? Encontraremos el dinero donde quiera que esté el dinero porque si es imposible es que puede hacerse.

Crina se acuerda de eso. De los esfuerzos de sus padres por hacer de sus hijos personas buenas, generosas, confiadas. De sus ganas de ver el mar. De su miedo a las olas gigantes.

Vive cerca, del mar, o eso le parece porque a menudo observa volar a las gaviotas. No le gustan las gaviotas. Tienen buena fama, como las palomas, pero en realidad son como ratas con alas. Más de una vez las ha visto pelear en combate a muerte por un pedazo de pan. Bueno, en realidad no las ha visto más de una vez —solo ha sido una—, pero como cada vez que ve una gaviota se acuerda de aquellas que peleaban le da la sensación de que todas son iguales, de que todas se lastiman, de que la gaviota no es el símbolo ni de la paz ni de la libertad sino de la derrota y de la mezquindad. A menudo hace esfuerzos por detener esos pensamientos, pero a menudo también los deja fluir para ver hacia dónde van porque intuye que es la única manera de que ellos no ganen esa otra batalla a muerte, como la de los pájaros.

Crina vive dividida entre su necesidad de añorar y su necesidad de olvidar. Entre su necesidad de que su piel sea dura y nada la hiera y su necesidad de que el dolor la traspase, la lacere, la golpee y el moretón le recuerde que no ha perdido esa cualidad que la hizo llegar hasta allí, la inocencia, la capacidad de amar, porque sabe que si pierde eso, justo eso, dejará de sentir que sigue siendo un ser humano.

A veces le ocurre que se duerme de madrugada y se da cuenta de que ese día no ha llorado ni ha tenido ganas de vomitar ni ha tenido que detener la tentación de contarle a un hombre, a uno cualquiera, lo que le está ocurriendo y no lo ha hecho, no ha querido arrojarle debajo de un camión, asume que ese ha sido un día de derrota. No quiere llorar ni vomitar ni mucho menos suicidarse. Ella lo que quiere es seguir viva pero seguir viva en esas condiciones significa no olvidar lo que es, una mujer, un ser humano, y no un despojo, un deshecho, nada. Se lo repiten a diario. No eres nada. Desde el primer día. Nunca le dicen que no vale nada, porque algo sí que vale. Vale lo que come, lo que bebe, lo que viste, lo que esnifa. Vale lo que vale el jabón con el que lavan su ropa, la medicina con la que trata de curar su resaca, la visita del ginecólogo que se cerciora de que ya no está embarazada, otra vez. Vale cinco entradas de cine, dos cajas de bombones, un vestido negro, una gargantilla de plata, una cantidad indeterminada de cenas, tres ramos de flores, por supuesto los billetes de autobús y lo que comió y bebió en ese viaje, y los gastos de la semana que pasó en aquella casa, con Luca.

Estaba en la playa. Él le dijo que los dueños eran unos primos lejanos de un primo cercano, Nicolae, que tenía una cicatriz, pequeña, encima de la ceja izquierda. La cicatriz le daba aspecto de niño travieso, y así se lo dijo a Luca cuando se lo presentó. Él se rio y le dijo:

—Sí, ha sido un niño travieso.

Ella le preguntó por qué, y él dijo:

—Acaba de salir de la cárcel.

Ella le preguntó qué había hecho, y él dijo:

—No ha hecho nada malo. Solo ha tenido mala suerte.

Los primos lejanos eran amables. Les dejaron la habitación más grande, que tenía un balcón que daba directamente a la playa y aunque era invierno y hacía frío ella insistió en dejar los ventanales abiertos para escuchar el sonido de las olas, una tras otra, olas discretas, suaves, y no como aquellas que no llegó a ver nunca, las de Asesino. Se lo contó la primera noche, lo del viaje y demás, pero Luca no le hizo demasiado caso. Ella lo comprendió porque el trayecto había sido largo y pesado y porque seguramente le inquietaban todos los trámites que les esperaban al día siguiente: ir a homologar el título, buscar un trabajo, un piso, empezar esa vida que le había prometido y que les había llevado hasta allí. Pobre Luca.

Al día siguiente, se levantó cansado. Dijo que tenía fiebre, aunque ella no se la notó cuando le besó al despertarse. Los primos les habían preparado el desayuno en el jardín, que no daba a la playa. Había huevos, beicon, jamón y pan con tomate, que le dijeron que era de lo más típico de allí. También había zumo de naranja y cruasanes rellenos de chocolate, que los habían comprado en un horno que se llamaba el Horno del Sol y que era el más bueno de la zona, le dijeron. Y una torta redonda con una sardina y una longaniza, que era también tradicional en la zona. La mayor parte de la comida se quedó sobre la mesa, y lo mismo pasó a la hora del almuerzo. Por la noche, propuso salir a cenar fuera, pero le dijeron que en invierno todo estaba cerrado y debía de ser cierto, porque por el paseo no se veía un alma. Buscó el cuerpo de Luca, desnudo a su lado, pero él le apartó la mano: volvía a tener fiebre. Cuando le dijo que no le notaba caliente, Luca salió de la habitación y no regresó a dormir con ella, pero a la mañana siguiente había recuperado la salud y el buen humor. Pasearon por la arena. Luca le pasó el brazo por los hombros todo el tiempo que duró la caminata y por la noche la llevó a cenar a un bar del pueblo en el que no había casi nadie. En la televisión daban un partido de fútbol y él pasó más tiempo mirando la pantalla que hablando con ella, pero Crina prefirió no tentar a la suerte y no provocar otro enfado. Al llegar a la casa hicieron el amor y luego él se giró hacia la ventana. Ella le hizo cosquillas con las yemas de los dedos hasta que se durmió. No notó nada. No se dio cuenta de nada. A veces se martiriza con eso, un poco. Cómo no te diste cuenta de nada, estúpida. Pero de ahí no pasa. Sabe que no tiene sentido. Que no le sirve de nada. Se esfuerza por no pensar.

Cuando se despertó, Luca no estaba. Tampoco lo encontró en la cocina, ni en la terraza. En la casa no había nadie y ella se sentó a esperarles en el salón. Fuera hacía sol. Hacía un día luminoso. Pensó en ir a la playa. No fue, a la playa.

Los primos lejanos llegaron antes de la hora de comer, con dos hombres. Luca apareció al poco rato. Para entonces ya había sido sometida, sin un solo golpe.

Vencieron su resistencia enseñándole las fotos de Didila, la hija de su hermana que apenas si tenía un año. También le mostraron imágenes de sus padres y de Petru, y sacaron de una bolsa de plástico un pantalón muy corto y un corpiño negro, transparente, y le aseguraron que si no pagaba la deuda tendrían que pagarla ellos y que si ellos no la pagaban todos acabarían muertos, la niña la primera, pero que si ella colaboraba todo sería rápido y nadie sufriría. Crina iba a preguntar qué deuda era esa cuando apareció Luca con las facturas de los regalos y los billetes y todo lo demás. La prima lejana añadió lo que había gastado mientras estuvo en la casa, luz, agua, comida. El primo dijo que también tenían que contar la cena de la noche anterior, y la caja de preservativos que Luca compró para acostarse con ella unas horas antes. Luca hizo un gesto, como diciendo, ay, qué bobo, casi lo olvido. Uno de los dos hombres preguntó si habían gastado todas las gomas y como le dijeron que no, pidió el resto para enseñarle a la nueva cuál sería su trabajo.

Todos rieron.

Ella odia la risa, desde ese día.

La del turno de noche lleva razón.

Josefa no quiere que su hija sepa que está enamorada. Es más: Josefa teme que su hija sepa que está enamorada tantos años después de haber estado enamorada antes y de que el dolor de ese amor tan grande la tuviese muerta en vida aquellos años. Sí. Lo reconoce. Le gusta el melodrama. Le ha gustado siempre. El melodrama y la telenovela y aunque hubiera preferido vivir esos trece años de su vida que no vivió, también le parece bien poder decir que a ella se le murió su marido en la cocina sin poder beberse ni el café del desayuno y que a ella el corazón se le paró en ese mismo momento. A ver. No le parece bien que su marido se le muriese en la cocina sin haberse bebido el café del desayuno, y aunque se lo hubiera podido beber y se hubiese caído fulminado sin estar en ayunas tampoco le hubiese gustado, pero poder decir lo de su propio corazón le hacía sentir mejor. Le parece que eso es el signo incontestable de haberle querido. Tanto. Como si fuera una princesa hindú obligada a arrojar viva a la pira funeraria de su esposo muerto, solo que a ella no la había obligado nadie. En realidad, fue así. A ella no la obligó nadie a estar también muerta; a lo que la obligaban era a mantenerse viva. Eso la convertía en heroína de telenovela. Le daban comida, agua, medicamentos. La llevaban al podólogo, al fisioterapeuta, a don Ricardo, el médico de cabecera. Era Pepa quien la llevaba. Los chicos iban de vez en cuando. Ella los veía, y oía a Pepa quejarse todo el tiempo, día tras día, semana tras semana, mes tras mes y año tras año. Estaba como muerta, pero no estaba muerta, ojo, estaba viva a su pesar. Le daba todo lo mismo. Era un trozo de carne, un guiñapo. Los medicamentos le sentaban bien, le venían bien, porque la tenían todo el día atontada, como sentada en una nube. Ella no lo cuenta así. Ella lo que cuenta es que pasó esos trece años como dormida, como durmiendo, decía, como si viviera en una pesadilla. No lo hizo aposta. Le salió así. Su corazón se quebró con el de su hombre y tuvo la mala fortuna de que el resto de su cuerpo no la acompañó. Mira a Pepa y se siente culpable, pero si no mira a Pepa se siente orgullosa, porque ese paréntesis en su vida hace más grande su amor. Se siente superior al resto de los viudos, que superan sin mayor problema la muerte del otro. Cuatro lágrimas, dos pastillas, y a jugar al bingo los miércoles en el hogar del jubilado, como si nada.

Así lo dice si alguien le pregunta.

—Yo quería tanto a mi marido que cuando se me murió me cogí la depresión.

A menudo añade:

—A otros no les pasa, pero, mira, a mí me tocó.

También lo piensa así, que le tocó no vivir trece años de su vida como a quien le toca un premio en la lotería. A ella le tocó amar mucho, intensamente; le tocó vivir una vida plena, feliz y corta al lado de alguien que era bueno para ella, que era honesto, trabajador, simpático y guapo; que era un padre cariñoso, un marido fiel, un compañero generoso que no escatimaba el dinero para hacer regalos, un vestido el día

del santo, un anillo para el aniversario.

Le va bien haber tenido esa depresión que la convierte en heroína. La depresión hace más bueno un amor que ella recuerda mezquino porque ella sabe que su marido lo tenía todo bueno excepto una cosa, una cosita de nada, un detalle sin importancia alguna, y es que no se parecía, ni de lejos, a lo que ella había soñado toda la vida. Francisco, el pobre, con todas esas virtudes, con esas ganas de hacer el amor que tenía día sí y día también, que era hasta cansino el hombre, se murió sin desayunar y sin saber que cada día su mujer se levantaba dispuesta a quererle como quería al hombre que vivía en su imaginación, el que llevaba bigote y le ponía una peluquería en la calle Mayor, y que se acostaba con la pena infinita de saber que la realidad siempre salía perdiendo con la fantasía. Pero eso no lo dice, lo piensa nada más.

También piensa en la lotería que le ha tocado a su hija. La de parecerse tanto a ella. La de tener dentro de la cabeza un mundo que se parece muy poco al mundo real. Pobre Pepa. Lo piensa, también, nada más.

Desde que está en la residencia tiene más ganas de decírselo. De decirle:

—Pepa, que la vida no es como te figuras.

O:

—Pepa, que la gente no es como te la imaginas.

O:

—Pepa, que vivir no es dejar pasar un día después del otro, que el día menos pensado te mueres con el café en la mano y no hay más oportunidad.

La ve tan infeliz, a Pepa, que se le parte el corazón. Pero eso tampoco lo dice. Lo piensa, solo.

Lo ha pensado siempre. Incluso, le parece que lo pensaba cuando estaba deprimida y la saliva se le escapaba por la comisura de los labios, y, desde luego, lo pensó cuando se recuperó y retomó su vida y empezó a arreglarse el pelo y a comprarse ropa y a llamar a sus amigas para tomar café, mientras Pepa seguía empeñada en jugar siempre al mismo número de la lotería, el de la amargura y el aburrimiento.

Eso sí se lo decía:

—Qué aburrimiento de vida, Pepa, hay que ver, podrías divertirte un poco.

Pero la mirada de asco que le devolvía su hija le quitaba las ganas de decirle el resto: que si Ramón tampoco hubiera valido la pena, que si luego no la hubiera hecho feliz, que si la vida real no tenía mucho que ver con la vida imaginada, y todo lo demás, y menos mal que no lo hizo, menos mal que no se lo dijo porque ahora se da cuenta de que tampoco ella estaba en lo cierto.

Pero eso forma parte de lo que no quiere que sepa su hija. Por eso Pilar la del turno de noche lleva razón.

Josefa no quiere que Pepa se entere de que una tarde de hace siete meses, cuando aún no había empezado *Amar es para siempre*, una ambulancia llevó a la residencia a un abuelo que se había caído en la calle dos semanas antes y se había roto la cabeza

del fémur. Como aún no había empezado la serie, Josefa se acercó a la puerta. Ella misma se había roto la cabeza del fémur unos años atrás, así que siendo un alma caritativa como ella era se acercó a la puerta para decirle al anciano palabras de aliento, de ánimo, de tranquilidad. Un no se preocupe usted que verá cómo pronto está bailando un zapateado o corriendo como el Coyote o haciendo lo que quiera que usted hiciera antes de caer víctima de su torpeza, buen hombre, no tenga miedo ni pena. Algo así. Lo normal.

—No se preocupe usted, caballero, que aquí nos atienden muy bien.

El hombre no la miró.

—Yo tuve la misma lesión que usted, y ya me ve, tan ricamente. Todos los domingos voy al baile, no le digo más.

El hombre la miró.

—¿Cómo se llama?

El hombre le dijo su nombre.

—Rafael.

A ella le pareció que tenía una verruga en la sien izquierda, grande, rosa, igual que él, y que el dedo corazón de la mano derecha lo tenía aplastado en la yema, chata, roma, como la de él, y que la forma en la que el pelo le entraba en la cabeza por la frente dibujaba la misma eme que le había dibujado a él, tantos años atrás.

—Pero ¿eres tú, Rafael?

Rafael le dijo que sí, que era él, Rafael.

—¿Y sabes quién soy yo, Rafael?

Rafael, que estaba atontado por las medicinas y no sabía ni dónde estaba, le dijo que sí, que sabía quién era ella.

Fue una intuición. Una tontería. Pero el corazón empezó a latirle con fuerza, con ganas, y no por inercia. Le latía como le latió entonces, una vida antes, cuando todo estaba por pasar. Le latía tan rápido, tan alegre, que al levantar la vista y ver la imagen que le devolvía el espejo de la entrada, con una estampa de la Virgen de los Desamparados en una esquina, le sorprendió que fuera la de una vieja y no la de una niña excitada y enamorada.

—Ay, Rafael, pero qué alegría.

No quiere que su hija lo sepa.

La del turno de noche, Pilar, le ha jodido la vida. Ha ido por ahí diciendo que tiene el carácter podrido y que arrastra problemas mentales; a las demás compañeras les advierte que no se fíen de ella, que el día menos pensado es capaz de coger la fregona y de rompérsela a cualquiera en el lomo por la espalda o algo peor y a los viejos los convence para que la teman. Cómo no la han de temer, les pregunta, si esa no quiere ni a su madre, es imposible que los trate bien a ustedes. Se lo ha dicho su madre. Que les dice que cuando les sirve la comida seguro que escupe dentro.

—Yo no la creo. Tú nunca has tenido facilidad para salivar.

La mira, buscando afecto en su respuesta. Pero no lo tiene, ni el afecto ni la respuesta.

Insiste:

—Además, sí que me quieres.

Pepa mantiene un silencio obstinado.

La madre insiste.

—Cómo no me vas a querer.

Pepa se va.

A los jefes, también se lo ha dicho. Que no está bien de la cabeza y que un día que le dijo una nadería casi le pegó un bofetón.

Los jefes la llaman al despacho. Los jefes son hermanos, Ismael y Miguel. No son gemelos, pero casi. Ella piensa que sus padres en lugar de preservativo usaron papel de calco porque los hicieron iguales: bajos, gruesos, rubios, de manos pequeñas y dedos gordos, con sonrisa bobalicona y con esa manía de reducirlo todo a la nada con sus diminutivos.

—Pepita, que nos dicen que estás un poquito malita.

—...

—Pepita, tiene razón Ismael. ¿Qué te pasa? ¿Estás cansadita?

—No.

Los hermanos se miran. Habla Ismael, que es el mayor y es el que siempre interviene primero.

—Pepita. Nos ha dicho un pajarito que estás crispada.

—Que no.

Se miran de nuevo. Habla Miguel, que puntualiza lo dicho por su hermano.

—Más crispada de lo normal. Porque tú de normal, Pepita, estás siempre crispada.

—Que no.

Ismael insiste.

—No es eso lo que nos dicen, Pepita. Trabajas mucho. ¿Por qué no te coges unos diitas de vacaciones, descansas, te relajas y te olvidas un poquito de este ambiente? No te creas que no nos damos cuenta de que esto es un poco deprimente.

—...

—Pepita, tiene razón mi hermano.

—...

—Venga, Pepita, no seas tozuda. Nosotros preferimos que te cojas unos días, a cuenta de las vacaciones de verano, eso sí.

—Pero si estoy bien.

—Haz caso, Pepita. Mejor eso que tener que despedirte.

—¿O me voy de vacaciones o me despedís?

—Mujer, dicho así suena feo.

—Es que es feo.

—También es feo lo que nos ha contado Pilar.

—Pilar es una hija de puta que dice que mi madre tiene un lío con un viejo de la residencia.

—Tu madre no tiene un lío, tiene un novio. —Se ríen. Primero Ismael y luego Miguel—. Eso es motivo de alegría. Amor, amor, amor nació de Dios para los dos...

Los hermanos pasan de la risa a la carcajada.

—A lo mejor si fuera vuestra madre no os parecería tan divertido.

Los hermanos se miran, de nuevo. Se ponen serios y habla Miguel.

—A lo mejor si te divirtieras un poco más la vida no te parecería tan mal plan.

—Tú también deberías tomarte unos días de descanso. Has hablado sin usar diminutivos. A ver si vas a estar malo.

Es Ismael quien se enfada. Pepa piensa que debería haberse reído, porque su frase ha tenido gracia. Ella es graciosa pero la gente no se da cuenta. Los hermanos, tampoco.

—Se acabó. No vuelvas hasta el lunes. Y como no cambies de carácter, lo mismo te despedimos cuando regreses.

Pepa cree que no puede resistirse, pero sí puede y no dice:

—Si me despedís no tendréis que esforzaros para decir finiquito, pareja de zopencos.

Lo que dice es:

—Pero... ¿qué va a pasar con los abuelos? Estarán esperándome...

—Nadie es imprescindible, Pepita. Seguro que encontramos a alguien.

Sale del despacho con la cabeza gacha, enfadada con sus jefes por lo que han dicho y con ella misma por lo que no ha dicho, y se encuentra a Pilar, la del turno de noche, haciendo su trabajo. La odia, pero en el fondo, debajo del odio, del enfado, la comprende. Si ella trabajara en el turno de noche a lo mejor también haría lo que tuviera que hacer para dejar de trabajar en el turno de noche. Pilar tiene un marido y dos hijos y solo los ve un rato por la tarde, cuando salen del colegio, que parecen Mario y María, los de *Cruz de navajas* de la canción de Mecano. Se lo contaba antes, cuando no es que fueran amigas pero tampoco enemigas. O a lo mejor no se lo ha contado a ella y la ha escuchado contarlo a otra persona, a la que hace el fin de

semana, seguramente. Si ella tuviera un marido y dos hijos a lo mejor también haría lo que tuviera que hacer para verlos algo más que un rato por la tarde, cuando salen del colegio. Se imagina que los tiene, el marido y los dos hijos, mientras observa a Pilar la del turno de noche empujar la silla de ruedas de una vieja que se llama Rita. Su hija se llama Andrea y su hijo Ramón, como el padre. En su fantasía Ramón no la ha dejado, ni por su carácter ni por esa de Cuenca, que se llamaba Carmen. Ramón en su imaginación tiene mal genio y se ha quedado calvo y no tiene trabajo estable y no baja la tapa del váter después de mear pero, ay, la quiere mucho y se lo dice a todas horas y le tiene paciencia cuando a ella se le tuerce el humor y le cuenta chistes y la paella a la leña le sale para chuparse los dedos y si la tiene que hacer en el fuego de la cocina tampoco se le da mal, y cenan fuera todos los sábados por la noche porque los viernes, que es el mejor día para salir, en la tele ponen *Tu cara me suena* y eso hay que verlo y lo ven los cuatro juntos y hacen sus propias votaciones como si fueran el jurado, y muchas más cosas que no le da tiempo a pensar entre que lo ha empezado a pensar y ha llegado hasta donde está Pilar, la del turno de noche, empujando la silla de ruedas de Rita, a la que llaman Rita la vieja para diferenciarla de Rita la joven, que es la podóloga que viene los martes.

Pilar la mira, desafiante, como diciéndole ¿ves lo que te pasa por no alegrarte de que tu madre se haya echado novio? Y ella siente que algo tiene que hacer para no quedar como una pringada, como aquella vez que se pegó con ese niño, Miguelón, en la puerta del colegio. El recuerdo de Miguelón le trae otra vez el recuerdo de Ramón y eso le da mucha rabia porque en realidad ha pasado mucho tiempo sin pensar en él y ahora le piensa a diario. Bueno, eso no es verdad del todo porque ha pensado en él a diario cada día desde el día en que Ramón la dejó. Primero por lo evidente, y luego ya por el perro, el otro Ramón. Pero ahora lo piensa porque le ha dado por pensar que Ramón la dejó por culpa de su madre, que era una amargada que amargaba todo lo que estaba a su alrededor, incluida ella misma. Sabe que no, que no fue así, que la dejó porque no la aguantaba a ella, pero el inesperado romance de su madre con ese hombre lo ha removido todo. ¿Por qué se acuerda de Miguelón? Porque tal como ocurrió aquella vez, siente que todo la empuja a pegar a Pilar igual que le pegó a aquel muchacho, aun a sabiendas de que iba a perder. Y de Ramón, ¿por qué se acuerda? Porque Ramón fue el único que se acercó a ella después de la pelea. Ramón, que ese día vestía un cuello de cisne blanco y unos pantalones de pana marrón, manchados ambos, y que sonreía sin el incisivo superior derecho, le preguntó que si estaba bien y luego no volvió a hablarle en años, y que cuando ella le recordaba aquel episodio siempre decía:

—Ese no era yo.

Pero sí que era, estaba segura.

Su enemiga insiste con su postura. Ves lo que te pasa, pringada. Trata de mirarla con desprecio infinito pero como no está segura de que le vaya a salir bien su mirada se detiene en el reloj de pared. Son las ocho y veinte de la mañana. Huele a café y a

galletas. Los que pueden ya están desayunando. Los que no pueden tienen que esperar a que ella vaya a ayudarlos pero hoy los ayudará Pilar, que esa semana no va a hacer el turno de noche y está contenta por eso y porque en su mundo le ha ganado una absurda batalla. Piensa ay, madre mía, y ahora qué voy a hacer yo toda la semana sola. Se le para el corazón porque cree que se va a poner a llorar y ella no ha llorado en público ni una sola vez en toda su vida. Para evitarlo, se concentra en cerrar fuerte, bien fuerte, el puño derecho. Lo aprieta tanto que los nudillos se le ponen blancos y las uñas romas le hacen daño en la palma de la mano. Le va a reventar la cara allí mismo, a Pilar. Eso no va a ser bueno para ninguna de las dos y a lo mejor también es malo para alguno de los abuelos, los que tienen problemas con la tensión y seguro que se asustan con el alboroto, porque seguro que Pilar le devuelve el puñetazo y se lía una buena, pero ya no hay marcha atrás. Mejor perder el trabajo que perder la dignidad. Levanta el brazo, pues, para hacer lo que tiene que hacer y cierra los ojos. Que sea lo que Dios quiera, piensa, pero lo que Dios parece querer es que su madre le detenga la mano.

—Pepa, ven conmigo, acompáñame, que aquí hay mucha lagarta suelta.

Rita se da por aludida, y protesta.

—Señora Josefa, que yo a usted no le he hecho nada.

—Señora Rita, no lo digo por usted. Lo digo por la que le empuja a usted el carro, que es una hija de mil putas.

Pilar tuerce el gesto pero no dice nada porque ahora que ha cambiado el turno prefiere conservar el trabajo; Pepa se deja llevar, dócilmente, por su madre. Es la primera vez que la oye insultar a alguien y le sorprende su naturalidad, como si lo hubiera hecho toda la vida, pero le pasa como a Pilar y prefiere no decir nada. Ni siquiera pregunta a dónde van; piensa que tal vez la va a llevar a su cuarto y se va a sentar en la cama y le va a pedir que se siente a su lado y le va a ofrecer su hombro y la va a abrazar mientras llora y no le va a decir, hija, no llores, que es algo que tampoco le ha visto hacer en la vida, y está segura de que cuando ella deje de llorar llamará Rafael a la puerta muy despacio con la empuñadura de su bastón y su madre dirá pasa y él pasará y la madre le dirá mira, hija, te presento a Rafael aunque ya le conoces porque hace un mes que estuvo muy malo, tú le cambiabas el pañal cada mañana pero ahora ya está mejor y ahí lo tienes, hecho un pincel, y ella le dará dos besos y le dirá encantada, Rafael, muchas gracias por hacer feliz a mi madre a estas alturas de la vida, y a su madre le dirá ay, mamá, gracias por haberme sacado de ahí y si no se le quiebra la voz añadirá ay, mamá, perdóname este carácter de mierda que tengo que estoy todo el tiempo enfadada con todo el mundo y ni yo misma sé por qué, pero la vida, esta mañana, tampoco va a ser como ella quiere que sea. La vida es obstinada, esa mañana y todas las mañanas, y se empeña en que nada esté a la altura de lo que espera, de lo que imagina. Su madre pasa de largo de su habitación y no se detiene hasta que están en el rellano de la escalera, frente al ascensor.

—Ordena la casa, llena la despensa, cómprate ropa, hija, que vas hecha un

adefesio.

—...

—En una semana te va a dar tiempo a muy pocas cosas, pero algo es algo.

Pepa insiste en no decir nada. La madre rellena los huecos.

—¿Que cómo lo sé? Pues porque he estado escuchando detrás de la puerta, hija. Tú es que te crees que las madres no sabemos nada, que yo no sé nada, pero las madres lo sabemos siempre todo, y yo soy tu madre y lo sé todo de ti.

A la madre le da igual que Pepa no hable.

—Todo lo sé. Que te crees que todos estamos en contra tuya pero la única que está en contra tuya eres tú, que has sido enemiga de ti toda tu vida. Que tienes la cabeza llena de voces que no te dejan oírnos a los que te hablamos de verdad.

La madre abre la puerta del elevador y mete a su hija dentro.

—He llamado a la peluquería. Estaba cerrada y les he dejado un mensaje. Les he dicho que vas a ir a teñirte el pelo. Adiós.

Cierra la puerta. Por detrás de la puerta la oye decir:

—Esta hija mía seguro que no va a la peluquería.

En efecto, Pepa no va a la peluquería. No porque no sepa a cuál ha llamado su madre, ni porque no quiera teñirse el pelo, ni porque esté enfadada por lo que ha pasado o desconcertada por lo que su madre le ha dicho, todo ese torrente de palabras, todas esas palabras, eso de las voces y demás. Tampoco es porque esté empezando a preguntarse si no tendrá razón Pilar y se está convirtiendo en un peligro para los demás y para ella misma. Es que no sabe qué hacer. A falta de la rutina se siente huérfana, desvalida. Camina hacia casa, pero tampoco quiere llegar a casa porque en casa no hay ya nada que hacer y si no va a casa no sabe hacia dónde ir.

Por la calle, las madres pasan rápido con sus hijos de la mano camino del colegio. Algunas son amorosas y les ríen las gracias, otras llevan mala cara y les meten prisa porque llegan tarde y una dice que sí cuando una niña pregunta si le comprarán una napolitana de chocolate al llegar al horno de la plaza. También la adelanta algún padre, con los pequeños al hombro. Hace frío, pero no mucho, y un sol, tímido, anuncia un día de invierno que será cálido hacia el mediodía. Se mete las manos en los bolsillos del abrigo y comprueba que sí, que la madre que ha dicho que compraría la napolitana ha dicho la verdad y la ha comprado cuando han llegado a la panadería de la plaza.

Se sienta en un banco a ver cómo la gente desaparece hasta que el trasero se le queda frío y se levanta. En el banco queda una mujer. Una mujer no, una chica. Una chica rubia, alta, triste y embarazada.

Va a casa, al fin.

Ramón va hacia ella, mueve el rabo y le olisquea el zapato, pero pierde interés de inmediato y se enrosca en su manta. El sofá mantiene el calor de un cuerpo que no debería haber estado allí y, para castigarlo, le coloca de nuevo el arnés y lo saca a la calle sin el abrigo. Que se joda el perro. El abrigo es en realidad una gabardina gris

con cuadros rojos, y lo ha comprado en el chino de la esquina porque ya refresca por la mañana y por la noche y Ramón el perro es como Ramón el humano, de poco pelo y con poca resistencia al frío.

Ajeno a la venganza de su dueña, el animal se deja llevar a la plaza y orina en cada palmera y le huele el culo a un perro callejero que le huele el culo a su vez a Ramón. Pepa una vez leyó que olerse el culo para los perros es como leer una tarjeta de visita y se figura que se están presentado: hola, qué tal, me llamo Ramón. Hola, encantado, yo no tengo dueño y tampoco nombre, puedes llamarme como quieras. Joder qué suerte, no tienes dueño, mira la mía, menuda hija de puta, ahora en cuanto llegue me pienso follar sus botas. Harás bien y, si puedes, méate un poquito en ellas que eso les jode un montón.

Le da risa. Ella es graciosa, en realidad, solo que nadie lo sabe. No lo han sabido antes sus jefes y no lo sabe nadie en ese instante, porque está como está siempre: sola.

Le da rabia. Le pega un estirón al perro y lo aleja de su nuevo amigo sin que puedan despedirse.

Pasa por delante de la chica rubia, triste y embarazada.

Se miran.

No se dicen nada.

Hasta que empezó a chuparla por diez euros, ella solo había estado con Luca. Pero casi no lo piensa.

Cuando preparaba el viaje, el viaje de su vida, se compró un diccionario de español y también un libro por Amazon. Luca le quitaba la idea de la cabeza. Pero para qué vas a aprender idiomas, si solo vas a hablar conmigo. Ella no era capaz de ver en esa frase nada más que amor. Ahora, a veces, cuando está sola y se acuerda, se da con la cabeza golpes contra la pared. No muchos, ni muy fuertes. No quiere hacerse daño ni tampoco que el ruido la delate. Es un golpe pequeño, un susurro apenas. *Prost, prost, prost*. Estúpida. Cómo no preguntó ni una sola vez:

—¿Y cómo voy a entender algo en las clases si no sé español?

Luca espantaba sus temores con un beso, o con un gesto de la mano, como diciendo, bah, qué más da, si lo importante es que te quiero con locura y vamos a estar siempre juntos viviendo de nuestro amor. O eso entendía ella. Bah. Qué más da.

El golpe siempre es suave, como de mentiras. Siempre llega despacio, despacio. Despacio, también, el insulto. *Idiot*, golpe, *nebun*, golpe, *retardat*, golpe, golpe, golpe, por haber confiado en que él le estaba tramitando los papeles para el cambio de matrícula o para la homologación de asignaturas en virtud a sus sobrados conocimientos de fontanería. Porque Luca era fontanero. Ella nunca desconfió. Nunca pensó ni siquiera que se equivocaría en el trámite porque nunca había rellenado una solicitud, mucho menos una matrícula. Quizá ni siquiera era verdad que fuera fontanero, eso lo piensa ahora. Entonces no, porque entonces no le importaba nada, mientras se pasaba el santo día recitando el comienzo de un libro, el año en que Onofre Bouvila llegó a Barcelona la ciudad estaba en plena fiebre de renovación, y al cabo de un rato repetía: el año en que Onofre Bouvila llegó a Barcelona la ciudad estaba en plena fiebre de renovación, y al poco tiempo continuaba con su retahíla: el año en que Onofre Bouvila llegó a Barcelona la ciudad estaba en plena fiebre de renovación.

Ahora, que no sabe el tiempo que ha transcurrido desde que entonaba esa frase que tantas puertas había de abrirle, también hay una frase que repite una y otra vez: chuparla diez veinte follar, chuparla diez veinte follar, chuparla diez veinte follar. Treinta por detrás.

Una vez intentó escaparse. Ya no estaba en la rotonda, sino en un club que se llamaba Tres Hermanas. Antes había sido un restaurante pero una de las tres hermanas se murió y las otras dos quisieron vivir un poco antes de morirse ellas también y le vendieron el local a un hombre rumano que no tenía muy buena pinta y que luego se lo vendió al otro hombre rumano que tenía mejor pinta que más tarde la compró a ella del otro rumano que parecía normal y que era el que la tenía en la rotonda.

La Mami le contó lo de las hermanas. A veces la Mami está habladora y les

cuenta tonterías mientras comen. Otras veces las ignora, como si fueran animales o muebles. La mayor parte del tiempo las trata mal.

Crina piensa en las hermanas. Se las imagina gordas, una peinada con un moño canoso y la otra con el pelo todavía negro y corto. Imagina que tienen tres hijas cada una y que cada una de sus tres hijas tiene hijos también. Imagina que las tres hermanas tuvieron dos padres que seguramente también tenían un restaurante, quizá ahí, en el mismo sitio, en la carretera, y que fueron ampliando el negocio conforme aumentaba el tránsito de la nacional, con los camiones y los inmigrantes que en verano volvían al pueblo y paraban a almorzar. Sí. Se entretiene fantaseando con los padres de las tres hermanas decidiendo hacer habitaciones en el piso de arriba para cuando alguien bebiese de más en la comida y tuviese que echar la siesta o para los que ya estaban cansados de conducir y querían hacer noche y quizá también para que los amantes pudieran tener sus encuentros secretos lejos de los maridos o de las mujeres. Es cosa de ellos, a nosotros qué más nos da. Piensa que uno le diría a la otra eso o algo parecido si una o el otro tuviera reparos al pensar en ellos, en los amantes. Seguro que trabajaron mucho, los padres de las tres hermanas y las tres hermanas también antes de ser solo dos y darse cuenta de que era mejor morir de viejas que deslomadas y decidieran venderle el local a ese hombre rumano que luego se lo vendió al otro que dejó de despachar paellas y huevos fritos y empezó a ofrecer cuerpos de mujeres, algunas apenas niñas, como si fueran mercancía. Al ver al primer rumano puede que una de las hermanas le dijera a la otra qué mal aspecto tiene este hombre, a ver si va a poner un puticlub. Si lo hizo, si lo dijo, la otra hermana debió decir lo que decían sus padres (es cosa de ellos, a nosotros qué más nos da) y para vencer la resistencia de su hermana probablemente añadió no seas agonías, mujer, que esas cosas solo pasan en las películas.

Crina las comprende. Ella misma no era capaz de pensar que lo que le pasa a ella ocurría de verdad, fuera del cine o de las cosas que siempre les ocurren a los demás. Y su madre, en su casa de Bucarest. Su madre, que no sabe que la llama desde un teléfono sin batería que tiene una esquina rota, tampoco sabe que su hija la pequeña, la inesperada, la que quería tener una granja de animales perdidos, la que soñaba con ser médico, la que se enamoró de un fontanero, ya no responde por Crina sino por Nicoleta a veces y otras veces por Raluca y que a ella, que le gustaba tanto su nombre porque era un nombre de flor, no le parece mal llamarse de otro modo porque así es como si fuera otra la que hace lo que ella está haciendo. Es como si le pasara a otra. Esto es lo que pensará su madre si piensa en ella: que es una desagradecida, una egoísta, que no valora lo que sus padres han hecho por ella, lo que le han dado, la educación, los valores, la capacidad de poder elegir. Pensará que eligió mal y que ha tirado su vida por la borda por irse con ese chico. Pero no de esa manera, porque las cosas que pasan de esa manera siempre les pasan a los otros. A Nicoleta. A Raluca. Pero no a Crina.

Prost. Idiot. Nebun. Retardat.

Los hombres que se la follan tampoco piensan que está obligada a hacerlo. Seguro que han leído algo sobre mujeres raptadas, engañadas, amenazadas, pero esa que está con ellos, esa que viste como una puta y que habla como una puta y que bebe como una puta y que se ha peleado con otra (puta) para que la eligiera a ella y no a la otra, está ahí por gusto, o por vicio, o por necesidad o porque prefiere arrodillarse para que se la metan por detrás que para fregar escaleras. Esa que se desnuda y que se toca y que les toca, esa, no finge el orgasmo; esa se corre de verdad porque es una mujer libre que podría ser física cuántica pero ha elegido estar ahí porque le ha dado la gana porque a las putas que son esclavas se las follan los otros, no ellos. Por eso esos hombres que están con Raluca o con Nicoleta le preguntan qué quiere beber y no le dicen nada sobre si la pueden ayudar.

Alguno sí lo ha hecho, no con ella, desde luego. Eso también se lo ha contado la Mami cuando ha tenido ganas de hablar: que alguna vez algún cliente se ha encaprichado de una chica y le ha dejado las llaves de su coche en un bolsillo para que lo buscase en el aparcamiento o la ha pedido para hacer un domicilio y luego no ha vuelto. Bah. A la Mami le da igual. Les da igual a todos porque saben que vendrá otra que la reemplazará y porque les alegra saber que la chica cambiará de chulo pero no de trabajo. Quién os va a querer a vosotras, que no valéis para nada más. La creían, a la Mami. Ya no valían para nada más.

Pero ella una vez intentó escapar. Lo pensó, al menos, y con eso se consuela. Al club iba a veces la policía y también, de vez en cuando, aparecían unas chicas que trabajaban para una ONG. Les daban preservativos, les preguntaban si iba todo bien, si estaban ahí por propia voluntad. Todas decían que sí aunque ninguna decía la verdad. La policía y las chicas de la ONG les dejaban tarjetas con números de teléfono, como si ellas pudieran llamar a alguien, y les repetían que podían irse con ellos en ese momento, en ese instante, y que las protegerían y las ayudarían a empezar una vida nueva, distinta, digna. Crina las creía. Seguro que podían llevársela, y protegerla, y ayudarla, pero ¿y a su familia, la protegerían también?, ¿protegerían a su hermana, a su sobrina, a sus padres? A lo mejor ni siquiera les hacían daño; a lo mejor no se llevaban a Didila mientras jugaba en el parque en un descuido de Dariana y no la violaban tan fuerte que le rompían la espalda. A lo mejor solo abordaban a su madre a la salida de casa, o a su padre, en el trabajo, y le mostraban fotos de ella, tal vez un vídeo. Mira tu hija, qué bien lo pasa, mira tu hija, cómo le gusta que se la follen por delante y por detrás, mira tu hija, que no le importa compartir un hombre con otra mujer, mira tu hija, mírala, y el dolor de sus padres la paralizaba entera. Paralizaba su huida, cualquier intención de rechazar el preservativo y decir la verdad: ayúdame, no quiero estar aquí, sácame de aquí.

La vez que lo pensó, hacerlo, fue cuando se quedó embarazada de su tercer hijo. Al primero se lo quitaron con una pastilla, a los dos meses del retraso. Para arrancarle el segundo, la llevaron a un médico que la hizo abortar sin dirigirle la palabra. En las paredes de la consulta había fotos de bebés y ella pensó cuántas mujeres gestarían a

sus hijos en el mismo lugar en el que a ella le robaban al suyo. Como estaba convaleciente, estuvo dos o tres días sin que nadie la tocara. Después le dieron una paliza y le rompieron el tabique nasal, como si quedarse embarazada hubiera sido cosa suya y no la obligaran a acostarse sin condón con quien se lo pidiera a cambio de pagarle más, y la mandaron a trabajar como si nada con un cliente que le preguntó si quería que le pusiera bien la nariz porque había hecho un curso de primeros auxilios pero no mencionó las señales del resto de golpes. Ella le dijo que sí y aquella fractura casi no se le nota.

Como si nada trabajó hasta que se dio cuenta de que no le bajaba la regla, otra vez. Pensó en escapar. Lo pensó de verdad. Pensó cuando venga la policía no me callaré, cuando vengan las de la ONG no me callaré, pero ni la policía ni las voluntarias volvieron por el club antes de que la Mami se diera cuenta de que estaba embarazada de nuevo. Le preguntó de cuántas faltas como si le estuviera escupiendo y ella contestó que de tres como si confesase un pecado, un error.

Siguió pensando en escapar cuando la sacaron de las Tres Hermanas y la llevaron a otro sitio. ¿A dónde? No lo supo. Pero a otro sitio. Era un piso pequeño, que compartía con una abuela blanca y un joven negro. Entre ellos no se hablaban, y tampoco le dirigían la palabra a ella. Crina esperó durante días a que la violaran, o le pegaran o la obligaran a practicar sexo con alguien, pero no pasó nada. La anciana le ponía la comida en la mesa tres veces al día, y el negro entraba y salía de la casa a voluntad. Ella misma empezó a pensar que podría salir y no volver, pero el terror se lo impedía. Su mayor logro fue asomarse al balcón, con los ventanales cerrados, y observar a las personas ir y venir por la plaza que hay abajo, triangular y adornada con palmeras.

Una tarde, casi de noche, la vieja le dio un abrigo y el negro la empujó hasta la puerta, hasta el ascensor, hasta la calle, hasta un coche. El negro condujo y la vieja estaba a su lado. Crina temblaba como una hoja, no podía evitarlo. Ahora me van a matar, pensaba, y lo pensaba sin miedo, pero ya hacía tiempo que notaba a su hijo moverse dentro de ella y la idea de que él también muriera le daba terror. Pero no la mataron. La llevaron al mismo médico que la otra vez le arrebató a su bebé, el de las fotos en las paredes, que esta vez sí habló con la vieja después de tomarle la tensión y hacerle una ecografía. En la ecografía pudo ver, por primera vez, a su hijo. A su hijo de cabeza redonda, de formas perfectas, de movimientos suaves y de latidos rápidos.

Le habló al médico:

—*Să nu-mi răniți copilul...*

Pero el médico no le contestó y le dijo a la vieja:

—Que camine y que le dé el sol.

Como no dejaba de llorar, pensó que la vieja o el negro iban a pegarle, pero no le hicieron daño, ni en la consulta ni en el coche ni tampoco en la casa. No la miraron con afecto ni con pena, pero no la forzaron a tomar la cena y los oyó hablar en voz baja como si no quisieran molestarla.

A la mañana siguiente, temprano, la vieja le dio otra vez el abrigo y el negro la empujó de nuevo hasta la puerta, hasta el ascensor, hasta la calle.

La dejaron en la plaza.

La vieja hizo un gesto con las piernas, como de andar, y le dijo:

—Camina un poco.

Y señaló un banco con un dedo arrugado y afilado y añadió:

—Cuando te canses siéntate ahí.

Crina veía pasar a la gente. A veces se le acercaba un perro y algunas veces detrás del perro venía el amo que le decía tranquila no muerde o no hace nada solo es muy pesado y se quedaba esperando una respuesta pero ella nunca se atrevía a hablar con nadie. Pensaba la respuesta. Pensaba en correr y escapar. Pero nunca decía nada, ni hacía nada. Lo pensaba, nada más.

2

La vida es un verso largo

Porque estamos contruidos de una gran esperanza, y sabemos que nada puede pasar que nos detenga.

GIOCONDA BELLI

Ramón tiene buen carácter, seguramente porque se conforma con poco. Está convencido de que la diferencia entre la felicidad y la infelicidad no es cuestión de letras sino de expectativas y las suyas han sido siempre más bien bajas: tener cubiertas las necesidades básicas, ser moderadamente feliz, que le traten bien, querer a alguien, que le quieran. Sí. Por ese mismo orden. Está convencido de que ese es el secreto de que tenga una vida buena. Ese, y su segundo gran convencimiento vital: lo que viene conviene, no vale la pena rebelarse contra el destino ni preguntarse por qué a otros les pasan las cosas que en realidad mereces tú, ni mucho menos enfadarse por eso, ni tampoco enfadarse por lo que has perdido, por lo que añoras. Las heridas que ya han cicatrizado ya no duelen, ni siquiera cuando va a cambiar el tiempo. Así lo piensa, Ramón. Ramón piensa además que pensar otra cosa no es más que una tontería.

Ramón casi nunca piensa en Pepa, porque a Ramón lo que le gusta es pensar en cosas bonitas; además, pensar en Pepa le deja mal sabor de boca y está seguro de que ella ya no piensa en él. Al principio le costaba sacársela de la cabeza, y eso que había sido él quien tomó la decisión de dejar de quererla. Porque quererla se había vuelto una misión imposible. Pepa y su enfado perpetuo. Pepa y su facilidad por descubrir la falta, el fallo, el error. Pepa y su incapacidad para concentrarse en esa minúscula partícula de algo, lo que fuera, que había salido bien. El sol que brillaba, el plato lleno de comida, la cama caliente, una caricia inesperada, cualquier cosa.

Continuamente veía a su alrededor a personas felices y continuamente se preguntaba en qué momento lo suyo se había ido al traste.

Al principio no fue así. Lo suyo con Pepa fue amor, amor del bueno, del de las canciones de amor bonitas. No de las chungas. No de esas de sufrimiento, cualquiera de Juan Gabriel, yo creí que eras buena, yo creí que eras sincera, yo te di mi cariño y resultaste traicionera. No. De las buenas. Su vida era como una canción de Albano y Romina Power. Era pura felicidad, como un viaje lejano mano con mano. Él reconocía la mirada inocente (de Pepa) entre la gente y sabía que su sueño ya tenía dueño y eso le daba una inmensa felicidad.

Pero luego todo se rompió. ¿Cuándo? No lo sabe con exactitud. Las baladas se fueron volviendo tristes, poco a poco, lenta, imperceptiblemente. ¿Fue así? A veces se lo pregunta y no sabe qué contestarse. Porque, en realidad, ¿qué sabía de ella? Le gustaba su olor, su forma de acariciarle. Olía bien y su piel era suave, y lo miraba como si le quisiera. Poco más.

A lo mejor Pepa no cambió. A lo mejor ella fue siempre igual pero él no se había dado cuenta, porque estaba enamorado. No de ella, sino de la promesa de la vida que ella le daba. La promesa de una vida plena, de querer, de que le quisieran. Pero en algún momento se jodió Perú. No sabe cuándo. Tampoco sabe lo que es Perú. Sabe que se jodió porque Pepa a veces, cuando algo le va mal o le parece que le va mal, lo

murmura entre dientes, ay, Zavalita, ¿cuándo se jodió Perú?, ay, Zavalita, ¿cuándo se jodió Perú? No sabe cuándo, ni sabe tampoco lo que es Perú. Qué va a saber él. Si solo es un perro.

Observa las señales. Es su forma de escapar. No ahora, no en este momento, no hoy. Cuando esté segura, cuando sepa que no va a dar un mal paso, que no va a resbalar.

Se acuerda de Emelia, a la que hacían llamar Princess. Emelia no era como las demás. Había llegado como las demás y hacía lo que hacían las demás, y lloraba como las demás, pero no era del todo como las demás porque Emelia también se reía. Al reírse dejaba de ser negra porque la sonrisa le iluminaba tanto la cara que perdía el color oscuro y se volvía brillante, como una estrella. Emelia las peinaba de vez en cuando, les hacía trenzas pequeñas y con las trenzas pequeñas hacía trenzas más grandes, y mientras las peinaba les iba hablando, a veces en su idioma, a veces en francés, a veces en inglés, a veces en castellano ronco, y les contaba historias de su país, como la de la princesa Yennega la flaca que era la hija de un rey que decidió escapar de su padre a lomos de un caballo blanco con el que cabalgó y cabalgó hasta que se refugió en un bosque donde conoció a un hombre del que se enamoró y con el que tuvo a un hijo al que llamaron no se acuerda cómo pero que significaba semental y que dio origen a un pueblo entero, el de Emelia.

Se acuerda de Emelia porque, como la princesa, también se escapó del club pero en lugar de usar un caballo blanco ella se escondió en la furgoneta que les llevaba las cajas de bebidas una vez por semana. Antes lo intentó con un cliente que no solo no se la llevó sino que la delató; también trató de fugarse por la ventana de un baño pero hizo demasiado ruido al romper el cristal y otra vez forzó una pelea con una de las chicas para ver si se apiadaban de las heridas y la llevaban al hospital con el objetivo de huir desde allí, pero todos los intentos acababan de la misma forma: con alguna costilla rota y con una deuda que no hacía más que aumentar, pero Emelia siempre decía:

—No mires dónde caíste sino dónde resbalaste.

Les explicaba que eso quería decir que cuando las cosas no salen como una quiere no hay que recrearse en el fallo ni tampoco lamentarse por el error sino observar bien por qué nos hemos caído para no volver a caer. Eso es lo que hacía Emelia y así fue cómo se montó esa mañana en la camioneta que les servía las Fantas y se marchó para no volver.

Crina no sabe exactamente cuándo empezó a cambiar su mirada y dejó de ver solo la caída, cuándo se permitió sentir otra cosa que no fuera miedo o desánimo y empezó visualizar el momento de escapar.

Lo ve. Se ve.

Es por la mañana. Es cualquier mañana. Está sentada en el banco. No hace frío, ni tampoco calor. Lleva unos pantalones negros, una camiseta blanca que le marca la barriga, y sobre la camiseta una camisa roja, de cuadros, como una que tenía su madre, que la resguarda de la humedad; desde el balcón la vigila, la vieja, pero a ella no le importa. Se siente segura. Sabe, de alguna manera, lo sabe, que no va a pasar

nada. Que no va a pasarle nada a ella, ni tampoco a su familia, en Bucarest. Por la plaza pasa gente. Unos la miran sin verla y otros ni siquiera la ven, como siempre. Es invisible. Pero esta vez no importa. Hay un policía. No. Una mujer policía, que sí que la ve y que la espera, en una esquina pequeña que da a un callejón empedrado, al lado de un bar y de un banco. No sabe cómo ha conseguido que la mujer policía esté allí y la espere sonriendo, con disimulo, como diciendo, ven, ven aquí, Crina, pero eso da igual, ahí está, la mujer policía, que no va vestida de policía sino de paisano, y la espera, y le sonrío, y cuando llega hasta donde está ella le tiende la mano y se la pasa por los hombros y caminan juntas, por el callejón, y ella no sabe si reír o llorar, y se toca la tripa con las manos para que su hija sienta su calor, y siguen caminando hasta que se meten en un coche que a veces es azul y a veces negro, y se van. Se van y ya nada importa, y todo se acaba, y la vida empieza para las dos.

Lo ve, todo, como ve la luz del mediodía o la oscuridad de la noche. No sabe cómo pasará, ni cuándo pero sabe que pasará y que pasará pronto, y para que pase lo que tiene que pasar, Crina, ahora, observa las señales.

Desde la ventana si está detrás de la ventana.

Desde la calle si está en la calle.

Observa las señales.

En la plaza hace frío. Le sorprende, el frío. Y también la plaza.

No se ha detenido, ahí, durante años. Siempre ha pasado con prisa, para ir o volver de trabajar o para ir a hacer la compra o para ir a por medicinas al médico o al cajero, pero desde que el primer día de vacaciones forzosas se sentó un instante en aquel banco, suele pasar un buen rato en el mismo lugar.

Ella es una mujer de costumbres, de rutina. La vida le resulta más fácil si sabe a lo que atenerse, si está segura de lo que vendrá a continuación, como les pasa a los niños chicos. Por eso se levanta siempre a la misma hora, de noche aún, se ducha, se viste, desayuna, y pasea a Ramón por el barranco lleno de escarcha. A veces se ha cruzado con alguna rata pero prefiere ver ratas que tener que recoger las mierdas del perro. Por la noche no baja al barranco. Da una vuelta por la plaza de la iglesia, que tiene jardín, y si hay alguien que la mira, si no hay más remedio, mete la mano en la bolsa que saca del hueso de plástico verde que cuelga del collar del perro y la retira, pero si nadie la ve la deja en el suelo, humeante, para que sirva de abono que es lo que se ha hecho toda la vida, menos ahora, que se ha puesto de moda llevársela para que no la pisen los despistados ni se revuelquen en ellas los críos que están todo el rato por el suelo.

Ella es que odia a los despistados porque ella es de fijarse mucho, en general, por dónde pone los pies. De fijarse y de ser metódica. Y a los niños. Ay. A los niños los odia con todas sus fuerzas porque hacen ruido y son molestos y sobre todo se empeñan en recordarle con su presencia que nunca ha tenido —ni tendrá— a Andrea ni a Ramón. A ellos sí los hubiera querido y los hubiera mimado, amorosa, y les hubiera enseñado a no revolcarse en el suelo lleno de mierdas de perro y hubiera odiado a los que no retiraban las mierdas de perro de la hierba de jardines y parques, pero así no le queda más remedio que detestar a los otros por más que si se caen o si se pelean o si corren descuidados por la calle mientras un coche se acerca sin que se den ni cuenta y los pueda atropellar o raptar o dañar de alguna manera, se le encoja, un poco, el corazón.

Los viejos también le causan el mismo efecto. Los odia pero le duele que les ocurra algo, cualquier cosa, que tropiecen en la calle con esas zapatillas de suela de goma que no se quitan ni a tiros, que un maleante los espere a la puerta del banco y los siga y les robe la paga, que sus hijos se aprovechen de ellos, lo que sea. Nadie se daría cuenta de que los observa, y si alguien se diera cuenta de que los observa, nadie se daría cuenta de que no los observa con ira verdadera sino con congoja, con miedo, con pena de sí misma. Un día fui joven y no tuve hijos. Algún día seré vieja y estaré sola. Algún día seré vieja y no tendré a nadie que me mire, a nadie que me acompañe a comprar las zapatillas con suela de goma, a nadie que se aproveche de mí. Solo tendré al maleante que me esperará a la puerta del banco para robarme la paga. Algún día.

Y como ella es mujer de fustigarse, pasa las mañanas en un banco de la plaza, observando a niños y a viejos hasta que le duele tanto el corazón que vuelve a casa y se come la comida que se ha dejado preparada por la mañana y se sienta en el sillón a ver el *Sálvame Limón* hasta que se acaba y empieza el *Sálvame Naranja* y entonces se pone las zapatillas y sale corriendo a pasear a Ramón y luego vuelve y se come la cena que no se ha tenido que dejar preparada porque ella es de poco cenar y como mucho se come un yogur o una fruta, como una vez leyó que se tomaba la reina, no la de ahora, Letizia, que está tan flaca, la otra, Sofía, que se la veía más sana, y luego se acuesta en la cama a no dormir porque el sueño la putea, como la vida, y tarda en llegar, y al día siguiente se levanta a las seis y media o a las siete como mucho aunque esté de vacaciones —forzadas— y pueda quedarse en la cama hasta que le duelan los riñones de la postura o de aguantarse el pipí.

El primer día piensa que no tendrá problema en soportar seis días más haciendo lo mismo. El segundo día piensa que estaría bien ir al Alcampo a hacer la compra de todo el año siguiente, lo que se puede guardar, no lo fresco, que lo fresco lo compra todas las semanas en las tiendas de Miraval de toda la vida o en las que han abierto nuevas donde antes estaban las de Miraval de toda la vida, pero no tiene coche ni tiene amistad con nadie que la pueda llevar a hacer la compra y desecha la idea. Por la tarde, en un intermedio del *Sálvame*, piensa que sus hermanos podrían acercarla y los llama pero los dos tienen cosas que hacer que no se molestan en explicarle. No los sorprende que esté en casa a una hora en la que siempre está trabajando y no le preguntan por su madre. Se siente de repente más vieja, más sola. Ramón la mira y se le acerca y le pone el hocico cerca de la bata y parece olfatear su pena, pero no: busca un trozo de pollo del muslo de pollo al limón de la comida que se ha caído de la mesa al retirar los platos y que ella se ha metido en el bolsillo que huele el perro. Se lo da y Ramón le lame tímidamente el dorso de la mano porque quiere agradecerle el gesto pero no está acostumbrado al gesto y no sabe bien cómo hacerlo.

Piensa en llamar a alguna amiga pero ¿a cuál? Y lo que es peor ¿con qué pretexto? Porque lleva años sin contactar con ellas. No les ha perdonado que siguiesen con sus novios y que se casasen una detrás de la otra y se quedasen preñadas a la vez y la dejarasen de lado solo por eso, porque tenían una vida nueva, una casa que amueblar, un marido con el que pasar el día entero apareándose como si fueran conejos. Se ríe. Se las imagina desnudas, con esos dientes y las tetas colgando. A ellos no se los imagina. No por pudor, sino porque no puede: hombres desnudos los ha visto, a diario, pero no sabe cómo es un cuerpo joven.

A Ramón ella le tocó, pero siempre por encima de la camisa.

Él tenía un Renault 5 rojo y de vez en cuando la llevaba a la playa, cuando acababa de atardecer, casi siempre cuando iban al cine. Aparcaba al lado de otros coches, ponía una cinta de casete que había grabado él mismo con baladas y demás música melódica. Le daba un poco de conversación, que si la película había sido muy bonita, que si qué bien le sentaba ese vestido, que si estaba cada día más guapa, y a la

tercera o la cuarta pregunta ya le había metido la lengua hasta la garganta. Besaba bien, Ramón, tan bien que ella no se fiaba de sí misma y le paraba los pies antes de que las manos de él le desabrocharan los corchetes del sujetador. A veces no llegaba a tiempo y Ramón, que se había acostumbrado a ser rápido, ya le estaba acariciando los pezones. Una vez se los chupó y ella salió corriendo del Renault con una teta fuera de la camisa. Él pensó que era una estrecha y fue esa noche la primera vez que pensó en dejarla, mucho antes de conocer a la de Cuenca, pero en realidad ella se escapó del coche por vergüenza. Todo le daba vergüenza. Su cuerpo, blanco y blando; sus piernas, siempre malolientes y mal depiladas porque su madre no compraba más depilatorio que el depilatorio Violet, que estaba hecho de azufre y dejaba la piel áspera y seca; la ropa interior que le traía su madre del mercado de los jueves, sostenes de color carne y de copa ancha y bragas de abuela. Eso, las bragas, era lo que más vergüenza le daba. No por su aspecto sino por su estado. En cuanto subían al coche al salir del cine o al acabar de merendar, Pepa notaba la humedad, *esa* humedad, que la delataba, que la convertía en lo que ella no quería ser: una guarra, una fresca, una puta, una con la que Ramón se acostaría las veces que le diera la gana y a la que luego dejaría por cualquier otra y la condenaría a pasar la vida yendo de cama en cama porque le quedaría fama de ninfómana y nadie se querría casar con ella.

Ramón le decía:

—Pepa, que no eres tu madre.

A veces, le decía:

—Pepa, que yo no soy tu padre.

Y otras veces:

—Pepa, que no soy de piedra.

Pero Pepa contestaba todas las veces lo mismo:

—Ramón, que no soy un putón.

Pero en realidad lo era. Sentía que lo era. Lo notaba en ese calor que le subía desde las tripas; en esas ganas descomunales de arrancarle la ropa a Ramón para ver lo que había debajo, para catar el género, para olerlo, para morderlo, para cabalgarlo hasta reventarlo, para comérselo entero en el caso de que al abrir la boca todo ese ardor, el que le subía desde las tripas, no la hiciera escupir fuego como si fuera un dragón. Estaba segura de que lo asustaría y de que ese susto le haría dejarla. Estaba segura de que ese Ramón que braceaba con destreza para desabrochar sujetadores naufragaría y se hundiría en el proceloso mar de sus ganas de él, y a ella lo que la asustaba era quedarse sin él. Por eso fingía ser una mujer antigua, una mujer tímida y sin gana alguna de follar, para ganar tiempo, para que llegara la noche de bodas y fuera ya tarde para que él la dejara devorado por el complejo de no estar a la altura de ella.

A veces se pregunta, aún se pregunta, cómo sería el cuerpo de él, pero aparta de un plumazo esa pregunta, bah, fuera, vete. Da igual cómo era entonces porque ahora

sería como cualquiera de los que lava con la esponja jabonosa, arrugado como una uva seca por más que en su día fuera una del Vinalopó, que son las más buenas. Y el de ella, lo mismo, solo que en su proceso vital saltó de agraz a pasa sin que nadie probara su madurez. A ella tampoco la ha visto nunca nadie desnuda. Ni el médico, ni ella misma. Su madre sí, pero su madre no cuenta. No imagina las manos de su madre quitándole el camisón ni arrancándole las bragas. No se esfuerza en apartar de su cabeza las manos de su madre. Qué va.

Ese era su drama. Uno, al menos. Tiene muchos más, y para enfrentarse a todos ellos no ha encontrado mejor remedio que odiar al mundo, que apartarse de él, que darle la vuelta a aquel proverbio latino que rescató Unamuno, el de nada de lo humano me es ajeno, y convertirlo en todo lo de los demás humanos me la suda.

Así es como se sienta un buen rato en el banco de la plaza a observar a la gente, con ese espíritu indiferente y contradictorio, con ese quiero y no puedo, y cuando se cansa de luchar contra los pellizcos de su corazón se levanta y se marcha a casa. A veces, llora. Otras, limpia y ordena armarios que ya están limpios y ordenados y recuerda las cosas que ha visto antes, en la plaza, los niños que están enfermos y van camino del ambulatorio, las señoras que arrastran carros de la compra hasta el horno o la frutería, la mujer rubia embarazada y triste y siempre sola, los que caminan con prisa porque van hacia la estación de tren y saludan con la mano a la gente con la que se cruzan, los abuelos que van al hogar del jubilado a echar una partida de dominó, y así hasta que le dan ganas de llorar y se pone a hacer otra cosa.

El tercer día se ha convertido en el noningentésimo día, y ya no se entretiene mirando nada en la plaza. Le desespera pensar en que aún le quedan tres días más. Busca algo que llame su atención, aunque sea fuera de la plaza. Por la derecha no viene nadie. Por la izquierda llega un viejo que empuja un andador de hierro rojo, de esos que llevan un asiento y una cesta debajo del asiento. Lleva un pantalón azul, una chaqueta de lana marrón, una boina verde y unas zapatillas de felpa y lana. Cuando llega hasta ella se da cuenta de que no tiene dientes y entonces junto a él llega el pellizco del corazón porque no hay nada que la conmueva más que una boca desdentada, como si en ese vacío de la boca se escondiera toda la soledad del mundo, toda la vejez.

El hombre la mira, retira las manos del andador, se abre la chaqueta y de un bolsillo interno saca la dentadura. Se la pone y deja de ser un hombre solo y desvalido y deja de tener mil años y se acerca a los ochenta que debe tener en realidad.

Habla a la nada.

—Ya sale la vieja.

—...

—Eso es que está el negro en la casa, porque a la rubia nunca la dejan sola.

—...

La mira.

—¿Qué tal tu madre?

—¿Mi madre?

—Sí, tu madre.

—Muy bien, gracias.

—¿Y tus hermanos?

—¿Mis hermanos?

—Sí, tus hermanos.

—Muy bien, gracias.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Joder, Pepa, pareces tonta. Sí, tú.

Está tan sorprendida que ni siquiera se enfada.

—Muy bien, gracias.

—Dales recuerdos de mi parte.

—Se los daré.

El hombre reanuda su marcha pero no se va a los jubilados sino al bar de la plaza. Por la cristalera, Pepa observa cómo se acerca a la barra, pide un café y le hace un gesto con el pulgar al camarero para que le ponga coñac en la taza. El camarero sonríe y le obedece pero como el hombre quiere más insiste con el gesto. Ponme más, le dice la mano. El camarero le obedece de nuevo. El viejo se toma el café tocado dos veces con parsimonia mientras lee el periódico. Primero el *Levante* y luego *Las Provincias*, desde la primera página hasta la última. Pepa le espera, sentada en el banco. Podría entrar al bar, pero no lleva dinero. Se enfada consigo misma pero le espera. Cuando el hombre sale, hace rato que ha dejado de sentir el frío y el dolor en su culo congelado.

La mira al pasar a su lado y pregunta lo evidente.

—¿Todavía estás aquí? ¿Es que te han despedido?

—No, no, es que estoy de vacaciones.

—¿En enero?

—Pues sí.

El hombre continúa su marcha sin despedirse y ella se levanta, con dificultad, y le alcanza sin esfuerzo porque no ha dado más que un paso.

—Mira, ya baja la rubia. Eso es que ha llegado la vieja y no te has dado ni cuenta.

Pepa la mira, a la rubia.

Quiere saber quién es él, pero le da vergüenza reconocer que no sabe quién es alguien que sabe tanto de ella. Le mira las manos, y le ve un anillo de oro en el dedo anular.

—Y su mujer, ¿cómo se encuentra?

—Murió hace cuatro años.

—...

—De cáncer.

—...

—Estuvo varios años enferma.

—...

—Podías haber venido a verla. O al entierro. Tu madre sí que vino, y tus hermanos también. Mi hija te echó en falta.

—Lo siento mucho...

—Seguro que sí.

La mira, y por si no se ha dado cuenta, añade:

—Lo digo con ironía.

—De verdad que lo siento mucho.

Es verdad que lo siente mucho. Seguro que debería haber ido a ese entierro, aunque no recuerde ni quién es el vivo ni quién era la muerta.

—¿Y su hija?

—¿Tu amiga?

—Sí, mi amiga.

—¿Me lo preguntas en serio?

—...

—¿Es que tampoco sabes que su marido acaba de dejarla por su secretaria?

—No, no tenía ni idea.

—No eres muy buena amiga que digamos.

Pepa no puede negar lo evidente.

—No, no lo soy.

Se abre la puerta de un patio, al lado del bar, y sale la mujer rubia y embarazada (y triste) acompañada por la vieja.

—Ahí está —dice el abuelo—. No falla.

—¿A qué se refiere?

—Esa chica, la preñada. ¿La habías visto antes, alguna vez?

Pepa no quiere decirle que en realidad ella no ha visto a nadie antes, ninguna vez, así que le dice:

—Hasta ahora, no.

—¿Y a la vieja?

Mira a la vieja mientras escucha el soniquete del abuelo.

—A la vieja la conoces de sobra. ¿Tú te acuerdas de Manolo el borracho, que vivía en una tienda de campaña? —Ignora que ella le ignore—. Pues esta era su mujer, que decían que era puta.

Pepa observa a la embarazada triste dar vueltas por la plaza, que no es redonda sino triangular.

El abuelo baja la voz:

—A mí me da que van a vender al crío de la rubia cuando nazca.

—¿Cómo van a hacer eso? Nadie es tan malo.

El abuelo la mira, de nuevo, y eleva la voz:

—Tú eres tonta, hija mía. El mundo entero es malo. Lo que no quedan ya son cosas buenas.

Pepa mira a la rubia, a la vieja, al abuelo, al reflejo que les devuelve el cristal del banco que hay al lado del bar donde están de pie, parados. Él es más alto que ella, aunque está encorvado para agarrarse al andador. Lleva la chaqueta arrugada y el pantalón está manchado a la altura de la entrepierna, tal vez por el café que se le ha derramado en la barra o porque no ha podido aguantarse el pis, pero eso no lo devuelve el reflejo, eso lo ve ella porque le ha mirado. Vuelve al cristal y se ve a sí misma, vestida con descuido: un pantalón de lana negro con copos de nieve que le regalaron sus sobrinos por Navidad hace dos años y que está lleno de bolas que gritan que debería tirarlo aunque ella no las escucha; tampoco ha debido oír al suéter amarillo rogarle que no se lo ponga para salir, que si quiere para estar en casa, vale, pero no para ir a la calle, porque todo el mundo la mirará y pensará que es una mujer que no tiene gusto o, peor, que lo tiene en el culo. En común con el abuelo tiene su afición por las zapatillas domésticas. Las suyas se las compró en el chino, les falta media suela y tienen dibujado un oso. ¿Por qué ha salido así? Parece una politoxicómana sin hogar.

Se imagina que el abuelo se lo estará preguntando también porque la está mirando en el mismo orden que se mira ella —pantalón, suéter, zapatillas— y lo hace con desaprobación, como si fuera otra vez una niña y estuviera en el salón de la casa de él merendando con esa amiga que no se acuerda de quién es y hubiera tirado un plato en un descuido.

Se justifica.

—He salido con lo primero que he encontrado por casa.

El abuelo no le hace caso.

—A ese crío lo van a vender cuando nazca.

Pepa se encoge de hombros.

—Eso es imposible. No pueden hacer algo así.

—Pues claro que pueden, porque a la gente le importa una mierda lo que pasa, aunque pase al lado de su casa. A esa criatura la van a vender. Yo se lo he dicho a todo el mundo, a ti, a mi hija, al del bar... y me toman por un viejo chocho. Y es verdad que soy un viejo pero no estoy loco. Y ser viejo no me hace incapaz, no invalida lo que he sido yo antes en la vida.

Pepa le mira y el hombre se anticipa a su pregunta.

—Yo he sido panadero toda la vida. Y tú dirás pues qué tiene que ver el pan con la venta de niños, y es verdad: nada, pero yo me he fijado mucho en los clientes y sé lo que esconde el alma humana.

Ahora se acuerda. El viejo deja de ser el viejo y se convierte en Paco el panadero, con gorro y delantal manchado de harina, y su amiga deja de ser una mancha en la memoria y ya es Paquita, Paqui, la que una vez intentó dejar de ser Paquita y se empeñó en que todo el mundo la llamase Mafran y no lo consiguió para su disgusto.

—¿Así que Paquita se ha separado?

El viejo, Paco, el panadero, la mira con desprecio.

—Por tu culpa venden niños como el de esa mujer, porque todo os importa una mierda y no hacéis caso de nada.

Se va.

Lo primero que hace al llegar a casa es cambiarse de ropa, de arriba abajo; lo segundo, tirar toda la ropa que se ha quitado a la basura, hasta las bragas. Aunque con las bragas duda, porque no están tan mal, solo un poco desgastadas por delante, de rascarse, seguramente. Pero las tira, y los calcetines también, porque están rotos en el talón y no tiene vista para enhebrar la aguja y zurcirlos una vez más. En tercer lugar, pone las lentejas para que se vayan cociendo a fuego lento y por último, se va al salón y empieza a sacar álbumes.

Suerte que es una mujer organizada, piensa, porque así lo tiene todo, como ella es: organizado. Cada año con su color y cada álbum con su tema en el lomo escrito con una máquina troqueladora Dymo que conserva desde que se la compró su padre a los once años. Al cabo de unos minutos, muy pocos, se da cuenta de que su suerte no es ser una mujer organizada. Su suerte es ser una mujer aburrída a la que nunca le ha pasado nada. Por ejemplo, las fotos del 82, que, por cierto, es rojo, le caben en un álbum que solo tiene completas nueve de las doce hojas y eso gracias a que ese año se casó Manolo, en marzo, y hay muchas fotos porque había gente que iba vestida de boda, elegante, y otros que estaban vestidos de falleros porque eran fallas y eso había que retratarlo, que si no, ni eso. En febrero del 80 se casó Francisco y su álbum, que es blanco, tiene en total cinco fotos: los novios, los padres, los primos, la tarta y ella vestida de azul agarrada a un limón que cuelga de un limonero, quien sabe por qué. La ve y recuerda vagamente que se la hizo su madre y que su madre llevaba un vestido largo, azul también, y que le dijo algo así como ven ponte aquí que este limón es muy bonito, aunque ahora que está viendo la foto parece que también le viene a la cabeza que su madre le dijo: como tú, y que ella se enfadó porque no pensó ni por un momento que su madre no se refería a los limones en general sino a ese limón en particular y que no la llamaba amargada sino bonita. Se pone un poco triste y se va a ver cómo van las lentejas. Huelen bien y el caldo está espesando. Eso la anima.

Regresa al cajón de las fotos y repasa rápidamente las cinco décadas de su vida, nada, doce álbumes mal contados. No le interesa verse de pequeña, ni con los hijos pequeños de sus hermanos, ni tampoco echa mucha cuenta a las que sale Ramón, que son pocas porque las tiró todas después de romperlas en mil pedazos. Sale Ramón de escorzo una Nochevieja, con una camisa blanca detrás de unos amigos que brindan con una copa de plástico. No se le ve la cara pero ella sabe que es él, reconoce la camisa porque esa Nochevieja se la rompió forcejeando en el Renault después de las uvas y él le dijo, señalándose el bulto de la entrepierna, que así no podían seguir, y ella le dijo que estaba borracho y él contestó que sí, que estaba borracho, pero también empalmado y salió del coche y se masturbó apoyado en la puerta, con rabia, mientras ella esperaba dentro haciendo como que lloraba y tocándose, con disimulo. También está Ramón al lado de su padre en una foto que ella no quiere tirar porque su padre está de lo más guapo justo en esa foto, y cosas así. En esas de la Nochevieja

está también Paquita, y también en otras: en el 82 fueron a Sevilla; en el 84 pasaron un día en la playa; en el 85 fueron a la boda de Lolita, que llevaba un vestido como de flamenca porque desde que fueron a Sevilla estaba emperrada en casarse de faralaes y tuvo a su madre y a su abuela cose que cose sobre un diseño hecho por ella misma que luego le sentaba como una patada en el estómago, y las fotos lo atestiguan. En la boda de Lolita la única que estaba guapa era ella, las cosas como sean. Ahora se acuerda, al verse a los veintiún años, con ese pelo rizado recogido en una coleta detrás de la oreja derecha, y con esos pendientes en forma de hoja de palmera, pero de palmera de verdad, bien grandes, ay, madre, que no sabe cómo no se le rompió el cuello de lo que pesaban, y con ese vestido que su madre mandó a coser, tanto tiempo borrado de su mente y ahora va y se acuerda también, que su madre no quiso que fuera a la boda con la misma ropa de la boda anterior, y que a ella le molestó y le dijo a su madre qué pasa que no quieres que hablen mal de ti, y la madre miró para otro lado y su padre refunfuñó en el sillón mientras leía el periódico y ella no hizo caso a lo que decía su padre pero, ahora que sí que hace caso, más de treinta años después, sí que se da cuenta de lo que su padre dice y lo que su padre dice es no ves que lo que tu madre quiere es que vayas bien guapa. Como ella se enfadó no eligió el vestido, lo escogió su madre y como no quiso ir a probárselo su madre llevó de muestra uno que tenía en el armario y la modista acertó, más o menos, porque el vestido le estaba bien, un poco ancho en la cadera y se le abría en el pecho, pero como las demás perfectas no iban y Lolita se había empeñado en lo del traje de andaluza ella era de las que mejor estaban. Ahí está la foto, de prueba.

Se levanta de la silla y va al armario del que fuera el cuarto de Manolo, que es donde guarda la ropa vieja, y ahí sigue, dentro de una funda de plástico. El cuerpo es ajustado en color negro y tiene el escote cuadrado, las mangas de balón abiertas de hombro a codo, del mismo color que la falda, que no es un color sino un estampado que imita las colchas de *patchwork*, ay, su madre, qué moderna era, con cuadros satinados en un montón de verdes, pistacho, bronce, botella, limón. No trata de ponérselo, porque sabe que no le va a caber y no es tan patética; hunde su cara en él, para llorar, aunque aparta la cara enseguida porque huele fatal, del plástico, seguramente. Pero es tan bonito que a pesar del mal olor vuelve a acercárselo a la cara y se echa a llorar, un poco, como si no supiera. En realidad, no sabe.

Vuelve al salón y deja el vestido sobre el respaldo de una silla y continúa repasando las fotografías de la boda de Lolita. Busca a sus amigas en todas las fotos. En todas están sonriendo, incluso las feas. Parecen felices, seguramente lo eran, sobre todo las otras. Ella no tenía facilidad. Ella facilidad ha tenido toda la vida para lo contrario, para ver el mal, para detectarlo, para inventarlo si era preciso, para adular la realidad, los recuerdos. No lo tiene claro, del todo, pero está empezando a intuirlo.

Vuelve a las fotos, y se centra en lo que le ha hecho buscarlas: Paquita. Paquita era la más guapa de todas las amigas, ella lo sabía y lo sabían las otras tres. Después

de Paquita, que era alta, delgada y rubia y tenía el pelo rizado y dos tetas que parecían melones, estaba Amparito que era todo lo contrario: morena y corpulenta, también de grandes pechos que no destacaban precisamente por su gordura. Luego, Lolita que era un querer y no poder, que era un gusano que aún no se había convertido en mariposa y que seguramente ahora, cerca de los sesenta, todavía debía estar esperando la promesa de belleza que escondían sus ojos verdes y sus labios carnosos, el culo respingón y, por supuesto, las tetas. Las tres fumaban, y fumaban rubio, que era lo que se llevaba, y se esforzaban en ser modernas aunque para eso tuvieran que ponerse mallas y calentadores a juego con el jersey de lana. En el pueblo las llamaban las Jurado, por lo de los grandes pechos, y a ellas no les importaba, es más, les daba la risa y a veces, alguna salía de casa sin sujetador para provocar. Se reían mucho. Vivían la vida descuidadamente, como sin darle importancia, como si no fuera en serio, y, en realidad, la vida de ellas fue sencilla. Después de la boda de Lolita vino la de las demás y con el matrimonio perdieron el diminutivo. Paqui, Lola, Amparo. Pepa lo que perdió fue al novio. Ramón la dejó por otra y con él se llevó las (pocas) ganas que ella tenía de ser feliz.

Ella siempre sintió que era la peor de las cuatro, aunque ahora, viendo las fotos, encuentra que se juzgó con severidad: no era tan diferente a las otras, entonces. Se hizo diferente luego, se quedó atrás. Se le retiró la regla y dejó de comer. Las amigas iban a verla y le decían que era por el disgusto y la arrastraban a la discoteca pero a ella el baile le daba lo mismo. Estaba cansada, le dolía todo. Le decían que era por la ruptura, pero a ella le dolía todo, de verdad, no solo el corazón y se metió en la cama. Solo salía de la cama para mear. Dejó de hacer de vientre. Las amigas le decían que era porque no comía, y le llevaban empanadillas que hacía el padre de Paqui para merendar pero no se tomaba ni la molestia de fingir que se las comería más tarde. En una de las visitas le contaron que Loli, exLolita, estaba embarazada, y al poco tiempo la preñada era Paqui y enseguida Amparo, para no ser menos. Estaban supercontentas, y no lo disimulaban, así que ella le dijo a su madre que no volviera a dejarlas pasar a su habitación.

La madre le preguntó:

—¿Por qué, hija?

Ella le respondió:

—¿Cómo que por qué? Se han quedado embarazadas las tres.

La madre contestó:

—Pero el embarazo de ellas no se contagia, y la tristeza tuya tampoco se les va a pegar.

Ella la mandó callar con un gesto de la mano, y le dijo:

—¿Es que no ves que lo han hecho aposta para darme a mí por el culo?

La madre no dijo nada más y cuando las amigas fueron a hacer la visita de la tarde no las dejó entrar con la excusa de que estaba durmiendo, pero al cabo de un rato se coló en la habitación para decirle que al día siguiente tenían cita con don

Manuel, porque ya llevaba dos meses de retraso con el periodo y ocho días sin cagar pero en realidad lo que se temía era que estuviera perdiendo la razón y que se hubiera envenenado de verdad con esa manía de que el mundo entero estaba en su contra.

Don Manuel, que siempre hacía rimas y bromas con los apellidos de los pacientes y que, por ejemplo, a ella siempre le preguntaba dónde estaba el baúl (de la Piquer), tomó nota de los síntomas y la mandó de urgencia al hospital general.

Ahora, con las fotos y todo eso, lo recuerda todo como si hubiera pasado en un día, pero en realidad todo pasó en un año, todo lo perdió en un año: el novio, las amigas, el pelo, la autoestima, los hijos, las ganas de vivir. Bueno. En realidad, las ganas de vivir no las perdió porque no las tenía. Le daba lo mismo. Mejor dicho, no le daba lo mismo: hubiera preferido que ese cáncer de útero se la llevase por delante en lugar de haberla dejado vacía por dentro. Así se sentía. Hueca. Vacía. Perdida.

La doctora Burguete, que se llamaba Patricia y que llevaba el nombre bordado en letras medievales en la bata, trataba de animarla:

—Pepa, tienes que animarte porque has tenido mucha suerte, lo hemos cogido a tiempo y en unos meses estarás como nueva.

O:

—Pepa, tienes que animarte porque tu madre te ha salvado la vida al llevarte tan pronto al médico.

O:

—Pepa, tienes que animarte porque en unos días te irás a casa y verás cómo la vida continúa.

O:

—Pepa, tienes que animarte porque el estado de ánimo es fundamental para la recuperación.

Pero Pepa no se animó ni entonces ni ahora y cuando en la tele ve reportajes de superación de enfermedades por la fuerza de la voluntad se meca de la risa, porque ella lo que quería era dejar de sufrir, dejar esta vida de mierda, dejar de sentir que estaba de más, que era una sombra, que era un error, y ahí está, revisando viejas fotos, abriendo viejas heridas, sana como una manzana, vieja como una pasa, aburrida de vivir hoy igual que entonces. Qué asco.

Le llega, de pronto, un olor a comida quemada.

Se levanta, coge el vestido de la silla y se da cuenta de que Ramón lo ha meado. No le importa. De todos modos, iba a tirarlo. Apaga el fuego. También tira la cacerola. Le pone la correa al perro y sale a la calle y al pasar por la plaza se cruza con la embarazada triste. La saluda.

—Hola.

La embarazada triste la mira, tristemente.

—...

Le da rabia que no le conteste, e insiste.

—Menudo frío hace, ¿verdad?

La embarazada triste la mira con terror, acelera el paso y desaparece en el portal de al lado del bar de la plaza.

Pepa no sabe qué pensar y tras unos segundos decide no pensar nada.

Camina unos metros, pocos, una distancia muy pequeña que ha evitado recorrer durante años, hasta que llega a una casa verde con los vanos blancos. No se detiene, pero aminora el paso. Las contraventanas están medio cerradas, y por el hueco minúsculo se percibe un cambio de luz que seguramente será de la televisión que está en el salón. Detrás de la puerta hay dos balancines de madera vieja con asientos de enea, uno a cada lado, y un buró de persiana, de nogal, de dos pisos y diez cajones, y, en seguida, está el comedor, con una mesa camilla, dos sillones, de escay, uno rojo y otro granate; el granate hace juego con el sofá de dos plazas, de escay también, y también granate, frente al televisor que ilumina el salón en penumbra. Así lo recuerda. Así era, antes. Se imagina lo que hay dentro, pero detiene su imaginación. No quiere imaginarlo. Las caras, los cuadros, los tapetes de ganchillo, las fotos. Fuera de mi cabeza, les ordena y los recuerdos se van.

Acelera. Pasa de largo. En la esquina gira a la derecha y atraviesa un callejón estrecho que da a una calle más ancha. No ha andado ni doscientos metros.

Se para delante de otra casa, de fachada verde, pintada de verde, con zócalos verdes.

Llama al timbre y al cabo de unos segundos, pocos, le abre Paqui.

Paqui lleva una bata, roja.

Se quedan calladas.

Paqui lleva una bata, roja, y guarda un incómodo silencio durante unos minutos eternos. Tres, minutos. No se queda callada por rencor o por enfado, es solo que no sabe qué decir. ¿Qué le puede decir? Lleva sin ver a Pepa casi treinta años. Cuando se frecuentaban, piensa, todavía estaba en pie el muro de Berlín, y destruir la pared que las separa será, seguramente, más complicado que derribar aquella barrera alemana.

Aunque el sol da justo en su puerta, fuera hace frío. La campana del reloj toca la hora.

Pepa decide romper el silencio.

—Son las tres.

Paqui coge el pico y empieza a darle golpes al muro.

—¿Has comido?

Pepa niega con la cabeza.

Paqui coge el martillo, con la otra mano.

—¿Quieres comer conmigo?

Pepa dice que sí.

La mesa está puesta para una persona, pero Paqui, rápidamente, coloca otro juego de cubiertos y un vaso y de la cocina vuelve con dos platos llenos, hasta arriba, de arroz al horno.

—Menos mal que has venido —dice Paqui—. Tengo arroz para un regimiento. No sé cocinar para una sola.

Apenas ha terminado la frase y se echa a llorar, desconsoladamente, y para cuando acaba el arroz ya está echado a perder, pero se lo comen igual, como si no hubiera pasado nada, ni el tiempo, ni la decepción, ni el aire que ha enfriado los granos y ha hecho que se peguen unos a los otros. Se lo comen como si estuviese recién sacado de la cocina, sobre todo Paqui, que ha engordado un par de kilos por cada año que llevan sin verse y que ahora es más fácil de saltar que de rodear. Pepa lo piensa y le entra la risa, pero sigue comiendo para disimular. Mientras comen, hablan de los hijos de Paqui, que el pequeño hizo Filología y está haciendo un Erasmus en Londres y el otro, el que estudió Ingeniería, está trabajando en una empresa de telefonía móvil de operador de momento pero seguro que asciende y se pone a diseñar aparatos porque es listo como el hambre y tiene un gusto para las cosas que parece gay pero no es gay porque sale con una chica del mismo departamento que se llama María Fernanda y que es de Ecuador, más simpática, y el otro día vino a comer y preparó una tonga manabita que estaba buenísima pero —se ríe— la tuvo sin cagar tres días porque se hace con muchas cosas pero fundamentalmente con plátano, plátano por fuera y plátano por dentro, total, que estriñe. Está nerviosa y habla sin parar. Le dice que el pequeño es un picaflor, ha salido con medio Miraval, chica, que voy al mercado y rara es la madre con la que me cruzo que no hubiera podido ser mi consuegra, y ahora en Londres pues vete tú a saber, que lo único que espera es que

tome precauciones porque allí en Londres hay mujeres de todos los continentes y si deja preñada, por ejemplo, a una de Fernando Poo pues lo mismo se tiene que ir a Fernando Poo a vivir con ella, que ella, a ver, no tiene nada en contra de los negros, todo lo contrario, piensa que los racistas son unos delincuentes de mierda, pero lo que no quiere es que su hijo se vaya a vivir a Guinea, que está muy lejos y tiene muy mala combinación con los aviones.

Guarda silencio un instante.

—Hablo mucho, ¿verdad?

Pepa le dice que no.

La deja hablar porque si Paqui se calla ella no tendrá nada mejor que decir y porque, además, intuye que lleva mucho tiempo sin poder hablar con nadie. De repente, la siente: esa íntima satisfacción de encontrarse frente a otro ser humano más malherido que uno mismo; siente esa superioridad minúscula, precaria, que a ella le sabe a gloria. Temerariamente, decide explotarla, exprimirla, disfrutarla, sin saber adónde la va a llevar. Se lanza.

—Así que te has divorciado...

Paqui acusa el golpe y da un paso atrás, metafóricamente hablando.

—No, no va tan rápido. De momento, se ha ido de casa.

—¿A dónde? ¿A casa de la otra?

Paqui se levanta de la silla y retrocede hasta la cocina, nada de metáforas.

—No tengo ni la menor idea de dónde vive...

—Claro...

Paqui cambia el pico y la pala de derribar muros por el hacha de guerra. Se encoge de hombros.

—Yo sé que lo voy a superar... Solo las personas débiles son capaces de quedarse años llorando porque un hombre las deja, ¿verdad, Pepa? Eso tú lo sabes mejor que nadie.

Pepa se encoge sobre su estómago para atenuar el dolor del puñetazo, metafóricamente.

—Claro que lo vas a superar. Eso lo supera todo el mundo.

Se declara la guerra, virulenta.

—Unos mejor que otros. Tú, por ejemplo, lo has superado muy mal.

—Estando sola las cosas se superan peor, eso es verdad.

Cada una se va a una trinchera. Desde la suya, Paqui lanza una granada.

—Es verdad, te quedaste sola. Pero es que era muy difícil estar al lado de alguien que no quería que estuviese nadie a su lado. Parecía que todo el mundo tuviera la culpa de que tú no fueses feliz.

Pepa dispara con lo que tiene, pero resulta ser un arma de menor calibre.

—Yo estaba con cáncer y vosotras embarazadas...

Paqui se da cuenta de que está empezando a ganar la batalla.

—¿Y crees que lo hicimos adrede, o para fastidiarte? Estabas amargada y, por lo

que parece, lo sigues estando.

Pepa repliega las tropas y da la orden de izar la bandera blanca.

—Eso no es verdad.

Paqui recoge el trofeo.

—¿Para qué has venido, Pepa?

—He visto a tu padre esta mañana, y al hablar con él me he dado cuenta del tiempo que hacía que no sabía de ti. He pensado, no sé, que quizá estarías igual de sola que estoy yo y he sentido que tenía que venir.

—Pero no tenías que venir. A los treinta años de abandono la amistad prescribe.

Se echan a reír.

—¿Ejerciste la abogacía?

Paqui hace un gesto con la mano, como diciendo qué va, no. Lo dice.

—Qué va, no. Los chicos nacieron muy seguidos y cuidarlos me llevaba todo el tiempo.

—Entonces, ¿nada?, ¿ni siquiera de pasante?

—Nada. Ni siquiera me colegié. No valía la pena pagar sabiendo que era tirar el dinero. El cretino de Eliseo siempre me dijo que no quería que trabajara, y entonces, ya ves, me parecía bien. Me parecía que quería tenerme como una reina en casa y ahora me doy cuenta de que lo único que quería era tener una chacha.

—Y todo lo que estudiaste, ¿no te sirvió para nada?

—Claro que sí. No sabes las broncas que les he tirado a mis hijos todos estos años, como si estuviera en un juicio y ellos fueran los acusados. —Se ríen—. O al desgraciado de Eliseo, lo dejaba K.O. en dos segundos, aunque, ya ves para lo que me sirvió, para que prefiriese a su secretaria, pedazo de zorrón ella y pedazo de antiguo él. Podía haber sido con cualquiera, pero, joder, con su secretaria... Como en una película de Alfredo Landa... Eso es lo que más me jode. Eso y no haberme dado cuenta de nada.

—No te mortifiques.

—Me mortifico, me mortifico. —Gesto—. No puedo no mortificarme porque he vivido como si fuera mi madre o mi abuela y me ha pasado peor que a mi madre o que a mi abuela, porque al menos mi padre y mi abuelo no las dejaron a ellas por otra.

—Pero tú no sabías nada.

Paqui se ríe.

—Claro que lo sabía, pero miraba para otro lado.

—¿Por qué?

—¿Tú me has visto? Hasta que has venido tú, pensaba que yo era el peor ser humano que pisaba la tierra, no te ofendas.

—No me ofendo. No es para tanto. Solo tienes que adelgazar un poco y ya está.

—¿Adelgazar un poco? ¡Pero si estoy a dos kilos de que me proteja Greenpeace!

Se ríen, otra vez.

—Seguro que la otra no tiene tu sentido del humor.

Paqui se pone a llorar, otra vez, y entre gimoteos le explica que a ella lo que la otra haga o deje de hacer o tenga o deje de tener le da igual. Le dice que en realidad le ha hecho un favor porque Eliseo es un coñazo, un aburrido, un agrio, un roñoso que nunca los ha llevado de vacaciones y que siempre está refunfuñando por todo, y que por la noche ronca como un ceporro y que no la deja dormir.

—¿Por qué lloras entonces? Tienes que estar contenta porque te lo has quitado de encima —le dice Pepa.

Paqui llora más todavía.

—Lloro por lo que me ha hecho, ¿es que no lo ves? Me ha hecho ser una vieja gorda y desocupada que no sabe qué hacer ni tiene con quién hablar.

—No eres una vieja.

—Eso es verdad. No soy una vieja. Yo veo a otras que tienen mi edad y digo joder si son jóvenes pero me miro a mí misma... *Parezco* una vieja, que es peor. Y a ti te pasa lo mismo.

No sabe qué decir. No dice nada, pero como Paqui se queda callada un buen rato siente que debe rellenar el silencio.

—Y Amparo, ¿cómo está?

—Está muy bien. Vive en Madrid, con su familia.

No puede evitar hacer la pregunta.

—Y de Ramón, ¿has vuelto a saber algo?

Paqui se encoge de hombros como diciendo pues claro que sí, a diario sé cosas de él, pero también como diciendo pues claro que no, no he vuelto a saber nada de él, y como no sabe cómo interpretar el gesto, Pepa continúa hablando.

—He pasado por su casa, antes de venir.

—...

—Está igual.

—Igual no está. Pintaron el año pasado.

—Pero la pintaron del mismo verde, que es como no pintar.

—...

—Entonces, ¿sabes algo de Ramón? ¿Viven sus padres, todavía?

—Los dos viven, sí.

Quiere decirle:

—Pedazo de guarra, ¿por qué no me dices nada de Ramón, que es lo que te estoy preguntando?

Le dice:

—¿Y Lola?

Paqui la mira, sorprendida.

—Lola murió hace diez años, en un accidente de coche.

Pepa se lleva una mano a la boca y la otra al pecho.

—No sabía nada, no tenía ni idea...

—Aquí solo quedo yo. Yo sola. ¿Por qué te crees que estoy hablando contigo? Pues porque no tengo a nadie más. Si no te habría dado con la puerta en las narices.

Vuelve a sentir esa sensación agradable. Una paz que le nace en la boca del estómago, a ella, que de la boca del estómago no le nace nunca nada más que ira. Pero a veces le pasa que de la tripa le viene la felicidad, como cuando acaba de comer un cocido, de esos que pone a hervir a las nueve de la mañana y lo tiene a fuego lento hasta las dos, y todavía no ha pensado que tendrá que tirar todas las sobras porque está sola y no tiene con quién compartir y ya ha sucumbido a la certeza de que no vale la pena guardar los restos porque a los tres días ya se ha hartado de comer sopa y garbanzos. Esa sensación de plenitud, de gozo, le viene de pronto, y de nuevo, por segunda vez en la tarde, de la posibilidad de no ser la persona más desdichada de la Tierra, pero como antes ya se ha batido en duelo y ha salido perdiendo no quiere volver a iniciar una nueva pelea y le dice la verdad con una mueca que quiere ser una sonrisa pero que no le sale del todo.

—Yo tampoco tengo a nadie más con quien hablar.

Se levanta, y se va.

La vieja se levanta cuando todavía es de noche. Ella la oye trajinar en el baño primero y luego en la cocina. Se lava, no se ducha. Se ducha solo los domingos. Los demás días abre el grifo y deja correr el agua hasta que sale caliente y escucha cómo golpea contra su carne, nívea y arrugada. La vieja se lava de tres en tres golpes y ella, en la oscuridad de su habitación, piensa que primero se asea la cara, plas, plas, plas, y luego se moja las axilas, plas, una, plas, la otra, o los brazos, plas, uno, plas, el otro. Silencio. La puerta se abre y a veces se cierra y a veces no, y se escucha cómo se prende la luz de la cocina. Le cuesta un poco. La vieja le dice a veces al negro que tiene que cambiar el tubo de la luz pero el negro finge que no la entiende porque nunca lo cambia. Sabe, que finge, porque cuando la vieja no está le oye hablar en castellano por teléfono. El negro trapichea con droga. Vende marihuana y éxtasis y de vez en cuando trafica con viagra, pero todo a pequeña escala. No quiere llamar la atención. Eso lo dice por teléfono. Ella también finge que no los entiende y cuando le hablan dice cosas en rumano, cosas con sentido, por si acaso saben.

Dice:

—*Nu-l lăsa să-mi rănească copilul.*

O:

—*Nu voi spune nimănui că am fost aici.*

O:

—*Lasă-mă să plec, familia mea va plăti bani.*

Cuando dice eso, lo repite en castellano para que no piensen que es una tonta.

—Dinero.

Los mira.

—Daremos dinero.

Podría construir la frase entera.

—Dejad que me vaya y mi familia os dará dinero.

Y podría añadir:

—Hijos de satanás, qué tipo de gente sois que tenéis encerrada a una chica embarazada.

Y, por supuesto:

—¿Creéis que no me he dado cuenta de lo que hacéis? ¿Creéis que no sé que os pagan para tenerme escondida hasta que nazca mi hijo? ¿Creéis que voy a dejar que se lo lleven luego, que lo vendan como si fuera un perro?

Y también:

—Vieja de mierda, negro apestoso, cabrones estúpidos. No pienso dejar que le hagáis daño a mi hijo, antes os mato, os quemo la casa, os corto el cuello mientras dormís.

Pero no dice nada. No les demuestra que es una chica embarazada y lista que escucha la radio cuando ellos la escuchan y que ve la televisión cuando ellos la ven y

que lee los folletos de Media Markt cuando los dejan tirados, con descuido, en la cocina o en el baño y que por eso sabe que la vieja quiere que el negro cambie el tubo de la luz de la cocina porque por la mañana le cuesta arrancar y porque cuando arranca hace un sonido, zzzzzzz, como un zumbido que se le mete en la cabeza a la vieja y que le causa un dolor que solo se le pasa porque cuando sale el café de la cafetera y se lo pone en la taza no se pone leche sino coñac, que es lo único que la cura. Y como si combinase el ibuprofeno y el paracetamol luego en el almuerzo se bebe un vaso de vino, o dos, y cuando la vigila, desde el balcón que da a la plaza, da sorbos a un vaso de plástico rosa con un dibujo de Minnie Mouse que no contiene agua sino ginebra, y en la comida tal vez cerveza y luego se duerme en el sofá y le cae un hilo de baba por la comisura de los labios. A veces se despierta y a veces no, por eso se levanta cuando es de noche y va primero al baño y luego a la cocina, y en la cocina enciende la luz y pone a hervir el agua para hacer café, y ella lo escucha todo desde su cuarto a oscuras.

Ella no duerme. Le parece que no duerme, pero debe de dormir. También le parece que no sueña, pero debe de soñar. Su profesor, uno, no recuerda cuál, les dijo en clase una vez que si no soñásemos estaríamos muertos, que nuestro cerebro no lo podría soportar. Ella lo que no podría soportar es despertar después de un sueño. Por eso los olvida, los borra, los funde en negro, los convierte en nada. Despierta, sí sueña. Sueña que vigila, que está alerta, que indaga en las señales y que encuentra la forma de salir, de escapar de allí, ella, él, los dos.

No les dice que ya sabe cuánto tiempo ha pasado. Que ya sabe qué día es. Qué edad tiene, de cuántos meses está. A veces se mira en el espejo, en el baño, y habla en voz alta, a su hijo:

—No tengas miedo, pequeño.

A veces le habla como si fuera una chica.

—No tengas miedo, Ioana. No voy a dejar que te pase nada. Vamos a escaparnos pronto de aquí.

Otras veces le habla como si fuera un chico.

—Vasile, tú serás nuestro rey, mi rey, el rey de tus abuelos... verás cuando te conozcan.

A veces le habla de ella.

—Yo soy Crina, Crina Dohan, y tengo veintidós años, y cuando vuelva a Rumanía volveré a estudiar para ser médico. Y viviremos juntos y seremos felices y pronto olvidaremos esto que nos está pasando.

A veces llora.

A veces no llora.

Va al cementerio. El día es plumizo, acompaña a quien quiera estar triste y ella, que está un poco triste pero tampoco demasiado, agradece la ayuda del clima mientras camina por el carril bici que conduce al Huerto del Señor.

Va con el perro, que se mea en todos los cipreses y que de vez en cuando hace que un ciclista toque el timbre para que se aparte y que la mira como si la entendiera cuando le habla.

—No tenía ni idea de que Lola se había muerto.

Ramón levanta una oreja, la derecha.

—¿Cómo no me dijo nadie que Lola se había muerto?

Ramón ladea la cabeza.

—Ni siquiera le pregunté a Paqui si el accidente fue con su familia, o si murió ella sola.

Ramón la ignora y ella lo deja atado en la pata de una papelera.

Entra, desorientada. No ha vuelto a ir desde el día en que enterraron a su padre. Aquel día también era un día gris, aunque entonces sí que llovió cuando todavía estaban allí. La gente se marchó, corriendo, pero ellos se quedaron mirando cómo el sepulturero colocaba la lápida, parsimoniosamente, como si no diluviara, con cuidado, con mimo, como si fuese un amante acariciando a su amada. Eso pensaba ella, que el sepulturero acariciaba a su amante, mientras su hermano Francisco sostenía a su madre, que parecía que se iba a caer, y su cuñada sostenía a su hermano Manolo, que parecía que se iba a morir y tendrían que introducirlo en el mismo nicho; las cuñadas se miraban entre ellas y lloraban en silencio y en abundancia, como si las lágrimas fueran las gotas de la lluvia que caía. Pepa pensaba en la amante del enterrador, que se dejaba acariciar por él, y se preguntaba, también, qué había pasado en su vida para que se hubiera perdido ese dolor tan desgarrador que golpeaba a los demás. Solo ella y el enterrador mantenían la calma; el hombre porque estaba concentrado en su trabajo y Pepa porque no sentía nada más que eso, calma. Calma, ya se ha acabado el desconcierto, ya todo ha terminado. Su padre se había muerto dos días antes, mientras desayunaba en la cocina. La casa olía a café. Ella lo olía desde la cama donde convalecía de la operación y del terrible dolor de haber sido abandonada por Ramón y dudaba si levantarse a tomar una taza o quedarse debajo de las sábanas deseando estar muerta un rato más. Su madre entró y le dijo:

—Pepa, hoy va a hacer muy buen día. ¿Quieres que demos un paseo luego?

Pepa contestó con un gruñido y su madre fue a la cocina. Al llegar, se encontró a su marido tirado en el piso, con el café derramado sobre la ropa, y entonces llegó el horror.

Su madre era joven, seguro, un año más joven de lo que ahora es ella, pero ese 29 de septiembre del 87 a Pepa le parecía una vieja. Una vieja que se quedó viuda a los cincuenta de un hombre que se murió a los cincuenta y dos. Lo piensa ahora y le

parece una putada. Entonces le pareció lo normal. Los viejos se mueren, es ley de vida. Putada entonces le parecía lo de ella. Abandonada, enferma, sin poder tener hijos, sin la certeza de irse a morir. Suerte la de su padre, que ya había dejado de sufrir.

No recuerda bien dónde está la tumba, porque desde ese lunes no ha vuelto. A la viuda le aconsejaron que no fuera, por la enfermedad. La enfermedad de la viuda le duró trece años. En esos trece años hubo que ayudarla a comer, a vestirse, a medicarse y a vivir porque si se descuidaban desaparecía y la encontraban en situaciones de manifiesta incompatibilidad con la vida, como por ejemplo cerca de las vías del tren cuando el tren estaba a punto de pasar.

Fue al principio de esos trece años cuando sus hermanos decidieron que era ella la que tenía que hacerse cargo de su madre porque era soltera y porque de todas formas seguía viviendo en la misma casa que su madre.

Ella protestaba.

—Pero es que necesita mucha atención.

Ellos no veían el problema.

—Pero para eso estás tú con ella.

Ella se quejaba.

—Pero yo no doy abasto. Entre el trabajo y atenderla...

Sus hermanos encontraron la solución.

—Pues déjate el trabajo.

Sus jefes del hostel Nova Miraval prometieron esperarla, pero ella se enfurruñó. Sus hermanos no vieron motivo para su enojo.

—Total, lo que hacías en la cocina del restaurante puedes hacerlo si te quedas guisando en casa.

Alguna vez pensaron en internarla. Ella, en concreto, lo pensó más de una vez. Pero sus hermanos no querían.

—¿Dónde va a estar mejor que en casa? En casa la cuidas tú y los domingos venimos todos a verla.

Los domingos iban todos a verla. Todos los domingos. Hermanos, cuñadas, sobrinos. Hijos, nueras, nietos. Llenaban la casa de ruido, pedían paella si había cocido y espaguetis si había paella. Ellas hablaban en voz baja, de la comida, seguramente, o de su pelo, o de su falta de gusto para el vestir. No dejaban de hablar ni un instante, pero a ella no le daban pie más que para los asuntos domésticos y a Pepa no había nada que le apeteciera más los domingos por la tarde que ponerse a hablar de moda, de famosas, de deportes, de dietas, de piojos o de las tramas de las telenovelas que no veía, pero sus cuñadas no le daban la oportunidad. Hijas de puta. Sus hermanos tampoco se preocupaban por ella, ni le preguntaban qué tal, cómo estás. Según llegaban se sentaban en el sofá y se peleaban por el mando de la tele como si aún fueran críos y no se movían del asiento nada más que para comer o para ir al baño. Los niños lo revolvían todo, rompían siempre alguna pieza de la vajilla o

de la cristalería y se iban sin recoger.

Los domingos ella se quejaba de que no tenía tiempo para hacer nada, como si tuviera alguna cosa por hacer, ni de salir con nadie, como si tuviera alguien con quien salir. También protestaba porque estar con alguien que estaba todo el tiempo triste hacía que ella estuviese perdiendo la alegría. Se miraban todos, incluso los niños, como si no hubiera tomado la medicación, como si fuera ella la enferma y no la madre. Se indignaba.

—Yo también tengo una vida.

La comprendían. Se lo decían.

—Te comprendemos, Pepa.

La comprendían sin dejar de mirar lo que dieran en la tele, y se marchaban con la mesa todavía puesta, para volver a comprenderla al domingo siguiente y así una y otra vez, una y otra vez, excepto en julio y agosto, que se alquilaban juntos un chalé en primera línea de playa, en el Perelló, que estaba tan cerca que podían ir y venir del trabajo cada día mientras las mujeres y los críos se quedaban allí, correteando por la arena y tomando el sol y horchata y granizados de limón, pero al que ella nunca fue porque sacar a la madre de su rutina seguramente sería perjudicial para la pobre. La rutina de la madre era levantarse, asearse, vestirse, desayunar, tomarse las pastillas, sentarse un rato en la cocina, justo donde se desplomó su marido, levantarse, caminar por la plaza, volver a casa, comer, tomarse las pastillas, sentarse en la cocina, levantarse, ponerse frente al televisor, merendar, mirar la pared, cenar, tomarse las pastillas, desvestirse, acostarse, dormir. A veces la rutina se alteraba, si tenía un mal día y lloraba, o si tenía un buen día y cantaba o recitaba poemas de Neruda, lo que mejor le viniera. A ella la playa le daba lo mismo, pero le pasaba como con las telenovelas, que le apetecía ir solo porque no la invitaban.

En septiembre los mortificaba.

—El médico dijo que a la mamá le hubieran venido bien los baños de mar.

Los hermanos se quedaban igual.

—Sí, claro. A ver cómo le pones tú un bañador.

Ella insistía.

—Pues baños de sol.

Ellos, impermeables a la crítica.

—Pero si no quiere salir.

Ella no daba el brazo a torcer.

—Pues yo sí que quiero salir, y estoy aquí todo el día encerrada.

Como era domingo, la comprendían. Se lo decían.

—Te comprendemos, Pepa. Pero las cosas son como son.

Ella se enfadaba.

—No tienen por qué ser así.

Ellos estaban de acuerdo.

—Claro que no. Algún día la mamá mejorará, se curará, y tú podrás volver a ser

cocinera en tu antiguo trabajo, que te lo van a guardar, acuérdate. Y mientras habrás descansado un tiempo y al final la casa será toda tuya.

Lo de la casa era el elemento definitivo para dar por zanjada la conversación. Porque la casa sería para ella, eso estaba claro. Por eso lo hacía. No por amor. Por la casa, a la que los hermanos habían renunciado delante de un notario porque ella no se fiaba de la palabra de nadie, mucho menos de la de sus hermanos.

Pero sus hermanos tenían razón, no solo en lo de la casa. La madre se recuperó, poco a poco. Pequeñas mejoras que a ella le pasaban desapercibidas y que solo descubrían los visitantes: un gesto nuevo, una sonrisa pequeña, una caricia en la cara de un nieto, una mirada casi afectuosa, y, por fin, una pregunta inesperada.

—¿Qué palabra es esa que dicen en la tele?

Respondió el nieto más pequeño.

—Euro, abuela, la moneda nueva que sustituye a la peseta.

Ella hizo una pregunta más.

—¿Tengo yo de ese euro?

—Todo el mundo tiene euros, abuela.

Como no sabían qué hacer, continuaron hablando con normalidad del cambio de la moneda y del efecto 2000, que había pasado sin pena ni gloria. Y hablando de gloria, las cuñadas hablaron también de Gloria Trevi, que decía el periódico que la habían detenido en Brasil después de estar un año huida acusada de corrupción de menores, ya ves tú, la gente famosa, que lo tiene todo y no quiere nada más que vicio. Ese domingo se quedaron un poco más, aunque tampoco ayudaron a Pepa a recoger la mesa y por la noche llamaron por teléfono para ver cómo había ido la tarde. La tarde fue bien. La madre acarició la cara de Pepa un par de veces y le dijo que a partir de ese momento todo iría bien, que ya estaba curada, que ahora volvería a cuidar de ella y las cosas serían como tenían que ser, pero Pepa les dijo que la tarde había sido un infierno y que ellos eran unos cabrones por haberla dejado sola con la madre en un momento semejante. Los hermanos le colgaron el teléfono, enfadados, y al día siguiente se presentaron en casa de buena mañana para llevarlas al médico.

La vida de Pepa no mejoró con el alta de la madre, que se curó, según los doctores que la atendieron, porque le dio la gana de curarse.

A veces se acuerda de ese día. Era 15 de enero. Pensar en ese día y en la voluntad de su madre de ponerse buena ese día y no ninguno de los cuatro mil setecientos anteriores le produce una rabia que le nace del estómago y le sube por el esófago hasta la boca y que sale de ahí en forma de palabras hirientes o de gestos agrios, desagradables, que son los culpables de su fama de seca, de antipática, de mala persona. Pero ella sabe que no lo es. Ella es graciosa, ocurrente y divertida. Lo que pasa es que nadie lo sabe, actualmente.

Antes sí. Sus amigas lo sabían. Lola, por ejemplo. No paraba de reírse con ella. Todo le hacía gracia, a Lola, de ella.

La encuentra, por fin. La reconoce por el nombre, Dolores Parra Nemesio, porque

por la fotografía le hubiera costado. La Lola que recuerda es morena, moderna, risueña. La de la fotografía lleva una mantilla de manola de blonda, negra, con flores grandes y otras pequeñas. Seguro que es de cuando se casó su hijo, que fue la madrina. Ella a la boda no fue, no estaba invitada, pero se lo contó su madre. O a lo mejor no es de la boda. A lo mejor es de un día que salía en la procesión y por eso estaba tan seria, porque a la procesión no se va a echar unas risas sino a acompañar al Santísimo. Ella lo sabe porque las ve pasar, las procesiones, por entre los visillos de su casa, y todas van serias, con la mano estirada para no mancharse con la cera que chorrea de las velas, pero no recuerda haber visto nunca a Lolita pasar por delante, claro que de haberla visto pasar no la hubiera reconocido, porque ella a la Lolita que ve, porque la ve con nitidez, es a la de los veinte años, la que se casó como le salió de las narices, la que se cansó de verla siempre triste y enfadada, la primera, la única, que le adelantó su intención de no verla más.

—¿Tienes previsto estar mucho tiempo más así? —le preguntó.

—Así, ¿cómo? —le respondió.

—Así: amargada, enfadada, como echándonos la culpa de todo lo que te pasa.

La miró con desprecio infinito, desde la cama, y Lola le sostuvo la mirada, desde la silla al lado de la cama.

—¿Te parece oportuno hacerme esa pregunta, con todo lo que me está pasando?

—¿Te parece oportuno a ti ni siquiera alegrarte porque tus amigas están embarazadas?

—Es que no puedo alegrarme.

Lola se levantó de la silla. Las otras dos la imitaron, en silencio.

—Chica, yo me largo de aquí. Me voy, que tengo una vida. Cuando tengas ganas de vivir la tuya vienes y me lo cuentas.

Así se lo dijo, insensible y cruel. Mira la fotografía de Lola vestida con la mantilla de manola, que le queda bien, es la verdad, pero la hace vieja.

Le habla a la lápida.

—Ay, Lola. Si nosotras éramos jóvenes y ahora parecemos todas unas viejas.

La mira, a la lápida, pero no encuentra respuesta.

Carraspea.

Carraspea otra vez.

Saca del bolso una botella de agua y bebe.

Carraspea, de nuevo.

Mira a la lápida.

—Ya voy teniendo ganas, ¿sabes?

La lápida sigue sin contestar. Lola en la foto tiene cara de soberbia y ella se imagina que la mira así, soberbia.

Piensa que si fuera una película empezaría a llover, o un trueno tal vez rompería el silencio, o aparecería el sepulturero que sería un chico de su edad, soltero, o divorciado con ganas de conocer gente y le daría conversación, pero en la vida real

no pasa nada, nada de nada, y ella tiene que carraspear otra vez antes de volver a hablarle a la foto de la mantilla.

—Yo es que ya voy teniendo ganas de vivir, ¿sabes?

Mira a su alrededor.

El quinto día se despierta más tarde sin darse cuenta. La noche pasa en un suspiro, profundo, y al terminar el suspiro y abrir los ojos encuentra el despertador en una esquina de la habitación, roto. Comprende que le ha dado un manotazo cuando ha sonado y, aunque no recuerda haberlo hecho, se alegra porque en realidad eso es algo que también ha querido hacer toda la vida. Dormir toda la noche. Destrozar el despertador. ¿Qué más? ¿Qué más ha querido hacer toda la vida? Quedarse despierta en la cama, levantarse a lo que fuera y volver a la cama otra vez y pensar pensamientos que no fuesen mierda pura, maloliente y asquerosa, que no contaminasen sus sentimientos, que no le dieran ganas de levantar el arma sino de envainarla y salir a la calle dispuesta a afrontar lo que la calle tuviera que ofrecerle, frío si hacía frío, calor si hacía calor, gente feliz si había gente feliz, cosas así, cosas que pasaban a diario y que ella interpretaba siempre como una agresión, de la vida, de la gente, del clima, de lo que fuera.

Lo piensa, todavía en la cama. La deja, la cama, para ir a orinar, pero vuelve y se tumba en el colchón que todavía está caliente. Se tumba boca arriba. No sabe qué hacer con las manos. Las coloca sobre su vientre y luego las cruza y las pone bajo su cabeza.

Llama a Ramón.

—Ramón, ven.

Ramón va.

Quita los brazos de debajo de su cabeza y le hace un gesto al perro.

—Ramón, sube.

Ramón se sienta en la alfombra.

Ella insiste. No está dispuesta a que el día se le tuerza tan temprano.

—Ramón, anda, a la cama, no seas tonto.

Ramón duda. No sabe si obedecer o no hacerlo. Está seguro de que haga lo que haga su ama lo acabará castigando. Para ganar tiempo, se sienta en la alfombra, saca la lengua y se pasa la lengua por el cuerpo, un poco por aquí y un poco por allá, parsimoniosamente, la pata, el culo, los testículos, que, por cierto, es lo que más gusto le da. Cuando lleva unos segundos en la faena, escucha de nuevo su nombre.

—Ramón...

Lo llama, Ramón, como antes, cuando eran felices juntos, como si lo quisiera. Se pone tan contento que deja de hacer lo que está haciendo y de un salto se planta en el colchón. La quiere tanto, en ese momento, que le lame el dorso de la mano. Pepa la retira.

—Joder, Ramón, ¡que te acabas de chupar los huevos!

Ramón piensa que lo va a apartar de un manotazo, pero ella empieza a reírse como si no le importase, así que insiste y le llena la mano de lametones lentos y largos y ella no retira la mano. Se recuesta en la cama y con la otra le acaricia el lomo

y le habla con voz dulce.

—¿Sabes qué? Que hoy voy a ir a ver a mi madre, a visitarla. ¿Qué te parece? Que nunca he ido a verla.

Le parece bien y se lo dice con la lengua.

—Pero antes voy a ir a la peluquería y me voy a tinter el pelo.

Pepa se ríe y él mueve la cola.

—Verás qué cara pone.

Pepa se ríe más y él mueve tanto la cola que cree que se le va a despegar del esqueleto, pero no le importa: es el día más feliz de su vida.

Ladra, para que Pepa se dé cuenta.

Pepa deja de reírse.

—Pero no ladres, Ramón, que me molesta.

Deja de mover el rabo, luego vuelve a moverlo y luego deja de moverlo, tiene ganas de ladrar, pero no ladra. Sabe que las cosas no pueden ser tan fáciles y quiere poner de su parte.

Le chupa la mano, por última vez, y se baja de la cama.

Desde allí la observa ir hacia el baño, volver del baño mojada y envuelta en el albornoz, secarse, vestirse, irse.

La escucha trajinar en la cocina, hacer café, descolgar el teléfono, pedir cita en una peluquería, en dos, en tres, en cuatro porque es viernes y están todas a tope, pero ella insiste sin enfadarse ni con ellas ni con el mundo y sin rendirse, hasta que le dan turno.

Vuelve al dormitorio y le acaricia la cabeza, justo entre las dos orejas, donde más le gusta.

—Pórtate bien, Ramón.

Ladra, de puro contento.

—Y no ladres, hombre, que molestas a los vecinos.

Ladra otra vez. Que les den a los vecinos.

Ramón intuye que las cosas, a lo mejor, están empezando a cambiar.

En la peluquería hay dos viejas en silla de ruedas. Las acompañan dos ecuatorianas, que hablan entre ellas de las cosas de Ecuador, del terremoto del norte, del presidente Correa, y que atienden a las ancianas amorosamente. Les dan agua, les preguntan si tienen frío, y les indican a las peluqueras cómo quieren el peinado como si hiciera falta porque las peluqueras saben de sobra que las dos clientas se van a hacer lo de todos los viernes y así se lo dicen, pero con ironía.

—¿Piensan hacerse hoy algo diferente a lo que se llevan haciendo los últimos quince años?

Las ecuatorianas dicen que no, que lo de siempre, lavar y marcar con los rulos, pero insisten en que las viejas, que se llaman Lourdes y Fátima, quieren que lo sepan para que no se equivoquen.

Las peluqueras también insisten, con su ironía.

—Como todos los viernes, también.

—Pues sí, señora.

A Pepa le da risa oír las y mientras las peluqueras las pasan al lavacabezas les pregunta a las ecuatorianas si son de Ecuador. Le dicen que sí. Les pregunta cuánto tiempo hace que están en Miraval. Le dicen que cuatro años, que son hermanas, que primero vino la mayor, que se llama Karla Torico Vargas, y luego la pequeña, que se llama Emily, Torico Vargas también, y que Karla es economista y Emily tiene una maestría en educación inicial, pero que las dos emigraron para buscarse un futuro mejor y ahí están, cuidando a Lourdes y a Fátima, que son hermanas también, y agradecidas están a Dios de haberles brindado la oportunidad porque los estudios no caducan y aquí pueden mandar dinero a la familia y ahorrar para regresar y montar una escuela donde una, Emily, enseñará, y la otra, Karla, llevará las cuentas.

Emily le pregunta si es de Miraval y a qué se dedica, y Pepa responde que sí, que es de allí y que es cocinera y para demostrarlo les pide la receta de la tonga manabita que ellas le facilitan con gusto, señora, cómo no.

Les da conversación, les pregunta cosas y les cuenta cosas porque tiene ganas de hablar y las dos hermanas son como un par de taxistas, de esos que dicen que les puedes contar tu vida sin remordimientos porque luego ya no los vas a volver a ver. Les cuenta cosa de poco, que si su madre es mayor, que si está en la residencia desde que se rompió la cadera, que si ahora mismo, en cuanto salga, va a ir a verla, que si tiene un perro. Nada importante. No es que les escamotee la información. Es que, en realidad, no tiene nada importante digno de contar.

Dos horas después sale de la peluquería con un bob desmechado y un color marrón chocolate que le queda bien y que le quita años y sabiendo cómo hacer no solo la tonga manabita sino también algunos ceviches, yaguarlocro y el locro de papas, que se va a quedar muerta Paqui cuando se los haga un día de estos, porque piensa hacérselos, piensa ir a su casa con una sopera hasta arriba de cualquiera de las

dos sopas y le va a decir mira, comida ecuatoriana que no estriñe para que se la hagas a tu nuera, y se reirán.

Tal como les ha dicho a las hermanas ecuatorianas, va a ver a su madre. Es casi la hora de comer. Allí comen pronto, lo sabe bien. Sabe también que tocan macarrones con chorizo y pollo con patatas, y el que no quiera, porque eso no es una cárcel y se puede elegir, tiene para comer crema de verdura y tortilla de patatas. Su madre tomará macarrones, por el chorizo, que le encanta. ¿Y Rafael? ¿Qué elegirá? ¿Se sentarán juntos, ahora que ella no está? Se los imagina, uno al lado del otro, en una mesa de cuatro que los demás, por cortesía, han dejado libre para los novios. Rafael, galante, le sirve el agua de la jarra con una sonrisa y ella corresponde con una caída de ojos, ay, Rafael, qué amable eres, y cuando terminan de comer él se levanta primero y retira la silla de ella y mientras se levanta le planta un beso en la mejilla y ella finge un mohín, ay, Rafael, que nos están mirando, pero al llegar a la habitación es ella la que le besa y el beso se lo da en los labios y él la abraza y le dice ay, que hayamos tenido que esperar a ser viejos para poder besarnos, y ella le dice ya ves, la vida es como es.

Están por el segundo o el tercer beso imaginario cuando llega a la residencia. Pilar está sirviendo, efectivamente, el primero de los platos. Su madre está sentada, efectivamente, con Rafael, pero no comen solos, sino que comparten una mesa de cuatro, pero los acompañan dos mujeres que hablan y ríen. Ríen los cuatro y se tratan con familiaridad. Siente ternura. También hacia Pilar la siente, la ternura. Intuye que es ternura, porque saberlo no lo sabe a ciencia cierta: le falta costumbre. Nota una sensación cálida, placentera, como la última sensación consciente antes de caer vencida por el sueño, pero esta vez la siente estando despierta y se dice, ah, Pepa, esto va a ser la ternura.

Piensa en los dos hijos de Pilar, en lo contentos que estarán cuando su madre les sirva la cena por la noche, y en el marido, que podrá salir a ver el fútbol con los amigos. A lo mejor si te divertieras un poco más la vida no te parecería tan mal plan. Eso le había dicho su jefe a principios de semana y el lunes le pareció un soberano gilipollas pero en solo unos días, sin ningún tipo de lógica, se sorprende a sí misma empezando a pensar que tal vez su jefe, que sí, un poco gilipollas sí que es, a lo mejor tiene un poco de razón. Ha pasado de repente. Por la noche se había acostado como siempre, huraña, y por la mañana se ha despertado con unas pocas de ganas de ser feliz. Así ha sido. Sin ningún sentido. Tal vez eso fue lo que le ocurrió a su madre aquel domingo, cuando se recuperó. Tal vez lo que le pasó fue que le dio pereza seguir así, o que pensó, joder, si aún soy joven, si aún me queda algo de vida por delante, para qué la voy a gastar mirando la tele y dejando que se me caiga la baba por la comisura de los labios, eh, para qué, qué sentido tiene seguir así.

La madre la mira y la mirada de la madre le para los pensamientos. La saluda con la mano y Pepa piensa que debería sonreírle, porque tiene ganas de sonreírle, se alegra de verla y le da pena de verla porque se da cuenta de que mientras era ella la

que le servía los macarrones con chorizo su madre no se atrevía a sentarse con su novio a comer. Se le pasa la ternura y le entra la congoja. Ese sentimiento sí que lo conoce bien, no tiene que intuirlo. Sabe lo que es ese agujero que se le abre en el estómago, que le dificulta la respiración, que le aprieta la garganta y que a cambio de ese dolor le da la seguridad de que todo lo que pueda ir mal va a ir mal y de que nunca jamás dejará de sentirse así.

Su madre, desde el comedor, le mantiene la mirada. La sigue mirando, y le sonrío y la sonrisa de la madre le para los pensamientos, otra vez. Quiere darse un beso en la mano y mandárselo con un soplo. Lo ha visto hacer millones de veces, pero, aunque su cerebro le da la orden al brazo para que se alce, el brazo se queda en el sitio, inmóvil, como si pesara una tonelada. También ha visto cómo hay gente que se lleva la mano derecha al corazón y cierra el puño, pero el brazo mantiene obstinada inmovilidad, como si fuera víctima de una hemiplejía.

Lo único que le sale es un movimiento raro con la cabeza, una pequeña y rápida oscilación arriba y abajo. Le quiere decir: come tranquila, pero cree que su madre cree que está enferma de verdad, tal vez no de un accidente cerebrovascular pero sí de un dolor de tripa o algo. Sale, al fin, del ángulo de visión de su madre, y para hacer tiempo se va al despacho de sus jefes.

Se alegran de verla.

Se lo dicen. Ismael, el primero.

—Hombre, Pepita, qué alegría de verte.

Miguel también se alegra y también se lo dice.

—Qué alegría, Pepita. Qué guapa estás, mujer.

Pepa miente.

—Yo también me alegro de veros.

Los hermanos lo notan, que ha mentido.

—¿Hay algo que quieras decirnos?

Pepa en realidad no tenía nada que decir. Ha ido inconscientemente para matar el rato hasta que su madre termine de comer, por eso se sorprende al escucharse decir:

—Sí.

No sabe qué tiene que decirles. Ellos tampoco, y se lo preguntan.

—¿Y qué quieres decirnos?

Sigue sin saberlo. Maldice la espontaneidad, los actos fallidos, el actuar sin pensar. Los mira.

Se impacientan, y se lo dicen.

—Pepita, dinos lo que quieras sin miedo, pero dínoslo ya porque tenemos mucho trabajo.

Los mira, y les dice lo primero que se le pasa por la cabeza.

—Quisiera cambiar de turno.

Miguel habla antes que su hermano.

—Ah, pues nos viene de perlititas. Hace días que Encarna quiere tomarse unas

vacaciones y siempre le decimos que no porque no tenemos quien quiera hacer los fines de semana.

—Los fines de semana me viene perfecto.

Ismael da un par de palmadas con sus manos pequeñas y entrelaza los dedos gordos.

—¿Ves cómo te iba a venir bien descansar unos días, cabeza de chorlito?

—Me gustaría no volver a mi turno anterior, si no es molestia.

Miguel imita a su hermano y aplaude y se aprieta las manos.

—Qué va a ser molestia. Pilar estará encantada. Has tomado la mejor decisión.

Para cuando aclaran los términos de la nueva situación, su madre ya está en el salón de la tele viendo *La ruleta de la suerte* con Rafael a su lado. Mientras va hacia ella, Pilar la mira desconfiada porque teme que le suelte una fresca, o peor, una hostia, pero Pepa pasa de largo. Ya no es su enemiga.

Su madre la ve llegar y se levanta.

—Vamos a la salita de la pecera.

—¿No quieres acabar de ver el programa?

—No lo va a acertar.

—¿El qué?

—El panel. Este tío es tonto.

—¿Quién?

—Pues el concursante. Dice que se llama Ricky y es de Segovia. ¿No puede llamarse Enrique, como todos los Enriques de Segovia?

Se ríen las dos. Se sientan una frente a la otra, delante de los peces del salón de la pecera.

—Siendo de Segovia como es no sabe resolver el panel, que es un plato típico de Segovia que es el cochinillo con plato. Con la gente que se ha quedado fuera del programa...

Pepa no dice nada.

La madre la mira.

—No hay cosa que me dé más rabia que ver a gente que no se merece la suerte que tiene.

—Mamá, ir a *La ruleta de la suerte* no es lo mejor que le puede pasar a una persona...

La madre la mira, como si hubiera perdido la cabeza.

—No me refiero a la tele.

—¿Te refieres a mí?

Vuelve a mirarla del mismo modo.

—¿Tú qué crees?

—No sé qué creer ya.

La madre la mira con severidad, pero levanta la mano y le acaricia la cara con dulzura.

—¿Sabes que tu padre siempre quiso tener una niña?

No lo sabe. No tenía la menor idea.

—No lo sabía. No tenía la menor idea.

—Tu padre tenía locura contigo.

No se lo cree.

—No me lo creo.

—Te traía regalos cada dos por tres y yo le decía, Francisco, que los críos le van a coger envidia a la niña, y él dejaba de comprarte cosas por unos días pero te traía otras cosas, por ejemplo, patatas pequeñas y os pasabais la tarde clavándoos cuatro palillos y dibujándoos cara de cerditos y eso a tus hermanos les sentaba peor porque con ellos no jugaba a nada, porque a tu padre no le gustaba el fútbol ni las canicas ni el churro va y tus hermanos no sabían jugar a otra cosa, y yo le decía Francisco que los críos verás tú la envidia que van a coger... y entonces él volvía al día siguiente con una muñeca o con un cuento. Así toda la vida.

Cree que le está tomando el pelo.

—Me estás tomando el pelo.

—Y tú tenías locura con tu padre también. Siempre estabas con él. Tus hermanos no tenían celos, pero yo... —Se ríe—. Yo me cagaba en todo y le decía Francisco, que no dejas niña para mí y entonces él me daba a mí la patata pero yo no tenía maña para hacer animales con las patatas porque además es que yo creo que con las cosas de comer no se tiene que jugar, pero si me daba la muñeca o el cuento tampoco me iba mejor porque tú te dabas cuenta de que el regalo era de él. Le querías más a él y a mí me daba una rabia que no te puedes imaginar.

No lo recuerda.

—No lo recuerdo.

—¿De verdad, no te acuerdas de eso, de lo mucho que jugabas con tu padre, de lo mucho que tu padre te quería?

Niega con la cabeza.

—No.

Se acuerda de lo de los árboles.

—Yo nos recuerdo como si fuésemos árboles.

—¿Qué quiere decir eso, como si fuésemos árboles? ¿Qué es eso, una poesía o qué?

—No formábamos nada juntos, no nos recuerdo como si fuésemos un bosque.

—¿Pero qué dices ahora de un bosque? Ay, hija mía, habla claro porque si te pones con las metáforas yo no te entiendo.

—Digo que sí que me acuerdo de que os queríais vosotros, pero no recuerdo que me quisierais a mí.

Josefa hace una mueca, una sonrisa que no es una sonrisa del todo, que es una sonrisa triste.

—Deseaba que vinieras a verme esta semana. Todos los días le decía a Rafael, a

ver si viene hoy, y por la noche me decía Rafael ya verás como mañana viene. No es que tuviera ganas de verte, que te tengo muy vista ya. —Se ríe, y su risa contagia, un poco, a Pepa y se ríe también—. Es que quería que quisieras venir a verme, que no tuvieras que verme por narices porque trabajas aquí.

Le acaricia otra vez la cara. Pepa le huele la mano, a Nivea y polvos de talco, y ve que lleva puestos los dos anillos de casados, el suyo y el de su marido, uno encima del otro.

—¿No le molesta a Rafael que lleves el anillo de papá?

—A Rafael no le molestan las tonterías, hija mía. La gente que se molesta por tonterías es tonta.

Retira la mano de la cara de su hija.

—Tú no eres tonta. Pero pierdes el tiempo con tonterías.

—Ya.

—Y yo pensaba ojalá venga, ojalá venga, ojalá quiera venir... Y mira. —Se ríe—. Has venido y encima con el pelo tintado. No sabes la alegría que me has dado.

Pepa se justifica.

—Tenía muchas canas.

—Tenías muchas canas, es verdad, y tenías un pelo de abuela que cualquiera pensaría que estás aquí ingresada y no trabajando. Pero yo me decía si viene, si viene a verme esta semana...

—¿Qué?

La madre se mete la mano en el bolsillo de la bata y se saca un papel.

—Tú no estás bien, Pepa.

No quiere entender lo que le quiere decir.

—No entiendo lo que me quieres decir.

La madre la ignora.

—Pero todavía estás a tiempo, Pepa.

—¿De qué?

—Pues de ponerte bien, ¿de qué va a ser? Ahí tienes el teléfono de la hija de la señora Carmina, que es psicóloga.

—¿La señora Carmina es psicóloga?

—Qué va a ser psicóloga la señora Carmina...

Se levanta.

—Llámala.

Pepa mira el papel y piensa que no la va a llamar.

—No la pienso llamar.

La madre la ignora.

—Ya va a empezar *Cámbiame*. Me voy.

Carmina Palau es rubia y friolera. Tiene una melena corta, con mechas. Al salir de casa ha cogido un abrigo de lana con rayas rojas y negras, una bufanda negra y unos guantes rojos. También se ha puesto un gorro de fieltro de lana, negro, con una rosa en la parte de delante. Lo sabe, lo del frío, porque observa la ropa colgada en la percha de una esquina de la consulta. En la consulta hace calor. Carmina Palau tiene las mejillas sonrosadas, del calor que hace en la consulta, y aun así no se quita del cuello un pañuelo crema que le hace juego con el estampado de la camisa, que es negro con búhos que no son del color de los búhos normales, porque son amarillos y tienen los ojos verdes. Carmina Palau también los tiene verdes, los ojos, y gafas doradas delante de los ojos verdes pero solo para ver de cerca.

Al recibirla no las llevaba puestas. Se ha levantado, sin gafas, y le ha tendido la mano, buenos días, Pepa, me alegro de que estés aquí; se las ha colocado después, para escribir las respuestas a las preguntas que le iba lanzando. Cómo te llamas, Pepa, risas, ya sé que te llamas Pepa, me refiero a tu nombre completo, más risas. Al principio solo se ha reído ella, Carmina Palau. Pepa está tan tensa que siente los músculos agarrotados. Le duele la espalda, y el estómago.

Por qué has decidido venir, le pregunta Carmina Palau.

Carmina Palau parece tener menos edad que ella, aunque eso tampoco es ninguna proeza. Todo el mundo parece tener menos edad que ella, hasta las viejas de la residencia.

Su madre no le ha dicho la edad que tiene. Sí que le ha dicho que tiene dos hijas y una nieta que se llama Sofía y que de vez en cuando se la lleva a la residencia y que la pequeña Sofía le coge las manos a la bisabuela y le canta palmas palmitas y otras veces no llega a cantar palmas palmitas porque se entretiene mirándole las venas azuladas o las manchas de la piel. La niña ha salido a la abuela, eso se lo ha dicho también su madre, de mayor seguro que también es psicóloga porque las psicólogas se fijan en todo desde pequeñas.

Carmina Palau se baja un poco las gafas para mirarla cuando le responde que está allí porque se lo ha pedido su madre.

—¿Solo por eso has venido?

En realidad es así, ha ido solo por eso. Porque su madre se lo ha pedido. Si su madre no se lo hubiera pedido, ahora mismo, a esas horas, estaría haciendo cualquier otra cosa, limpiando la casa, o comprando, o cualquier otra cosa que no fuera estar ahí hablando o dispuesta a estar hablando con una desconocida que es más joven que ella y que tiene una vida feliz, con la nieta de las palmas palmitas y todo eso, pero como su madre se lo ha pedido, ahí está y no en ningún otro sitio.

Podría decirle todo eso. Le da la respuesta corta.

—Sí.

Carmina Palau le sonrío, un poco, una sonrisa pequeña. Le parece bien esa

sonrisa, porque una sonrisa mayor hubiera sido condescendiente y una no sonrisa hubiera sido antipática. Le quita el Palau.

Carmina, la psicóloga, dice en voz baja: bien, y en voz algo más alta dice:

—Es un buen comienzo.

Pepa no dice ni que sí ni que no.

—¿Te sientes cómoda, Pepa? ¿Es la primera vez que estás en la consulta de un psicólogo?

Pepa dice que sí, a las dos cosas.

—¿Y qué esperas que ocurra a partir de ahora?

Pepa no sabe qué espera que ocurra así que dice que nada.

—Nada.

La psicóloga no muestra signos de extrañeza por la respuesta pero aun así dice:

—¿Nada? ¿No esperas sentirte mejor?

Lo que espera Pepa es ser capaz de articular palabra, de decirle algo que justifique los sesenta euros que va a pagar por la consulta, algo que pueda luego contarle a su madre cuando le pregunte para que su madre le cuente a la madre de la psicóloga cuando le pregunte. Esas cosas funcionan así en la residencia, esa solidaridad, ese orgullo de madre o de padre del hijo que hace algo por el hijo de otro padre o de otra madre, esa impertinente satisfacción. Mi hijo ha hecho algo por el tuyo. Ja.

Pero siente que no puede. Una cosa son las hermanas de la tonga manabita, las taxistas de la peluquería, y otra cosa es confiarse con alguien con quien luego tendrá relación. Se agarra al bolso, que tiene sobre las piernas. Definitivamente no le va a contar nada. No por maldad. Es que no puede.

La psicóloga vuelve a ser Carmina Palau. Adiós a la familiaridad.

La mira, desde detrás de las gafas. Insiste.

—¿Cómo te sientes, Pepa?

—...

—Si tuvieras que escoger una palabra para describir tus sentimientos, tu estado de ánimo, ¿cuál sería?

Esa pregunta no se la espera, Pepa, y la respuesta la atropella como atropellan los trenes a las furgonetas que se saltan el paso a nivel, dejando un siniestro total.

La verdad la arrolla, la vence.

Lo dice:

—Como una mierda.

Y según lo dice, con la última vocal, con la a de la palabra mierda, se pone a llorar. El llanto es como la verdad, también choca con ella como si fuera un accidente de tráfico. Ella, que no recuerda haber llorado nunca, mucho menos delante de nadie, no puede detener las lágrimas. Las lágrimas también se atropellan, unas a otras. Salen así, atropelladamente, a borbotones, sin esperarse a que el lagrimal esté despejado o a que estén despejadas las mejillas. Algunas las retira con el dorso de la mano, o con un pañuelo de papel, pero otras le caen sobre la camisa y se la mojan.

Se siente ridícula.

Carmina Palau la anima a seguir llorando.

—Llora, te hará bien.

Se siente engañada. No encuentra bienestar ni alivio por ningún lado.

Se siente tal como le ha dicho, como una mierda, como una mierda total y absoluta; como una mierda gigantesca, inmensa, inmunda.

Lo único que la consuela es que llora sin hacer ruido y sin que se le salgan los mocos por la nariz, que es algo que siempre le llama la atención cuando ve llorar a alguien, por la televisión, generalmente.

Carmina Palau mira, con discreción, el reloj.

—Es la hora, Pepa.

Pepa deja de llorar y hace evaluación de daños. La camisa mojada, la autoestima herida.

Carmina Palau apunta en un papel mientras habla.

—Ha sido un muy buen comienzo, Pepa.

—¡No me joda!

Pepa se sorprende al escucharse, y Carmina Palau la ignora.

—Estoy convencida de que es de las pocas veces que te has enfrentado con tus sentimientos sin ningún tipo de barrera, y por eso has reaccionado así. Ha sido una especie de acto reflejo y, aunque ahora no te des cuenta, ha sido un acto reparador.

Pepa la mira como diciendo:

—No me cuente rollos.

Pero no dice nada.

Carmina Palau interpreta sus pensamientos.

—No creas que te estoy contando una milonga para que vuelvas. Te digo la verdad. Ha sido un gran comienzo.

Pepa le dice que sí, con un gesto de la cabeza, y aunque se levanta de la silla convencida de que no va a volver, sabe perfectamente que acabará regresando a la consulta.

Se lo dice a su madre.

—He ido a ver a Carmina Palau.

La madre asiente, complacida.

—Dos veces ya.

Le cuenta que no sabe si va a volver. Le dice que le va mal. Que no es por el dinero, pero que cada vez le tiene que pagar sesenta euros. Que tiene que coger el tren y luego un autobús y luego a la vuelta lo mismo pero al revés, el autobús y luego el tren, y que llega a casa tardísimo, de noche casi, y que cuando tiene que sacar al perro todo le da miedo, porque está oscuro y pasan muchas cosas, pero que el miedo que pasa paseando al perro no tiene nada que ver con el miedo que le da ir en el tren y en el autobús y luego en el autobús y en el tren.

Baja la voz.

—Hay gente muy rara por el mundo, mamá.

La madre se ríe.

La madre está contenta.

La madre le pasa la mano por la mejilla.

—Te queda muy bien ese corte de pelo.

Pepa también está contenta.

Ya no se despierta a las seis y media de la mañana. Ahora se despierta a las siete y deja que Ramón se suba a la cama. Luego pasea un buen rato, con un chándal nuevo que se ha comprado en Modas Mary. Se ha comprado también una radio pequeña con auriculares, en ElectroLuis, y escucha música melódica mientras camina. Le gusta mucho Cadena Dial, porque es todo en español y todo lo entiende y ponen sobre todo eso, música melódica que le trae recuerdos.

Se acuerda sobre todo de Ramón. Ahora se acuerda de Ramón de buen rollo, sin rencor.

Ahora es un tiempo nuevo que dura ya varios días en los que no se ha enfadado con nadie, no ha sentido deseos de enfadarse con nadie, no ha pensado que sonreír era una pérdida de tiempo. Además, ahora, ha ido a la óptica y se ha encargado unas gafas para poder leer, y ha ido a la librería y ha pedido el último premio Planeta, que se lo dieron en octubre a Alicia Giménez Bartlett y no se lo compró porque no tenía gafas ni pensamiento de tenerlas, y ha ido a ver a su madre todas las mañanas, un rato, entre el almuerzo y la comida, y ha hablado un poco con Rafael.

Rafael es un hombre amable, galante. Camina apoyado en una muleta porque hace dos años, a los ochenta, se cayó en el baño y se rompió la cadera. Le operaron y no quedó muy bien. A veces le duele, pero no se queja. A Rafael no le gusta quejarse. Dice que no sirve de nada. Luego se volvió a caer y se rompió la cabeza del fémur pero esa otra fractura le acabó arreglando la vida, porque la vida es un verso largo que siempre acaba rimando aunque por el camino no le encuentres la consonancia.

Su madre le escucha con arrobo, asiente en silencio y le dice que es un poeta.

—Tú sí que eres un poeta.

Él le besa la mano, y su madre se ríe. Cuando su madre se ríe la cara se le llena de arrugas pero las arrugas la rejuvenecen. Rafael le pregunta cómo estás, Pepa, todas las mañanas, y luego le pregunta si ha dormido bien y si ha desayunado. Después guarda silencio y las escucha hablar si hablan o las mira callar si callan y al cabo de un rato les pide permiso para levantarse y se aleja con su caminar renqueante.

La madre sabe adonde va.

—Va al baño.

Rafael tiene problemas de próstata. También le fallan los bronquios, porque ha fumado toda la vida y se ha abrigado poco. Y toma medicación para la tensión, el azúcar y el riego sanguíneo.

El segundo día de este nuevo tiempo, de ahora, su madre le dijo que duermen juntos desde que Pepa se fue de vacaciones. Que antes no habían pedido permiso porque les daba vergüenza que ella los sorprendiera pero que de todas formas por la noche no hacían nada más que cogerse de la mano y Pepa la quiso creer a pesar de que su madre se rio y se puso roja, como si estuviera diciendo una mentira.

—Yo no necesito saber nada, no te he preguntado nada.

La madre se encogió de hombros.

—Pero yo quiero que lo sepas. Por la noche no podemos hacer nada porque la artritis nos agarrota todos los huesos. Por la tarde, cuando nos acostamos a hacer la siesta, es otra cosa. Aquí viene un chico, un chico de color, de color negro, vamos, y hace como que tiene familia interna, pero en realidad viene a vender pastillas. Muchos abuelos las compran.

Se rio.

—Pero a Rafael no le hacen falta.

Pepa cortó la conversación, pero su madre volvió a sacarla a la mañana siguiente, y a la otra, y así todos los días de este tiempo nuevo, de este ahora, hasta que a Pepa no le queda más remedio que saber que su madre, después de comer, hace el amor con su novio no como cuando lo hacía con su marido, porque no es lo mismo tener cuarenta que ochenta, pero su novio la mira con amor y la acaricia con amor, y que a veces la cosa va para arriba y lo hacen hasta el final y a veces la cosa no va para arriba, y no lo hacen hasta el final, y cada vez que dice la cosa le guiña un ojo y cada vez que dice hasta el final vuelve a guiñar el ojo y Pepa no puede evitar darse cuenta de que cosa quiere decir pene y hasta el final significa penetración y tampoco puede evitar sentir enfado porque este tiempo nuevo todavía no está consolidado y le da rabia que su madre, a esas alturas, rehaga su vida cuando ella no ha sido capaz ni siquiera de hacerla una primera vez. Así que se irrita. Pero luego mira a su madre, que se ha hecho la permanente y también se ha teñido el pelo, un poco, como de rubio dorado muy claro, para parecer menos vieja, y se alegra un poco, muy poco, casi nada, de que tenga un poco de felicidad.

Lo que no le cuenta su madre se lo cuenta Rafael. La madre le dice lo de que a ella ya le gustaba cuando era joven, y él le dice que sorprendentemente no se fijó en ella entonces. Ella le cuenta que cuando él se fue del pueblo se enamoró de su padre y él le cuenta que tuvo mil mujeres, mil, ni una ni dos, mil, pero que ahora que es viejo no tiene ninguna. Ella le explica que cuando le vio en la residencia no le cupo duda, que le reconoció debajo de esas arrugas, de esas orejas que se habían hecho enormes, de esa nariz grande, poderosa, de ese sombrero de paja raído que no se había quitado ni en la camilla que le bajó de la ambulancia y le dejó inmóvil en una cama, y él le explica que no tenía ni idea de quién era esa mujer que todas las tardes le hacía compañía y le daba conversación mientras no podía moverse y luego le acompañaba a dar pequeños paseos cuando ya podía caminar y que tampoco encontró motivo para contradecirla cuando ella le dijo que se conocían de antes. Ella le asegura que reencontrarse con él ha sido lo mejor que le ha pasado después de tener a sus hijos y de compartir los años que compartió con su difunto marido, que cuidar de él es una oportunidad que le brinda la vida, y él le asegura que no sabe cuándo se enamoró de ella pero que enamorarse se ha enamorado, que no tiene ninguna necesidad de que le cuiden porque para eso le da a la residencia el dinero de su paga, pero que ella le quiere como no le ha querido nunca nadie, que le quiere ahora que es un abuelo acabado y no cuando era un hombre joven con dos manos capaces de sacar agua de los pozos más secos, y al decir eso se ríe y añade tú ya me entiendes, y que ese amor tan grande de ella, tan generoso, ha hecho que el suyo florezca como florecen las flores en las tierras que son buenas. Ambos se callan y él aprovecha el silencio para pedirle la mano de ella.

—No nos vamos a casar, no te asustes. No queremos perder la pensión, que no somos gilipollas. Pero me gustaría saber que contamos con tu bendición para vivir lo nuestro.

Es el noveno día de ese nuevo tiempo. Tampoco la vida va a cambiar tan rápido y les dice que no, que la bendición no la tienen pero que pueden seguir adelante con su relación. Les pide que tengan cuidado.

—Tened cuidado. No quiero que al final tengáis que casaros de penalti.

Se ríen.

Se lo ha dicho, que se han reído, a Carmina Palau. A veces es Carmina, a veces la psicóloga y a veces solo eso, Carmina Palau.

Se lo dice en la segunda visita. Lo de las risas, lo de la conversación, lo del tiempo nuevo.

Le explica que puede ir a verla porque ha cambiado el turno de trabajo para tener tiempo libre. Le dice que hasta ahora no quería tener tiempo libre porque no tenía nada que hacer pero que de repente tiene ganas de apuntarse a eso que es como aeróbic pero en el agua, o de hacer recetas tropicales con su amiga, la viva, o de pasear con su perro hasta el cementerio y hablarle a la tumba de su otra amiga, la muerta, o, incluso, le han entrado unas pocas ganas de saber algo de Ramón, el

humano. Le pregunta a la psicóloga si será por las pastillas, y la psicóloga le dice que un poco sí pero que también influyen sus ganas de estar mejor.

Se lo pregunta, si las tiene, las ganas.

Pepa le dice la verdad: que no lo sabe todavía, que no sabe si es algo permanente o una nube de verano y luego volverá todo a ser como antes. Si se le pasará pronto, o cuando deje las pastillas, y será como los esclavos, que después de haber visto un poco el sol ya no les da la gana de vivir entre las sombras.

—Eso dependerá de ti, Pepa, de lo que quieras hacer con tu vida.

Pepa en realidad no le ha contado qué es lo que quiere hacer, con su vida.

Pepa todavía no le ha contado demasiado. Solo le ha dado titulares:

—Soy una desgraciada.

O:

—A mí nadie me ha querido nunca.

O:

—Todo me ha salido mal siempre.

También ha recurrido a los clásicos.

—Mis amigas me dejaron de lado para tener hijos cuando yo no podía tener los míos.

O:

—Mis padres no fueron cariñosos conmigo.

O:

—Mi familia me utiliza como una sirvienta.

Carmina asiente, como si la comprendiera, y Pepa se lanza.

—Lo he estado pensando estos días, ¿sabes? Y creo que ya sé por qué estoy aquí. Me gustaría saber por qué he tenido que sufrir de esta manera la vida. Por qué he tenido que sufrir tanto.

Comienza la terapia.

—Casi siempre lo sabemos casi todo de nosotros mismos, aunque a veces no somos capaces de ponerle nombre a lo que nos sucede.

Pepa culpa a su madre.

—Yo sí que sé ponerle nombre a lo que me sucede. Josefa, es el nombre. Creo que lo que a mí me pasa me pasa porque he crecido sin el cariño de mi madre.

Carmina sabe que no es verdad. Lo sabe porque lleva semanas, meses, oyendo a Josefa hablar de Pepa. De la necesidad de ayuda que su hija no sabe que tiene. De cómo su hija se empecina en recordar una vida que no es la vida que ha vivido.

—Algunas teorías sobre el apego en la primera infancia consideran que el vínculo afectivo que se establece con la madre marcará el desarrollo de la personalidad del hijo, de la hija en este caso, y tendrá una importancia vital en la construcción del autoconcepto y de la autoestima.

Pepa se ríe.

—Entonces estoy jodida. Mi autoconcepto debe ser un horror porque hemos

tenido más bien poco vínculo.

—Aunque no lo recuerdes tu madre te abrazó, te acarició y te llenó de besos cuando eras niña y todavía le permitías que lo hiciera.

—Eso no es verdad.

—Eso sí es verdad.

Carmina Palau no quiere discutir. Tiempo tendrán.

—¿Sabes cómo se forma el autoconcepto? ¿Sabes lo que es?

Pepa niega con la cabeza. Carmina continúa.

—Es la percepción de uno mismo, y la capacidad de autorreconocerse. Es un rasgo inherente al ser humano, que nos permite conocernos, reconocernos y definirnos. Verás, se desarrolla a partir de las experiencias y la imagen proyectada en los otros, no es algo innato. Es un concepto dinámico y se puede modificar con nuevos datos provenientes de una reinterpretación de la propia personalidad o de juicios externos.

Pepa no entiende nada.

—No he entendido nada.

—Quiero decir, que el autoconcepto puede cambiar. Que tu visión de ti misma, de tu historia, de tu vida, puede variar. Tu seguridad o inseguridad, tu forma de aceptar lo que el mundo te ofrece, pueden hacer variar tu percepción no solo del presente sino también del pasado. Te puedo asegurar que tu madre y tú teníais una relación absolutamente sana y normal.

—¿Y cómo puedes asegurarme tal cosa, si me acabas de conocer? ¿Te lo ha contado mi madre?

—Me ha enseñado fotos, sí. Antes de que fueras mi paciente. Tu madre tiene un montón de fotografías tuyas, de tus hermanos. Las enseña porque está orgullosa de la familia que ha formado.

Pepa guarda silencio. Un instante.

—¿Y qué crees tú que me ha pasado?

Carmina no lo cree: lo sabe. Se lo dice.

—Creo que se te rompió el corazón.

Pepa se queda callada el resto de la sesión y sale de la consulta como la primera vez. Le dice que no sabe si va a volver. Pero sabe que va a volver.

Puede que el hijo de Crina sea de Luca. Ella no lo sabe con seguridad. Podría ser de cualquiera. Pero puede también que sea de Luca. A veces esa idea, esa posibilidad, le impide conciliar el sueño. Teme que su maldad se quede prendida en el ADN, que pase de padre a hijo, que todo lo bueno que queda en ella, lo poco de bueno que queda en ella, no sea suficiente para neutralizar todo lo malo que hay en él. El miedo le impide dormir. Pero se duerme.

Luca volvió. Durante un tiempo no supo cuánto hacía que Luca había vuelto. Ahora ya sabe que Luca volvió hace ocho meses. Es de eso de lo que está embarazada. No lo sabía, tampoco. Lo ha dicho el ginecólogo, creyendo que no les entiende. Que el feto tiene el tamaño de un feto de treinta y dos semanas.

También ha hablado de la pareja que se lo quedará. Ha dicho que la pareja no quiere saber el sexo y por eso él no lo dice en voz alta pero Crina sabe que es una niña. Lo ha visto en el ecógrafo y se ha tragado las lágrimas para que no se den cuenta de que se ha dado cuenta de que tendrá una hija. Se llamará Ioana, seguramente, aunque también le gusta la idea de que se llame como su madre, Zoe.

La pareja que ha pagado un adelanto por Ioana o por Zoe no sabe el sexo de la pequeña y tampoco sabe que no se quedará con ella. La mujer de la pareja no puede tener hijos. Tuvo uno que nació enfermo y murió a las pocas horas. La mujer no lo conoció, a su bebé, ni lo pudo tener en brazos, porque en el parto tuvo una hemorragia que pudo matarla. Cuando despertó quiso que la hemorragia la hubiera matado porque su hijo había muerto y ella ya no podría tener más hijos. El marido de la pareja le prometió que tendrían hijos, que los adoptarían, pero no puede adoptar porque tiene una denuncia por malos tratos. El marido quiere a la mujer por encima de todas las cosas pero una vez no pudo soportar la tristeza de ella, o el mal humor de ella, o lo que fuera de ella y le pegó una paliza. Ella le perdonó y retiró la denuncia pero la herida que más le duele a la mujer no dejó marca ni cicatriz. Por tu culpa no podremos tener hijos, le ha dicho mil veces. Por pegarme. Por traficar con drogas. El marido le ha dicho tendremos un hijo aunque lo tengamos que comprar. Le han comprado ya una habitación completa, con cuna y juguetes. Cuentan los días para tener a Ioana o Zoe con ellos. Pero no saben que nunca dormirá en esa cuna ni jugará con esos juguetes. También se han comprado una casa. Aún no viven en esa casa. Quieren mudarse cuando lleguen con el bebé, para que nadie pregunte. La mujer se llama Pilar.

La vieja dice que la mujer se llama Pilar, aunque no lo sabe seguro, pero sí sabe que el padre de la mujer fue guardia civil y por eso la llama así, Pilar, porque todos los guardias civiles que ha conocido en la vida le han puesto Pilar a sus hijas. A la vieja le da pena, Pilar. Se lo cuenta al negro. Lo de Pilar, lo de la habitación, todo. El negro no disimula que no le importa. Crina disimula que entiende todo lo que dice.

No le cuesta trabajo, disimular. Le cuesta trabajo no gritar o no llorar, pero

disimular le sale bien, se le hace fácil. Lleva años disimulando. Es su profesión.

Ioana, o Zoe, puede ser hija de Luca. O de cualquiera. Pero Luca volvió hace ocho meses y se acostó con ella con preservativo y también sin preservativo. Le pegó y lloró sobre su espalda, borracho como una cuba, lamentando su mala suerte. Mala suerte la suya, que no podía regresar a Rumanía, que tenía tras él a la policía y a unos lituanos a los que les había robado dinero, que tenía que esconderse como una rata, le dijo. Él no le preguntó ni una sola vez cómo estaba, ni le pidió perdón, ni se interesó por el pago de la deuda, si era mucho lo que le quedaba, si podía contribuir a que fuera menor. Nada. Crina se preguntó si la habría reconocido.

Luca se acostó con ella muchas veces y no quiso que nadie más la tocara mientras él estuvo allí. No sabe cuánto tiempo fue. Eso no aparece en la consulta del ginecólogo. Se encerró con ella en la habitación más grande del Tres Hermanas, la más cara. Una habitación con cama redonda y cristales en el techo, y con *jacuzzi* en el baño y con servicio de habitaciones. Luca salió varias veces de la habitación pero a ella la dejaba encerrada cada vez que salía. Cuando volvía traía comida, o bebida, o droga, o todo a la vez, y aunque ella no tenía hambre ni sed ni ganas de drogarse la obligaba a comer y a beber y a esnifar. Una vez volvió con dos chicas y la obligó a mirar mientras se las follaba y cuando terminó las echó y lo hizo con ella. Ella miró y luego hizo todo lo que él le pidió que hiciera. Le daba lo mismo. Era un hombre como cualquier otro. Unas manos, una boca, una polla. Lo mismo que los demás.

Disimuló todos los días que estuvo con él. No le reprochó nada de lo que le había hecho. Quiso hacerlo. Y también quiso matarle la primera noche, cuando se quedó dormido. Estaba desnudo, a su merced, vencido por el sueño y la fatiga, narcotizado, indefenso. Pensó si le pongo la almohada sobre la cabeza no ofrecerá resistencia, seguirá respirando, lentamente, perderá el conocimiento, morirá, y podré decir que se durmió y estaba vivo y que cuando me desperté ya estaba muerto y con suerte me darán una paliza y poco más y con más suerte aún creerán que le he matado y me matarán también y todo habrá acabado por fin. Cogió la almohada, incluso, pero no le mató. Con la almohada en la mano comprendió que matarle no serviría de nada, que matarle no cambiaría nada, ni el principio ni probablemente el final, así que la ahuecó, la almohada, y recostó la cabeza, al lado de la de Luca, para dormir.

Piensa en esa noche, la primera. Si le hubiera matado, Ioana, o Zoe, no estaría en su vientre. O tal vez sí. Tal vez el padre no es Luca. Tal vez el padre es uno de los cuatro chicos que estaban de despedida de soltero y quisieron regalarle al novio una noche de sexo en grupo. No quisiera que fuera hija de ninguno porque no dejaron de reírse de sus novias mientras estaban con ella, y la grabaron con el teléfono móvil y amenazaban al novio con poner las imágenes al día siguiente, en la boda, y se morían de la risa imaginando las caras de la suegra, o de la abuela de la novia, que tenía noventa años y que seguro que se moriría de la impresión. Ella quería insultarles. Quería decirles:

—Pero ¿qué tipo de seres humanos sois? ¿Qué educación os han dado vuestros

padres? ¿Cómo podéis estar aquí haciendo estas cosas, diciendo estas cosas?

Pero no les dijo nada. Hizo su trabajo. Tocó. Lamió. Permitted que la tocaran, que la lamieran. Dejó que su cuerpo fuera un objeto en el que meter cosas, una cosa, poca cosa, nada. Hizo su trabajo y lo hizo bien. Disimuló.

Ojalá no sea el padre, ninguno de ellos. Ni tampoco ese camionero que dejó el camión en el aparcamiento, cargado de clementinas, y que la penetró con rapidez y se movió con torpeza dentro de ella y que se puso a llorar como un crío cuando descubrió que se le había roto el preservativo. Solo entonces, al verlo roto, se acordó de sus hijos, que estaban en casa, dormidos, seguro, a esa hora de la noche, y de su mujer, que estaría viendo *Cuéntame cómo pasó* en la televisión, en pijama, abrigada con una bata rosa, esperando la llamada que él aún no había hecho. Se lo contaba entre hipo y mocos, se lamentaba de su error.

No decía:

—Si es que no tenía que haber venido, qué necesidad tenía yo de pegar un polvo hoy, si casi ni sé follar, si solo me apaño con mi mujer, si dentro de tres días estoy de vuelta de Polonia sin haber engañado a nadie.

Decía:

—Si es que no tenía que haber cogido este preservativo, que lleva en la guantera más de diez años.

No decía:

—Ay, Dios mío, a ver si voy a contagiarte cualquier enfermedad porque en el viaje anterior me pasó lo mismo cuando estaba en el puticlub de La Junquera.

Decía:

—Ay, Dios mío, a ver si me vas a pegar algo, una sífilis o un sida, o algo peor.

Lo decía llorando.

Decía:

—¿Y ahora qué hago, qué puedo hacer?

Ella no sintió lástima de él sino pena por su mujer, y no quiso decirle que estaba limpia, sana, que era la prostituta perfecta para que se le rompiera el condón porque no iba a contagiarle nada.

Ojalá ese hombre no sea el padre. Era cobarde. Mala persona. No mala persona como Luca, pero no era bueno. Era egoísta y mentiroso, tramposo.

O ese otro, el viejo. El viejo que iba los viernes hacia el mediodía, todos los viernes hacia el mediodía. Parecía buena persona, parecía dulce, parecía un hombre cualquiera, uno de tantos, con boina y garrote, uno de esos que se tomaba una Fanta después de haber dejado a sus nietos en el colegio. Se pedía la consumición y le daba conversación a la camarera, si hacía frío decía qué frío, si hacía calor decía qué calor, y sacaba un monedero de plástico marrón del bolsillo de delante de los pantalones y contaba las monedas con dedos largos y torpes que coronaban unas manos grandes y torpes. Las contaba una a una y decía seguro que prefieres que te dé dinero suelto y si no tenía el dinero suelto sacaba una billetera marrón también, pero más oscura, del

bolsillo de atrás del pantalón y sacaba un billete arrugado, y sonreía mientras lo daba y esperaba el cambio, y así un viernes y otro viernes. Nunca repetía la chica porque la chica del viernes anterior nunca se le acercaba al viernes siguiente, y cuando le tocó a ella, ocho meses atrás, se dio cuenta del motivo.

El viejo le contó en la habitación, mientras se desnudaba, que su mujer estaba enferma de cáncer. Ay qué pena, pensó Crina. Le contó, mientras ella se le acercaba, que llevaban meses sin tener relaciones. Ay, qué pena, pensó Crina. Le contó que le había dado permiso para que se fuera con otra que le diera lo que ella no podía darle y antes de que Crina pensara ay, qué pena, él añadió:

—Pero me ha dicho que no puedo irme con una mujer normal. Solo puedo ir con mujeres como vosotras, con putas, para poder hacer lo que quiera sin remordimientos.

Y fue quitarse la boina y dejar de ser un viejo para convertirse en un monstruo. Un monstruo de los peores. De los que parecen normales. De los que te cruzas por la calle y no imaginas la maldad que pueden guardar en su interior. De los que llevan caramelos de menta en los bolsillos y te los ofrecen si te escuchan toser y te dicen toma uno, que esto te quita la tos. De los que se sientan en el banco de un parque y ven jugar a los niños en los columpios. De los que tienen hijas, nietas, mujeres enfermas de cáncer que les dan permiso para que hagan lo que quieran con cualquier mujer, no, con cualquier mujer no, con una puta para que puedas hacer lo que quieras sin remordimientos. Usa las manos abiertas. Usa el bastón. Una la punta del cigarro. Usa eso que has comprado por internet, lo que llevas dentro de la bolsa de plástico de Mercadona, eso que nadie imagina que tienes. Úsalo. No te preocupes. No pasa nada. Puedes hacerlo.

Después de estar con él, ni la Mami ni su marido ni tampoco sus hijos pegaron a Crina. La dejaron descansar toda la tarde y toda la noche y toda la mañana del día siguiente y por la tarde le preguntaron si quería que llamaran al médico o si se encontraba bien para trabajar.

Tal vez sea ese hombre, el padre de Ioana o Zoe. O el camionero. O el chico que se casaría al día siguiente, o sus tres amigos. O Luca.

No le preocupa.

Lo que le preocupa, de verdad, lo que le quita el sueño, es encontrar la manera de salir de allí con Ioana o Zoe, porque sea quien sea su padre, las dos van a escapar. De eso sí que no tiene ninguna duda.

A Pepa eso de reconcentrarse en ella misma y sus sentimientos la lleva irremediabilmente a pensar en Ramón.

A Ramón lo tiene muy pensado. Lo tiene tan pensado que sería capaz de reproducir, palabra a palabra, los años que estuvo con él. Cómo le conoció, cómo le perdió, y lo que pasó entre medias. Tan pensado lo tiene que le da hasta pereza pensarle más veces pero ahora Carmina Palau le pide que le piense de otro modo. De hecho, le pide que piense en la vida de otro modo. Le ha hablado de Aristóteles y le ha contado un rollo sobre la necesidad de los seres humanos de vivir con otros seres humanos, pero también le ha hablado de otros que no hace siglos que vivieron y murieron y que le dan mucho miedo porque dice Carmina Palau que dicen que nuestro historial emocional puede afectar a las emociones que percibimos en los demás.

Piensa en Ramón, en su sencilla ternura. Se acuerda de ese poema de Ángel González que un abuelo recitó en la residencia en una fiesta de Navidad y que le dio muchas ganas de llorar al oírlo, de ese poema del que ella, que no leía ni veía en la tele nada más que basura, nunca había oído hablar... y se muere de miedo porque ella no ha mirado a nadie con mirada limpia y, ahora lo sabe, no ha tenido a nadie que la volviera inteligente con su pensamiento así que no le queda más remedio que afrontar que los demás ven viva su carne, como en el poema, oscura, triste y mala.

¿Es eso? ¿Es eso todo?

Le aterra. Cuando lo piensa, el miedo la paraliza. Piensa en Ramón, ahora sí. ¿Y si lo que ella pensó que sentía Ramón no era nada más que lo que ella sentía? Se lo pregunta de su exnovio, pero se lo pregunta de su vida entera. ¿Y si esa rabia, esa hostilidad, esa mierda que ella percibía del mundo no era más que su propia rabia, su propia hostilidad, su propia mierda? ¿Y si ha estado equivocada, todo el tiempo?

También sobre su madre le previene Carmina Palau. Le ha dicho que es probable que haya distorsionado sus recuerdos. Eso se lo dice siempre. Le pide que haga un esfuerzo, que se concentre, que trate de acordarse de cosas de las que ella no se acuerda y que, seguro, se las ha contado su madre porque a su madre se las habrá contado la suya. Que se acuerde de una vez que el rey mago en persona se bajó de la carroza para darle un muñeco. Que se acuerde de aquel día que la operaron de un grano que había salido para adentro en la teta y se despertó en medio de la operación llamando a su madre y su madre se puso de tal manera que la dejaron entrar en quirófano. Que se acuerde de las veces que se despertaba de madrugada con su madre durmiendo a su lado en su cama porque tenía fiebre o miedo, porque no quería dormir sola.

Acuérdate, Pepa.

Por si no se acuerda, Carmina Palau le ha explicado que tener una mala relación con su madre es otra cosa.

Le ha leído la carta de una paciente.

Soy la mayor de tres hermanos, de una familia de esas que llaman acomodada (uf, uf) en la que jamás intervendría ningún servicio social puesto que íbamos al mejor colegio y comíamos todos los días. Nuestra vida era una pesadilla terrible. Mi madre nos torturaba psicológicamente, con una crueldad que merecería ser digna de estudio. No voy a contártelo todo porque esto sería larguísimo. Solo un detalle: me recordaba cada día que yo era fea y gorda, que no era digna de ser querida y que no era nada. Qué mala suerte tenía ella de tener que cargar con semejante pena. Ella que era guapa, delgada y estilosa (y lo era). Y tenía una hija fea y torpe de la que se avergonzaba terriblemente. El maltrato también era físico, pero ese se ha curado con el tiempo. El otro no. Y no era mala, era simplemente frívola e infantil. Una madre tan superficial que era incapaz de entender la valía de sus hijos, que se permitía el gusto de malmeter entre los hermanos para salir ganando ella. De avergonzarte delante de quien fuera. Jugaba con los sentimientos de sus hijos porque podía. Hasta destruirlos. Y podía porque era tu dueña y tú no eras nada, una basura de su propiedad. Mi padre miraba para otro lado, intentando salvar su propio pellejo. No todos pudimos aguantar la presión a la que nos sometía. Una noche mis padres se fueron al cine. Me quedé a cargo de mis hermanos. Yo tenía dieciséis años, Javier tenía trece y mi hermano Carlos solo nueve. Yo tenía que estudiar para un examen de literatura, mis hermanos estaban viendo la tele. No creo en lo paranormal pero esa noche aunque todo era aparentemente normal había algo raro en el ambiente. Tanto, que llamé a mi amiga del alma para contarle que me costaba respirar y el corazón me iba a mil por hora. Esa llamada telefónica es el testigo de lo que sentí. Si no, no podría creer cómo fui capaz de anticipar lo que ocurriría poco después. Entré a la sala para recriminar a Javier que no se había tomado la sopa, que yo debía recoger la cocina y que estaba retrasando mi estudio del examen. Me miró muy serio y sin decir palabra abrió la ventana y se lanzó al vacío desde nuestro noveno piso. Carlos gritó y yo solo podía pensar que lo que había más allá de la ventana no era un espacio en el que podíamos estar. Eso no era posible, Javier no debía estar allí. Mi madre se iba a enfadar cuando se enterase. Dejé a Carlos en manos de una vecina que acudió a nuestros gritos y bajé corriendo a la calle a recoger a mi hermano. A los dieciséis años no puedes creer que tu hermano no pueda salir volando, caer encima de algo blando, que no pueda ocurrir un milagro. Por supuesto eso no pasó. Ahí estaba mi hermano, en la sucia acera, tirado como un muñeco. La gente pasaba de largo, escapando de la tragedia. Fui al cine a buscar a mis padres. Mi madre en shock, sin reaccionar, mi padre llorando. Imagínate el resto, amigos, familia, homenajes, entierro...

Javier dejó escrita una nota en la que nos disculpaba a todos menos a mi madre. La hice desaparecer porque sabía que mi madre no tenía que leer aquello. La rompí y la tiré a la basura. Mi padre la recuperó a lo largo de aquella larguísima noche. Todavía la conserva pegada con celo. Mi madre nunca supo de su existencia. Alguna vez ha preguntado por esa carta, le suenan campanas de escuchar algo, pero siempre se lo hemos negado. ¿Cómo podría resistir saber que su hijo saltó desde un noveno piso porque estaba aterrorizado por haber perdido las tres mil pesetas de unas clases particulares? Dinero que apareció en cuanto me puse a buscar dentro de sus libros del colegio. Le teníamos tantísimo miedo...

Mi padre dejó de trabajar, se arruinaron, se divorciaron, una destrucción absoluta de mi familia, de mi entorno. Estaba tan sola y asustada que eso ha condicionado mi vida posterior, sobre todo como madre. No he podido trabajar porque nunca he sido capaz de dejar a mis hijos en otras manos. Simplemente he sido incapaz.

He perdonado a mi madre aunque no te niego que la miro de reojo todo el tiempo. No le he dejado a mis hijos nunca, ni una tarde, a pesar de que la tragedia y los años la han suavizado bastante. Estoy pendiente de ella ahora que es mayor. Y sobre todo miro hacia otro lado cuando habla de lo injusta que ha sido la vida con ella. Perder un hijo, perder la posición, perder a un marido...

Nunca le he dicho lo que pienso de verdad, que cada desgracia ocurrida ha sido por su culpa, que se ha labrado cada lágrima que ha soltado. Y estoy segura de que piensa que yo, que no valgo nada, que soy gorda y fea, he tenido más suerte que ella en la vida, porque la vida es así de injusta...

Al terminar de leer la carta, Carmina Palau le ha advertido que la carta continuaba

pero que no era necesario que ella supiera más. Le ha explicado que la escribió, como le ha dicho, una paciente que sí tenía problemas con su madre y al decirlo pone énfasis en el sí, como queriendo decir:

—Ella y no tú, porque tú no tienes problemas ni con tu madre ni con nadie que no seas tú misma, pedazo de taruga.

Pero lo que dice es:

—Más que el problema que tengas, lo que importa es cómo afrontas el problema que tienes. Esta mujer afrontó su tragedia con la voluntad de salir adelante y...

Pepa la interrumpe.

—Y por eso acabó en tu consulta, ¿no? Por lo bien que lo afrontó...

Carmina Palau la mira, con severidad.

Pepa se siente incómoda.

—Perdón.

Carmina Palau la sigue mirando con la misma mirada pero dice:

—No tengo nada que perdonar. De hecho, tienes razón. Acabó en esta consulta porque afrontó su tragedia con la voluntad de salir adelante y por eso pidió ayuda, porque se dio cuenta de que ella sola no podía cerrar esa herida. A veces, reconocer las propias limitaciones, es más valiente que fingir que se puede con todo.

Pepa se queda callada. Carmina continúa:

—Como tú. Lo cobarde hubiera sido seguir rumiando tu malestar sin querer ponerle remedio. Lo valiente ha sido llamar, venir, reconocer que hay algo que no va bien y querer modificarlo.

Así que se siente como Juana de Arco. No. Como ella no que murió en la hoguera. Como Cleopatra. No. Tampoco, que se suicidó con una serpiente. Como Mary Kay. Perfecto, Mary Kay le vale. Le ha contado la historia Lorena cuando ha ido a depilarse. Lo de que Mary Kay era una vendedora y demás y que montó una empresa solo para que las mujeres pudieran triunfar en un mundo de hombres. Le ha enseñado una foto con el móvil. Se parece a una de *Las chicas de oro*, pero como Lorena le explica que hizo todo aquello le compra una crema hidratante para la cara con protección solar, una barra de labios con hidratación y aunque en principio no quiere nada más acaba llevándose un lote de maquillaje completo. Lorena le recomienda que se haga una limpieza de cutis, porque tiene la nariz llena de poros, y como las dos tienen tiempo se la hace en el momento. Sale del gabinete con la nariz roja como un pimiento pero con la piel tersa como la de un bebé, y sin pelos, y con una incipiente admiración por Mary Kay que se confirma en cuanto se pone la crema y la piel responde como un cuerpo sediento cuando le dan agua para beber.

Se acaricia la cara mientras se unta la crema. Se pone mucha, y eso que Lorena le ha dicho que con una perla basta, pero su piel se la traga a borbotones; se la seca con un pañuelo de papel, embadurna la brocha en el dúo de colorete mineral Juyci Guava y se lo aplica en los pómulos formando una ce desde la sien hasta mitad de la cara, que es como le ha dicho Lorena que se pone el colorete; se delinea los ojos de negro

y se pinta los párpados con una sombra perlada que no es la que mejor le sienta pero era la única que le quedaba a Lorena y ella no tenía ganas de esperar para estar más guapa.

También estrena ropa. Ha ido al mercado y se ha comprado unos pantalones vaqueros, una camiseta blanca que pone si la vida te da limones haz limonada, pero en inglés, y una camisa azul con encajes entre los pechos y por la parte de abajo.

Se mira en el espejo, cuando acaba de maquillarse y vestirse. Espera que ocurra un milagro. Que le devuelva la imagen de Michelle Pfeiffer, por lo menos, pero no.

Es Pepa quien la mira desde el otro lado. La misma Pepa de siempre, sin brillo, sin magia.

Le parece oír a su madre, que le dice dentro de su cabeza:

—¿Pero qué esperabas, alma de cántaro? He visto cubos de basura con más conocimiento que tú, hija mía.

La voz de su madre diciendo lo que dice le da risa.

Se ríe.

Vuelve a mirarse al espejo.

Sonríe.

—¿Así que es esto?

Se obra el prodigio.

El hombre negro se llama Jabulani pero se hace llamar Javier, o Javi, porque se parece a su nombre auténtico y así no le gastan bromas ni le llaman balón de reglamento ni le cantan el *waka waka* de Shakira cuando le telefonan para pedirle que lleve marihuana aquí o allí o que les haga llegar pastillas o lo que sea.

Crina lo sabe, que se llama Jabulani y que Jabulani es el nombre que le dieron al balón del mundial de Sudáfrica porque le escucha mientras habla por teléfono con la tranquilidad de creer que nadie le entiende.

Dice cosas como:

—Si me vuelves a cantar la cancioncita de los cojones te va a llevar la mercancía tu puta madre.

O también:

—Yo no soy un balón, soy tu puto camello, así que trátame con respeto o vas a tener que ir tú a buscar las pirulas a sitios chungos en lugar de este servicio a domicilio, que parezco un pizzero.

A veces no le llaman para encargar droga como quien encarga *pizzas*. A veces le llama su madre, que vive en Toledo y que le pide que se vaya con ella.

Él le miente. Le dice que está bien allí. Que trabaja repartiendo comida china. Que tiene una moto, roja, y una novia que se llama María Amparo que está estudiando enfermería y que es muy feliz. Lo de la moto es cierto. Lo de la comida y la novia, no. Lo de la felicidad no lo sabe porque Javi no muestra sus sentimientos. Lo que sí sabe es que no es malo del todo, porque se esfuerza en aparentar dureza pero le preocupa que ella esté allí.

A veces habla con la vieja y le pregunta cuánto tiempo va a quedarse con ellos o si no le da miedo que los pillen. La vieja le dice que no, que no le da miedo, que no hacen nada malo.

Se refieren a ella como la chica. Nunca la llaman por su nombre. Crina no sabe si lo conocen.

Entre ellos, se tratan con familiaridad.

La vieja le llama Jabu y cuando él le dice que le llame Javier le contesta:

—Sí, Jabu. Ahora mismo voy yo a llamarte Javier, no te jode...

Él a la vieja la llama abuela, pero la vieja se llama Rosario. Rosario Ros Pérez, tiene setenta y cuatro años, está casada, su padre se llamaba Antonio y su madre Rosario también, de profesión taxista y sus labores. Ella es ama de casa, vive en la calle Balmes de Barcelona y tiene caducado el DNI desde 1987. Eso lo sabe porque una mañana la dejó sola y se olvidó el bolso colgado en el perchero de la entrada. Volvió enseguida. Le dio solo tiempo a hurgar en la cartera y a garabatear un número de teléfono en un papel que se escondió en el bolsillo de atrás del pantalón. Lo tiene ahí, guardado. No tiene mucho tiempo, pero aún tiene tiempo. Vigila.

La vieja conoce a la madre de Javi, por eso lo tiene en su casa. La madre de Javi

llama a veces a la vieja para preguntarle cómo se porta Javier y la vieja le dice siempre que bien, que trabaja como un chino repartiendo comida china, que no conoce horarios, que está todo el día arriba y abajo con la moto, desde la hora de comer hasta después de la cena. Casi siempre le dice que puede estar orgullosa del chico.

—Puedes estar orgullosa del chico. Es buena gente. Ha salido a ti en todo menos en el color, que es el del padre, que además de negro era un cabrón.

Efectivamente, el padre de Javi era un proxeneta cabrón. La madre de Javi y la vieja se conocen gracias a él.

La quiere más que si fuera de la familia.

La vieja se lo recuerda cada dos por tres.

—Para mí tú y Jabu sois mi familia. Os quiero más que a mi familia de sangre.

De la familia de verdad no hay rastro, pero de la familia escogida llega cada semana un giro postal desde Toledo y, de vez en cuando, una caja de mazapanes o de queso curado, o algo que se ha dejado un cliente olvidado en la habitación al recoger la maleta, un plato damasquinado, una espada toledana, un colgante de plata, cosas así.

La vieja las agradece, pero le pide que tenga cuidado.

—Ten cuidado, hija, no te vayas a causar un problema por mandarnos estas cosas. A ver si Rodrigo se va a enfadar.

Rodrigo era un putero que al encontrar a la madre de Javi en un bar de carretera decidió dejar las putas en general y centrarse solo en una. Pensó que le salía más barato y, con el tiempo, acabó enamorado de ella y se casaron por lo civil. La trata bien. Trabajan mucho, juntos, los dos, en un hostel de la judería que se llama Hostal Damasco. Javi fue una vez, un fin de semana. Le gustó mucho el cuadro del entierro del señor de Orgaz y vino diciendo dos cosas.

Una:

—Me flipa la cantidad de pares de ojos que habrán visto este cuadro antes que yo y yo viendo lo mismo que ellos. Es como si la historia se hubiera juntado toda en mí en un agujero del tiempo.

La vieja le dijo:

—Madre mía, qué cosas piensas. Deberías haber acabado los estudios y hacerte filósofo.

Y la otra:

—El marido de mi madre me ha dado muy buena impresión, pero me da mucha pena no haber podido pasar más tiempo con ella.

La vieja le dijo:

—Es que ese hombre no sabe que existes.

Realmente, Rodrigo es el hombre perfecto, si no fuera porque no sabe que en Miraval hay una vieja que cuida al hijo de su mujer no solo desde que nació sino incluso antes de que naciera. Una vieja que se encargó de encargarse de alguien

hiciera desaparecer al negro cabrón cuando casi hizo abortar a su amiga de una paliza, y que ha cuidado de los dos como una leona, sin pedir nada más que el dinero del alquiler del cuarto, quién sabe por qué.

Javi se puso triste.

—¿Es porque soy negro? ¿Es por eso que no me quiere?

La vieja se rio con ganas.

—No, no es porque eres negro. Es porque no te conoce. Si te conociera te querría como te quiero yo o como te quiere tu madre.

Javi, a veces, mira en el móvil las fotos que hizo ese fin de semana. Él y su madre en la recepción de la pensión. Él en el Alcázar, en la puerta Bisagra, en la plaza Zocodóver, en todas con cara de perro porque había ido a estar con su madre y no a hacer turismo.

El negro es buena persona, tiene buenos sentimientos. Crina lo nota porque nota a veces en su mirada que no le gusta lo que está pasando en la casa, y guarda esa mirada como si guardase una llave. Una llave, no. La llave. La busca, la mirada, y cuando están solos le mira como diciéndole con los ojos:

—Yo sé que eres bueno, Jabulani, Jabu, Javier o Javi, como quieras que te llamemos. Yo sé que eres bueno y que me vas a abrir la puerta para que pueda escaparme de aquí.

A veces le retira la mirada. A veces, se la mantiene.

La vieja también sabe que no es malo.

Le pide a menudo que vuelva a los estudios, que deje el menudeo, que mire por su futuro.

—No eches a perder tu vida —le dice.

A su madre le cuenta que va a volver a estudiar.

—Me ha dicho que el año que viene se va a apuntar para sacarse el bachillerato en nocturno y luego a lo mejor estudia para profesor, o para chef, que ahora está muy de moda.

Al otro lado del móvil, en Toledo, la madre de Javi se pone contenta porque la vieja sonrío, pero no lo tiene claro del todo porque la vieja tiene que añadir:

—Pero por qué se va a ir a Toledo.

La madre, en Toledo, debe insistir. La vieja responde.

—Pero en Toledo solo le espera la pensión de tu marido, ser camarero o limpiador.

Insiste, y la vieja insiste también.

—Pero cómo vas a poder mantener el secreto... Y si tu marido se entera de que le has ocultado que tienes un hijo, lo mismo te deja.

La madre le añora. Quiere tenerle, como cuando era un niño, negro como el tizón, un niño bueno de mirada blanca, llena de asombro y de amor, un niño que lo perdonaba todo, que la recibía siempre lleno de afecto llegara como llegara y cuando llegara, que quería a la vieja como si fuera su abuela verdadera, que se pegaba con

cualquiera que le llamara hijo de puta, que la despidió sin rencor cuando se marchó al club de carretera primero y a Toledo después, que no le reprochó que tuviera que llamarla por su nombre, Encarna, y no por su condición, mamá, cuando era él quien marcaba el teléfono de la pensión y lo cogía Rodrigo y no ella.

Quiere tenerle a su lado. Lo dice una y otra vez. La vieja le dice que no puede ser.

—¿Pero tú has visto algún negro en Toledo? Pero no de turismo, no, de los de vivir ahí. Tiene que quedarse aquí, porque aquí pasa mucho más desapercibido.

Se ríen las dos, una en Toledo y la otra en Miraval. Crina piensa por un instante que la vieja tampoco es mala del todo. Que tiene una amiga, que quiere lo mejor para ella, que la cuida, tanto, que le miente sobre lo que más quiere para que esté bien. Tu hijo reparte rollitos de primavera y arroz tres delicias y cerdo agridulce y no cristal ni anfetaminas ni pastillas de viagra. Tranquila. Tu hijo se relaciona con una que se llama María Amparo y no con una que se llama Crina pero que le decimos la chica para no encariñarnos con ella y que no nos den ganas de liberarla.

O a lo mejor eso no lo piensa. A lo mejor, a la vieja, Crina le da igual. No es más que una chica, una de tantas, una cosa, una planta que hace la fotosíntesis en su salón y en la plaza que hay debajo de su casa, y que dará un fruto del que ella se beneficiará.

A veces Javi le dice que deberían deshacerse de ella. Le da miedo lo que van a hacer.

La vieja no tiene dudas.

—La tenemos porque nos pagan.

Javi tiene reparos.

—No me gusta que esté aquí.

A la vieja le da lo mismo.

—¿No te importa vender droga a niños y te preocupa la chica?

Javi no da su brazo a torcer.

—No es lo mismo vender anfetaminas que bebés.

La vieja encoge los hombros.

—Nosotros no vamos a vender ningún bebé. A nosotros nos pagan un alquiler para que la chica pase aquí su embarazo tranquilamente. Y le damos de comer sano, y la acompañamos para que camine, y la llevamos al ginecólogo. No hacemos nada malo. Todo lo contrario.

Javi se queda callado.

—Es como cuando naciste tú... Yo también cuidé de tu madre, y de ti.

Javi protesta.

—Pero a mí no me vendieron, yo me quedé con vosotras cuando nació.

La vieja se encoge de hombros otra vez.

—Cada uno tiene su destino, Jabu, y el del bebé de la chica será más bueno lejos de la chica.

A Crina le cuesta disimular cuando la escucha decir eso, pero la mirada franca del

negro la apacigua.

—Ningún niño está mejor lejos de su madre.

Una mañana nublada llega por fin la señal, con la lluvia.

Llega la lluvia y la vieja le hace un gesto con la mano, desde el balcón, para que se guarezca de la lluvia, no vaya a estropearse la mercancía. Crina no se mueve. Quiere mojarse. Cierra los ojos y levanta la cara hacia el cielo. Quiere sentir la lluvia, quiere sentirse libre, quiere desobedecer aunque sea esa pequeña orden. Sube a la casa. No me da la gana.

La vieja entra al piso, seguramente para bajar a por ella.

El negro se apoya en la barandilla, y la mira, no sabe si con la mirada que guarda la llave o con la otra mirada, la normal, la de cada día, pero se arriesga.

Se lleva la mano al bolsillo del pantalón, saca el papel, doblado. Lo dobla más todavía.

Piensa:

—No me delates, Jabulani.

Mete el papel entre las rendijas de la madera. Le da lo mismo que el agua de la lluvia dañe el papel o borre el número, o que se caiga entre las rendijas de las tablas del asiento y se eche a perder su intento. No le importa. Lo deja, de todos modos.

Si eso no sale, hará otra cosa y otra cosa más si esa cosa tampoco resulta, y seguirá y seguirá hasta que encuentre la ayuda.

Se levanta.

Vuelve a la casa.

La gente la mira por la calle. Eso lo nota. No sabe distinguir si es por bien o si es por mal, pero mirarla la miran. Por su naturaleza, tiende a creer que la miran porque va ridícula, porque se ha pintado un ojo más que el otro, o de diferente color, o porque se le ha roto la falda o el pantalón, o porque se le ha quedado un trozo de chorizo del bocadillo del almuerzo entre los dientes. Unas pocas veces se inclina a pensar que es porque va guapa. No. Porque va guapísima. O porque va. Eso también lo piensa, que la gente que la ha conocido tiene por fuerza que sorprenderse al verla por la calle a cualquier hora, con el bolso colgado del hombro como una señora normal y no tirando todo el tiempo de la correa del perro, como una señora excéntrica.

A su madre, se lo cuenta.

—La gente me mira por la calle.

A la madre le parece normal.

—Es normal. Has cambiado mucho.

Pepa no se siente segura.

—¿No será porque voy mal pintada o algo?

La madre lo tiene claro.

—No, es porque ahora haces cosas que no has hecho en la vida, y la gente se da cuenta.

—¿Cosas como qué?

La madre piensa como sonreír, ser amable o simpática pero no quiere fastidiarla y dice otra cosa que también es cierta.

—Como venir a verme.

Va a verla todos los días. Eso es verdad. Al principio, iba porque no sabía qué hacer con su tiempo. No podía ir a la peluquería cada día, y a Carmina Palau no podía pagarle más de una consulta a la semana; caminar le ocupaba una hora entre ir y venir y sentarse en la plaza a tomar el sol le parecía cosa de viejos. Una vez fue a ver a Paquita, pero Paquita las mañanas las tiene completas entre las clases de zumba, las de francés para adultos y el voluntariado con los extranjeros porque Miraval, que es un pueblo pequeño, tiene cuarenta nacionalidades censadas. Se lo dijo Paquita, esa mañana.

—Podías apuntarte conmigo. Es superentretenido.

—¿La zumba, el francés o el voluntariado?

Se rieron.

—A la zumba voy porque el monitor es guapísimo y me gusta ver cómo mueve el culo, pero no vale para nada.

Se rieron.

—Y, chica, a francés voy porque mi sueño es ir a París y así podré hablar con la gente porque a mí eso de viajar y no poder hablar con nadie me quita la ilusión de viajar.

—¿Y el voluntariado?

—A eso iba para conocer gente, al principio, pero ahora voy porque me gusta. Me siento útil. Los ayudamos a hacer gestiones, las que sean, o si tienen problemas con el idioma, o los acompañamos a comprar o a buscar piso o trabajo, o nos quedamos un rato con los niños si tienen niños y necesitan dejarlos... Y ellos también nos enseñan a diario miles de cosas.

—¿Idiomas y recetas?

—Pues sí, idiomas y recetas también... Pero eso no es lo más importante que he podido descubrir...

—Chica, qué misteriosa... ¿Has descubierto dónde están enterrados los Romanov?

Se rieron otra vez.

Pepa estaba contenta. Por primera vez, alguien que no era ella comprendía lo que ella siempre ha sabido: era graciosa, era ocurrente y divertida.

Paquita dejó de reírse y bajó la voz, como si fuera a hacer una confesión.

—He descubierto que no hay nada más egoísta que la generosidad. Cuando te portas bien con alguien, en realidad lo haces porque te sientes mejor tú, no para hacer sentir mejor al otro. El ser humano no es de fiar.

Pepa no lo entendió, pero prefirió poner cara de que la comprendía perfectamente para que su amiga pensara que estaban al mismo nivel de conocimiento del alma humana. Puso esa cara, la de que lo entendía, y como si tuviera relación le contó que ella todas las mañanas iba a ver a su madre a la residencia antes de ir todas las mañanas a ver a su madre a la residencia, así que lo tuvo que hacer.

La madre la espera sentada en la salita, junto a la pecera. La pecera es grande y tiene carpas, sobre todo, naranjas y naranjas con manchas blancas o negras, que se pasan la vida dando vueltas en el acuario, excepto cuando es Navidad, porque en Navidad las sacan de allí y las meten de decorado en el belén, en un río de verdad que tiene una bomba de agua y todo. Algunas se mueren con el trasiego pero las que sobreviven conocen mundo y luego vuelven a su aburrida monotonía, a ese abrir la boca y cerrar la boca una y otra vez, como si quisieran comerse la vida de un bocado y acabar con todo de una vez. Pepa, cuando las ve, muchas veces, se pregunta si se acordarán del río o si no se acordarán del río y cuando se acuerda de eso se acuerda también de una frase de Einstein que Ramón el humano tenía en un póster pegado con celo en su habitación.

¿Qué sabe el pez del agua en la que nada toda su vida?

Ay. Ramón.

Al ir a visitar a su madre, cada día, aunque no le pilla de camino sino todo lo contrario, pasa por delante de su casa. Por esa fachada pintada de verde con zócalo de azulejos verdes. Aminora el paso, siempre. Siempre pasa de largo.

Su madre la mira. La mirada de su madre la saca de sus pensamientos.

—¿Crees que lo saben, que vengo a verte a diario?

La madre cree que no lo saben.

—Claro que eso no lo saben, pero saben que te ha cambiado la luz. Eso se ve.

Pepa insiste.

—¿Y no será como aquella vez que me miraban en el tren y era porque llevaba un saltamontes en la cabeza?

Las dos se ríen.

La madre deja de reírse.

—¿Ves como tienes luz? Ya hasta te acuerdas de las cosas tal como fueron, tal como ocurrieron y no crees que todo lo que te ha pasado haya sido un auténtico horror.

Pepa también se pone seria.

—Eso es por las pastillas. La psicóloga me hizo un papel para que me las recetara el médico de cabecera y son mano de santo, mamá.

Rafael entra en la salita de los peces, para buscar a su novia y su novia da por finalizada la conversación.

Se levanta.

—Será por las pastillas, pero también será porque en realidad tu vida no ha sido una mierda.

De eso también habla con Carmina Palau.

Le cuenta lo evidente, que se maquilla y se viste de otra forma y que ya no parece que tenga más años que su madre, y también le habla de otros cambios mucho más profundos que tienen que ver con su forma de mirar la vida.

Pepa está contenta de tener ganas de estar contenta pero también está desconcertada y le cuesta creer que es la misma persona que era antes. No comprende qué le ha pasado toda la vida, pero tampoco comprende qué le está pasando las últimas tres semanas.

Se lo dice a su psicóloga.

—Todo es igual, pero todo es diferente.

La psicóloga le habla de cambios en la perspectiva, en las expectativas; de aprender a mantener la distancia con el propio dolor, de dejar espacio para que entre el dolor ajeno y de que es en ese nuevo territorio en el que nace esa concepción de su vida.

Pepa no la entiende bien. Se pierde entre tanta metáfora. Se lo dice.

—Me pierdo entre tanta metáfora.

—Si te fijas en la gente que hay a tu alrededor aprendes a relativizar tu sufrimiento, te comparas con el resto.

—Siempre había pensado que las comparaciones son odiosas.

—Y lo son, pero también pueden servir para que nos demos cuenta de que no estamos tan mal.

Pepa eso sí que lo entiende.

—Lo entiendo, pero ¿y qué pasa con el pasado?

Ahora es la psicóloga la que no la comprende.

—¿Cómo que qué pasa con el pasado?

—Mi madre y yo comparamos recuerdos, comparamos cosas que han ocurrido, acontecimientos de nuestra vida, y también lo he hablado con mi amiga, con Paquita, y no coinciden... Yo lo viví de una forma y ellas de otra...

—Es que no los vivisteis de la misma forma. Es imposible que dos personas interpreten de la misma manera el mismo suceso, porque todo pasa por el filtro de nuestra perspectiva, de nuestras emociones, y por eso vamos con un amigo al cine y cada uno valora de una forma la película, o leemos el libro que nos ha recomendado alguien y a veces parece que no hemos leído la misma novela. Se suele decir que para gustos están los colores, pero en realidad tiene más que ver con nuestras emociones que con nuestros gustos.

—Pero en mi caso, he visto las cosas de manera diametralmente opuesta al resto de las personas que me rodean, y esa forma de verlas me ha llevado a vivir mi vida de una forma tan solitaria... a veces pienso que he estado loca.

—No hables en términos de locura, Pepa. La locura también es un punto de vista, si te fijas bien. Hasta hace no demasiado, los epilépticos se consideraban locos, y, en general, se tachaba de loco a cualquiera que no aceptase las normas impuestas por la sociedad. Hay muchos tipos de patologías mentales, Pepa, y actualmente la mayor parte de ellas con el tratamiento adecuado permiten llevar una vida normal, pero es muy importante que la sociedad asuma su papel y comprenda precisamente eso, que se trata de patologías que muchas veces tienen que ver con factores físicos pero también genéticos y ambientales... No hay que hablar con ligereza de la locura y mucho menos con menosprecio o displicencia.

—Sí, sí, todo eso está muy bien, lo comprendo... pero no me resuelves mi duda. Sea por el motivo que sea, genético o ambiental, yo me he sentido fuera de esta sociedad, me he sentido alejada de todas las personas que me han rodeado y las he considerado culpables de todo lo que me pasaba: a mi novio por dejarme, a mi padre por morirse, a mi madre por tener depresión, a mis amigas por seguir con su vida, a mi cuerpo por tener cáncer...

—Pero es que, Pepa, a ti te pasó todo junto, todo a la vez, y así como la fiebre es una respuesta del organismo para protegerse de las infecciones, tu cuerpo te protegió aislándose de un mundo demasiado hostil.

—...

—Pensamos que todo debe tener una causa, un porqué. Eso nos hace sentir más seguros. Tendemos a creer que si evito tal o cual conducta evitaré que me suceda tal o cual cosa, y, llegado el caso, nos sentimos tan familiarizados con el concepto de la culpa que le damos la vuelta al planteamiento: si me pasa esto es porque hice aquello, me lo merezco...

—Pero yo no me merecía vivir como he vivido la mayor parte de mi vida, como si fuera una ameba...

—Pues claro que no. Nadie se merece sufrir ni dejar de vivir la vida con toda su intensidad. Nos sentimos culpables de cosas de las que no somos responsables y eso es fruto de siglos de una mala educación. No hay siempre relación de causalidad en la vida. Hay cosas que pasan porque tienen que pasar, sin más. Tu padre murió porque tenía que morir, tu novio te dejó porque dejó de quererte, tus amigas siguieron con su vida porque tenían que seguir con su vida. De haber sucedido todo de forma espaciada, estoy segura de que hubieras sido capaz de procesarlo todo y seguir adelante tú también, sin novio, huérfana, con un cáncer de útero que te cerró la puerta de la maternidad a los veinte años, con una madre en estado catatónico... Pero te pasó todo a la vez y tu organismo reaccionó como si lo hubiera invadido un virus. Bastó una chispa para que se encendieran las alarmas aquella vez, y ha bastado una chispa para que las alarmas se hayan apagado ahora.

A Pepa se le llenan los ojos de lágrimas.

—Pues mi cuerpo me ha protegido más de la cuenta. ¿Quién me dice que no va a reaccionar así la próxima vez que un par de cosas me fallen?

—A esa pregunta solo puedes responderte tú misma... ¿Quieres que vuelva a pasar?

Pepa niega con la cabeza, con vehemencia. Por si la psicóloga no lo ha entendido lo dice en voz alta.

—No.

—En ese caso tendrás que trabajar duro para que no ocurra, para mantenerte en este lado, en el lado de la luz...

—Como los esclavos de Platón.

—Como los esclavos de Platón, en efecto, que después de haber visto la claridad no quisieron conformarse con vivir en la penumbra...

Aun así, Pepa insiste. Le dice que tiene miedo de que se le pase y la psicóloga le contesta que es para eso, justamente, para lo que están ahí.

—Estamos aquí para trabajar en que esos cambios te acompañen para toda la vida, Pepa.

—Sí, eso ya me lo has dicho. Lo que necesito es que me des un truco, algo que me sirva de faro, que me haga sentir segura en este camino... Algo a lo que aferrarme cuando me den ganas de volver a vivir en mi zona de confort, con mi perro y mis cosas.

La psicóloga lo piensa un instante.

—Observa la vida que pasa a tu alrededor, Pepa. Mira a la gente con la que te cruzas a diario porque ¿sabes qué? —Pepa dice que no con un gesto—. Que a diario nos cruzamos con personas que arrastran tragedias infinitas que no somos capaces ni de imaginar, y ahí están, tratando de sobrevivir. Fíjate en ellas. Obsévalas y verás cómo tú puedes hacerlo igual que ellas.

Así que eso hace Pepa.

Observa a la gente con la que se cruza e imagina sus tragedias.

Las ventanas a veces están abiertas, y otras veces entornadas. Cerradas, nunca, ni de día ni de noche. Lo sabe porque pasa a todas las horas del día, con pretextos tan variados como ir a pasear al perro, o a comprar el pan a una panadería distinta y no a la que hay frente a su casa, o a caminar, o a ver a Paquita, o a llevarle flores a Lola, o a pasear al perro otra vez.

Se pregunta por qué no las cierran. Se imagina que los que fueron sus suegros, Ramón y María, están inválidos, impedidos en una silla de ruedas y se figura que tienen una cuidadora para los dos que cuando se va por la noche no se acuerda de cerrar las contraventanas y cuando llega a la mañana siguiente los viejos se lo reprochan y dice ay, perdón, esta noche sí me acordaré.

Ella con sus suegros se llevaba regular aunque ahora que todo está patas arriba, en revisión, no sabe bien qué pensar. A ella le parece recordar que Ramón padre era un hombre seco y que María decía todo el tiempo tonterías, cosas sin sentido, y a todo le ponía pegos, a su ropa, a su corte de pelo, a que Ramón y ella quisieran irse con los amigos a pasar el fin de semana a Peñíscola, y durante muchos años pensó que seguramente había sido ella la culpable de que Ramón la dejara por otra.

Se la imaginaba alentándolo cuando él le planteara las dudas.

Él decía:

—¿Cómo la voy a dejar, después de haber sido novios desde el colegio?

Y ella decía:

—Pues dejándola, hijo, ¿no ves que ya no la quieres?

Él decía:

—Pero es que no estoy seguro de no quererla.

Y ella:

—¿Cómo que no estás seguro, si te trata a patadas, si no te da cariño, si siempre está enfadada?

Y él:

—Pero es que es su carácter.

Y ella:

—Pues eso, un carácter de mierda. Tú te mereces tener a tu lado a una mujer que te quiera y que te trate bien y que te haga feliz.

Y él:

—No estoy seguro de que sea un buen momento.

Y ella:

—Es el mejor momento, ahora que has empezado a trabajar de representante de café y tendrás que pasar tanto tiempo fuera viajando.

Venció su resistencia. Le convenció. La dejó, y luego fue ella misma la que se encargó de decirle que se iba a casar con una chica de Cuenca, Carmen, que se habían conocido trabajando, que es como se conoce la gente de bien, porque él fue a

ofrecerle que probara su café, porque los padres de ella tenían un bar en la plaza Mayor que era como la gallina de los huevos de oro, porque estaban forrados. Fue ella, también, la que le habló del primer hijo, y del segundo, como quien no quiere la cosa, en una frutería, o comprando carne, o en cualquier lugar concurrido que la libró de que Pepa le arrancara los ojos y la obligara a comérselos por ser tan cruel.

Pero ahora, que duda de todo, se pregunta si ocurrió así en realidad, si la madre era tan hija de puta o si fue su organismo para protegerla el que la volvió hija de puta en su cabeza y en sus recuerdos, por lo de la fiebre que le ha contado Carmina Palau y demás, y por eso pasa más tiempo en la puerta de la casa de Ramón que en la suya, por si encuentra una señal de que las cosas ocurrieron de una forma o de otra forma, y como la señal tarda en llegar una tarde decide llamar al timbre.

Le abre una mujer que no conoce y que seguro que es la asistenta aunque no es como ella la había imaginado, extranjera, morena, baja, regordeta, de labios carnosos y pómulos redondos. Esta es alta, rubia, tiene los ojos verdes, los pechos grandes. No lleva delantal ni chándal; lleva una coleta alta, pendientes en forma de aro, de plata, y va ligeramente maquillada. Es mayor, pero parece joven y tiene esa pinta que a ella tanto la irrita, la de estar conforme con la vida, la de ser una persona feliz.

Pepa le pregunta si está Ramón o si está María y le dice que le gustaría verlos.

La asistenta le explica que están viendo la telenovela y que cuando ven la telenovela no les gusta que los molesten.

Pepa pone cara de sí, claro, están viendo la telenovela y aquí no se oye ni un susurro. La asistenta adivina lo que está pensando y hace un gesto con la mano para que la siga y le muestra que le dice la verdad. En el salón, Ramón y María ven a la televisión. Él lleva boina y gafas de sol, pantalón de pana, chaleco de lana y camisa de cuadros, y ella una bata de flores blancas sobre fondo azul encima de unos pantalones marrones y de un suéter de color beis. Los dos calzan zapatillas de estar por casa y llevan auriculares inalámbricos en los oídos.

La asistenta lo explica.

—Están sordos como tapias. Si no llevaran los auriculares se escucharía la televisión en el pueblo de al lado.

Las dos se ríen, y Pepa, además, trata de decir con su cara:

—Ay, perdóname, soy una bruja malpensada que estaba convencida de que me estabas engañando para que me fuera y te dejara dormir la siesta.

Pero dice:

—¿Y las gafas de sol?

—Ramón dice que así ve mejor los colores de la tele. —Se encoge de hombros—. Pero fíjate que a mi abuelo le pasaba lo mismo... Debe ser cosa de la vejez.

La asistenta la invita, con otro gesto de la mano, a regresar al zaguán.

—Te veo pasar muchas veces por la puerta, con un perro pequeño.

Pepa siente un pellizco en el estómago, como si hubiera sido sorprendida cometiendo un desliz.

—Lo llevo al parque de la estación, así nos fuerzo a los dos a caminar.

La asistenta lo comprende.

—Llevamos vidas tan sedentarias... Si no fuera por el perro no daría ni dos pasos.

La asistenta lo comprende, también.

—En fin... Volveré otro día, cuando no sea la hora de la novela.

A la asistenta le parece bien.

—¿Podrías, por favor, decirles que he venido a verles? Diles que soy Pepa, una vieja amiga de su hijo Ramón...

La asistenta mira el reloj.

—En realidad, a la telenovela le quedan diez minutos. Si quieres, hago café y esperamos juntas.

Van a la cocina. Está en el mismo sitio, pero la han reformado. Han cambiado el piso, que antes era de baldosa hidráulica y ahora es un suelo antideslizante. Tampoco está la vieja cocina de gas butano y en su lugar hay una vitrocerámica. Las pilas de piedra sí están donde estaban antes.

La asistenta vuelve a saber lo que Pepa está pensando.

—Esa pila es más vieja que la casa.

Pepa se sobrecoge.

—Me lees el pensamiento.

La asistenta le quita importancia.

—No es tan difícil, has pasado revista a los cambios y te has detenido en el fregadero, que es lo único que está igual.

La asistenta le cuenta que reformaron toda la casa después de que Ramón se resbalase en el baño y María se cayese al ir a cogerlo.

—Pasaron toda la noche en el suelo, muertos de frío y de miedo. Estuvieron ingresados casi una semana en el hospital, y los médicos nos recomendaron que ingresaran en una residencia... Pero no queríamos eso para ellos.

Pepa arquea una ceja porque la asistenta habla en plural y se incluye en la toma de las decisiones.

La asistenta se da cuenta de su extrañeza, pero la ignora y sigue hablando mientras sirve café en las tazas.

—Ellos siempre se han portado tan bien, siempre pendientes de todo, de que no faltara nada... Y la casa es grande, como sabes. Así que la adaptamos para ellos. Eliminamos todas las barreras que pudimos, escalones que no tenían sentido, los suelos, la bañera...

La asistenta le pregunta con un gesto si quiere leche en el café. Pepa no quiere nada, ni café, ni leche, ni estar en esa casa ni en esa cocina.

La asistenta continúa.

—Los chicos, ya sabes cómo es, cada uno con su vida... ¿Qué hacíamos allí, tan lejos, y ellos aquí, tan solos? Así que cuando todo estuvo hecho, Ramón y yo nos vinimos aquí con ellos.

A Pepa le parece que se ha muerto. Pero no.

Al lado de la nevera, en la pared, hay un corcho con recetas, notas, vales descuento de Consum y algunas fotografías. En las fotografías están Carmen y Ramón con dos chicos pequeños, Carmen y Ramón con dos chicos medianos y María y Ramón padre con dos chicos grandes. Las ve y le dan ganas de abofetearse por haberse fijado en el suelo y la vitrocerámica y no en las fotos.

Mira a Carmen y le dice la verdad.

—Pensé que eras la cuidadora.

Carmen sonrío.

—En realidad, lo soy: los cuido.

Pepa se acerca al corcho. En una esquina está Ramón, con sus padres, en el mismo salón en el que está terminando la telenovela, y el muy cabrón tiene todo su pelo.

—¿Tú sabes quién soy?

Carmen contesta con naturalidad.

—Claro: eres la exnovia de Ramón.

—¿Hace mucho que hicisteis la reforma de la casa?

Carmen sabe que no es eso lo que Pepa quiere saber.

—Ramón no te dejó por mí. De hecho, cuando nos conocimos, él no estaba seguro de la decisión que había tomado al dejarte.

Pepa le pide más café y Carmen se lo sirve sin dejar de hablar.

—No creas que es una historia que tenga misterio, Pepa... Él te quería de verdad, pero estaba cansado de una relación que era tan complicada.

—¿Él quería volver conmigo?

—Dudó un tiempo, sí.

—¿Y estaba contigo mientras dudaba?

—Sí.

—¿Y a ti te parecía bien?

Se encoge de hombros.

—A mí me daba lo mismo, Pepa. Yo entonces tenía una relación con otro hombre, un hombre que estaba casado, de esos que siempre estaban a punto de dejar a su mujer pero nunca la dejaban, ya sabes.

Pepa le dice que no, que no lo sabe.

—Pues mejor para ti si no lo sabes, Pepa. Ramón y yo nos encontramos en un momento en el que los dos necesitábamos a alguien que nos tratase bien, que nos diese cariño, alguien con quien la vida fuera fácil.

—Eso sí que lo sé...

Carmen asiente.

—Ramón es un disfrutón, un facilitador... y yo, la verdad, también lo soy... Una cosa llevó a la otra y sin darnos cuenta, me quedé embarazada de nuestro hijo mayor.

Nos casamos, y hasta hoy.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil, Pepa. Veintinueve años casados, dos hijos, uno periodista, el otro arquitecto, una vida plena, tranquila, y sin sobresaltos.

—¿Te ha hablado de mí, Ramón?

—Claro que sí. A él le hubiera gustado ir a verte... Pero nos dijeron que no valía la pena intentarlo, que no querías saber nada de nadie, que no tenías relación con nadie. Que te habías vuelto una persona solitaria, extraña.

—...

—Nosotros no lo comprendimos, pero lo aceptamos. Respetamos tu decisión, pero cuando empezamos a verte merodear por la casa, nos alegramos. Pensamos que querías retomar la relación con nosotros y nos pusimos muy contentos, la verdad, porque lo que pasó, pasó hace tanto tiempo que no tenía sentido no ser ni siquiera amigos y además, entre nosotras, tampoco fue nada del otro mundo... ¿A quién no le han roto el corazón alguna vez? ¿Eh? ¿A quién? Porque a mí, antes de estar con Ramón, me lo rompieron cien millones de veces.

Pepa no sabe qué decir y no dice nada.

—...

Carmen hace un gesto con la mano. Con el gesto de la mano le quita importancia al drama que Pepa ha arrastrado más de la mitad de su vida. Con la mano empequeñece todo su dolor y con la boca lo desprecia.

—Bah...

Dice eso, bah, y Pepa se siente diminuta, ridícula, insignificante, no por estar ahí, en ese instante, sino por no haber sabido hacer lo mismo, bah, qué importancia tiene tener el corazón roto, bah, ya se arreglará, ya vendrá otro, bah, no te lo tomes así, mujer, no te encierres, no te entierres en vida, no vivas como si hubieras tomado una poción que te hubiera convertido en un muerto viviente, estúpida, tonta, loca de remate. Siente calor y siente miedo. Teme que le suba la fiebre y que su cuerpo reaccione como reaccionó aquella vez, hace tanto tiempo. Hace falta solo una chispa, Carmina se lo ha dicho. Basta una chispa. Se esfuerza en pensar en Carmina, en lo que le diría Carmina, en lo que le dijo la última vez: observa a los demás, busca sus tragedias, mira cómo las han superado.

Observa a Carmen, buscando algo, una tragedia cualquiera, una pequeña le vale. La mira, con sus vaqueros. Tiene las caderas anchas y alguna pata de gallo, pero eso no se puede considerar trágico. Vive cuidando a dos viejos como si fuera una chacha, pero eso no es lo peor que te puede pasar, y tiene dos hijos y su marido, en contra de todo pronóstico, conserva intacto su pelo.

Siente la fiebre. No va a poder pararla, va a recaer. Va a volver a meterse en su casa, va a volver a odiar al mundo, a dejar que le salgan canas sin querer teñirse el pelo, a dejar de depilarse y de pintarse la raya del ojo y de querer ser feliz.

La mira de nuevo, a Carmen, y ve algo, algo pequeño, algo que no es nada, pero

que es lo único que encuentra y piensa que le tiene que valer. Le vale.

Traga saliva, y se bebe el segundo café.

Carraspea y toma aire.

—¿Y Ramón?

—En la piscina.

—¿No trabaja?

—No, pobre, ya ha trabajado bastante en el bar... Con el dinero del traspaso y la pensión de sus padres tenemos suficiente para vivir... No necesitamos más.

—Me alegro mucho.

Lo dice de verdad. Se alegra mucho. Carmen lo nota, que es sincera.

Van hacia la puerta de la calle.

—¿Le dirás a Ramón que he venido, y que me gustaría mucho que pudiéramos vernos? Tal vez podríamos comer en casa. Y que viniera Paqui también.

Lo dice sabiendo que dice una mentira, que nunca los invitará a comer ni a ellos solos ni a ellos con Paqui.

—Esa es una idea estupenda.

Pepa mira a Carmen, antes de salir. Es guapa. Ramón hizo bien al dejarla.

Se lo dice:

—Eres muy guapa, Carmen. Ramón hizo bien en dejarme.

Carmen sonrío, cándidamente, y cándidamente le da un beso en la mejilla para despedirla.

—Vuelve cuando quieras. Ramón estará encantado de verte, y yo también.

Pepa está pensando en mudarse de pueblo, en desaparecer, pero le dice que sí, que irá una tarde a tomar café cuando acabe la novela.

En la esquina, Pepa llama a Carmina Palau desde el móvil porque Carmina Palau le ha dicho que la llame en caso de necesidad. Se lo cuenta, todo. La visita, la conversación, el ataque de pánico. La psicóloga la escucha sin interrumpirla.

—¿Y cómo has superado ese momento, Pepa?

—He hecho lo que me pediste, y he buscado en Carmen esas pequeñas tragedias de los demás...

—¿Y qué tragedia has encontrado?

—Pues mira... es que tenía en la nariz un moco enorme y asqueroso... Lo llevaba todo el rato, y ella con todo su aplomo, hablando con superioridad de mis dramas... Con ese moco tan grande...

Pepa tiene ganas de echarse a reír, y Carmina Palau, al otro lado del teléfono, también.

—¿Ha sido el moco, entonces?

Pepa empieza a reírse.

—Sí, ha sido el moco.

Escucha la risa de Carmina Palau.

—Un moco es una buena tragedia, si lo miras bien.

Se ríen las dos.

Pepa se apoya en la pared, incapaz de hablar.

Carmina Palau dice:

—Has hecho un gran trabajo hoy, Pepa.

Pepa sigue riendo, y Carmina Palau le dice:

—Esto ya no tiene marcha atrás.

Pepa cuelga el teléfono, sin despedirse.

3

Basta con vivir

Basta con vivir como quien da limosna.
El mundo es nuestra herencia.

LUIS ROSALES

Llueve varios días seguidos. Llueve desde la tarde que Pepa conoce a la mujer de su primer amor, de su único amor, de su gran amor, y aunque al principio le pareció que había salido victoriosa de ese inesperado ataque de la vida, al poco comprende que en realidad el virus la ha atacado con fuerza. De repente, no tiene ganas de salir de la cama. Al contrario de lo que había pensado cuando salió de casa de Ramón y se sintió victoriosa, ahora sabe —sí, lo sabe— que en realidad ha perdido. No quiere llamar a Carmina. No quiere que le diga que estar ahí, ahí abajo, donde está ahora, forma parte normal de un proceso de recuperación como el suyo. Puede oírla, en su cabeza. No le hace falta llamar a Carmina para escucharla decir que todo lo que le pasa es lógico, normal, pero Pepa tiene miedo. Miedo de quedarse en ese lugar, tan triste. Apenas come y ve pasar una tras otra todas las horas de la noche en el reloj; luego, de día, se queda vencida en cualquier lado y de cualquier forma, en el sofá mientras ve *El programa de Ana Rosa*; apoyada en la encimera mientras le da vueltas a la sopa de sobre que se ha preparado para comer; en la taza del váter mientras se sienta a orinar, y cosas así.

Ramón tiene que conformarse con mear en la esquina de la calle, y si no se da prisa en cagar le toca irse detrás del sillón a aliviarse, cuando no puede más. La primera vez que le pasó, tuvo tanto miedo que volvió a cagarse debajo de la mesa, y al ver que había vuelto a hacerlo tuvo más miedo todavía y no tuvo más remedio que levantar la pata y mearse en la silla y luego se acurrucó en su manta, temblando de terror, hasta que llegó Pepa con la bolsa de recoger las cacas y recogió las cacas y luego volvió con el mocho y limpió el pis y después se fue del comedor y se metió otra vez en la cama, que es de donde había salido, y a Ramón le dio tanta pena como miedo le había dado antes, así que se fue tras ella y le lamió, un poco, la mano.

De eso hace dos días. Dos días lluviosos que han pasado lentos, tediosos, con el sonido de los truenos y del tictac del reloj, y del repicar del timbre del teléfono, que ha sonado cuatro veces. Las dos primeras, de un comercial de ONO Vodafone que le quiere informar de una promoción pero ella dice que es la señora de la limpieza y que no sabe cuándo volverán los señores, que están en Burkina Faso de vacaciones. El comercial no se lo cree y vuelve a llamar al día siguiente a la misma hora y ella vuelve a decir que es la señora de la limpieza y le cuelga sin más explicaciones. La tercera llamada es de su madre que está extrañada porque no ha ido a verla y ella le dice una verdad, que está con un virus, y una mentira, que es del estómago, y la madre le dice que se tome manzanilla con anís y ella le hace caso y no le hace caso, porque la manzanilla no se la toma pero el anís sí, una vez, dos, cuatro veces, y cuando recibe la cuarta llamada el anís la tiene entre atontada y triste pero al mismo tiempo con ganas de comerse el mundo y de recuperarse de esa inesperada enfermedad, así que coge el teléfono como si el teléfono fuera una señal del cosmos de que las cosas van a mejorar.

Al otro lado está Paquita. Paquita se ha enterado de que ella ya se ha enterado de que Ramón vive desde hace años dos calles detrás de la suya y quiere saber cómo está.

—Estaría mejor si no hubiera hecho el ridículo con su mujer, la verdad.

Paquita le dice que no ha hecho el ridículo. Le dice que Carmen es buena persona, pero buena no de hacer cosas buenas, sino de no pensar cosas malas.

—No es como nosotras, Pepa, no tiene doblez.

Pepa piensa que la está insultando, que le está diciendo que ella es mala o retorcida, y se enfada, pero el enfado le dura apenas unos segundos. Enseguida se da cuenta de que lo que le quiere decir es que Carmen, la de Cuenca, no es como ellas, no es como ella, en concreto; entiende que no le está dando un insulto sino una explicación: se fue con Carmen porque Carmen no era como Pepa, y comprende que esa es la señal que esperaba, la de la curación, y se siente aliviada.

—¿Cómo sabes que fui a su casa?

Paquita guarda silencio un segundo y después del segundo le dice cómo sabe que fue a su casa.

—Porque me lo ha dicho Ramón.

—¿Te ves con Ramón?

—Pues claro que me veo con Ramón. Me veo con Ramón en la panadería, en la carnicería, en Mercadona, en la piscina, en la plaza... Me veo con Ramón como me veo con las diez mil almas de Miraval, Pepa, coño. Tú eres la única que ha pasado treinta años sin cruzarse con nadie.

Se ríe y la risa de Paquita contagia a Pepa.

—¿No les he parecido ridícula entonces? ¿De verdad?

—Que no.

—¿Me lo prometes?

—Pepa, te voy a decir una cosa y te pido por favor que no te enfades...

—No me enfado.

—Promételo.

—Lo prometo.

—Verás... Es que, ¿sabes qué? Que a ellos no les parece tan importante aquello... A Ramón no le parece tan importante...

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo obvio: que Ramón y tú fuisteis novios unos años hace más de media vida, que te dejó, que se casó con otra, que montó un negocio con la otra, que tuvo un hijo y luego otro hijo, que los hijos tendrían enfermedades y problemas en el colegio, y que se irían de vacaciones y lo pasarían bien, y que se pelearía con su mujer y se reconciliaría, y que en todo ese mundo, lo que tuvo contigo se fue quedando pequeño y pequeño, mientras que para ti todo se paró entonces y, como se quedó todo parado en tu recuerdo, eso, eso que vivisteis, no ha hecho más que crecer. Lo que para ti es todo para él es nada.

—Qué duro.

—Qué duro, sí, pero qué real. En su vida ocupas un espacio muy pequeño, un espacio de «hola, cariño, ha venido a casa tu exnovia», y «ah, muy bien, qué hay para cenar». Algo más o menos así.

—No les importo.

—No. O, al menos, no como ellos a ti.

—Eso no hace que me sienta mejor.

—¿Y peor?

—No, peor tampoco.

—Pues ya está.

—Pues sí, ya está.

Guardan silencio. Pepa pasa el dedo índice sobre la mesa del teléfono, que tiene polvo de varios días. Paquita se rasca detrás de la oreja, y vuelve a hablar.

—Ramón me ha dicho que si quieres podemos comernos una paella en su casa cualquier domingo.

—...

—¿Quieres?

Pepa tiene ganas de decir:

—Una mierda me voy a comer yo en su casa cualquier domingo.

Pero lo que dice es que ahora se ha cambiado el turno y trabaja los fines de semana.

Paquita sí dice lo que piensa, y lo que piensa es:

—La vida sigue, Pepa. La vida es un largo poema o un libro largo, lo que quieras, y para continuar leyendo o escribiendo tienes que ir cerrando capítulos o terminando estrofas.

Pepa se ríe.

—Eres una poetisa.

Paqui finge que se enfada.

—Y tú una mema.

Se ríen las dos.

—He pensado voy a llamar a esta mema, que es capaz de haberse quedado encerrada en su casa otra vez.

Pepa miente.

—Qué va.

Paqui sabe que miente.

—Llevas dos días sin salir, que me lo ha dicho mi padre.

Pepa miente otra vez.

—Es que estoy con el virus del estómago.

Paqui ignora su mentira.

—No sabía que eras amiga de mi padre, pero mi padre ha venido a verme y me ha dicho que lleva dos días sin verte y que necesita hablar contigo urgente.

—¿Tu padre?

—Mi padre, sí. Ha venido a mi casa y me ha dicho que iba a esperarte a la plaza así que, si tu virus te deja, ve a verle que me va a coger frío el pobre hombre esperándote.

Pepa le hace caso, a medias, porque vestida ya está con un pantalón de chándal y una camiseta blanca con un gato pintado, en negro, que dice miau. Se calza unas botas de agua, se pone una chaqueta y sale a la calle, con un paraguas y con Ramón, que no tiene ninguna gana de pasear bajo la lluvia.

Pepa lo arrastra hasta el viejo, que la espera, efectivamente, en la puerta del bar donde se toma cada día el café tocado de coñac, y el perro no tiene ni tiempo de mear en las palmeras de la plaza y va dejando un reguero de orín entre una y otra.

El viejo se alegra de verla, pero al mismo tiempo no se alegra de verla. No se lo dice, pero se lo hace notar con su mirada y con el tono de su voz cuando le dice:

—Ya era hora, llevo días esperándote. ¿Se puede saber dónde te has metido?

Por respeto, Pepa no le dice lo que piensa, que es:

—¿Y a usted qué coño le importa dónde me meto o dónde me dejo de meter?

Y le contesta lo que le contesta a todo el que le pregunta, lo del virus y demás. El antiguo panadero ni la cree ni la deja de creer pero sus motivos no le importan, y se lo dice.

—No era una pregunta que necesitase respuesta, era una pregunta retórica. A mí no me hace falta saber dónde estás o qué te pasa, que no eres ni mi amiga ni mi hija ni nada. A ver si te piensas que se me va la cabeza.

—Entonces, ¿por qué me ha buscado y ha hecho que su hija me haga venir?

El viejo se encoge de hombros.

—Pues porque tú eres la única que me ha hecho caso.

Pepa se impacienta.

—¿En qué?

El viejo resopla y le dice que parece tonta.

—Pareces tonta. En qué va a ser. En lo del robo del bebé.

Pepa no quiere preguntar lo de qué bebé para que no la insulte de nuevo pero el hombre se da cuenta de que no sabe de qué le está hablando.

—La rubia, la embarazada rumana...

—...

Paco el panadero levanta el sillón de su andador y de la cesta del andador saca una bolsa y de la bolsa saca una cartera y de la cartera saca un papel. Se lo da a Pepa y mientras Pepa lo lee el hombre recita de memoria lo que pone el papel.

—Siete seis dos dos cinco dos siete cero uno.

—¿Es un teléfono?

—Es un mensaje pidiendo ayuda. Lo encontré entre las maderas del banco donde ella siempre se sienta.

—Paco, es un teléfono.

—Sí, Pepa, es un teléfono, pero también es un mensaje pidiendo ayuda.

Pepa se siente molesta por la actitud del padre de Paquita, pero al mismo tiempo, siente curiosidad por la rubia embarazada y por las pesquisas del viejo.

—¿Y cómo sabe que es un mensaje de socorro?

—Pues porque he llamado, cómo lo voy a saber si no, que parece que te falte un hervor...

Pepa ignora el comentario.

—¿Y qué ha averiguado?

—Averiguar averiguar, nada, la verdad. Pero ahora ya estoy seguro de que es rumana. Primero llamé y no daba señal, así que me puse a probar con prefijos internacionales y con el cero cero cuarenta me salió una mujer al otro lado.

—¿Y qué le dijo?

—Y yo qué sé lo que me dijo, si yo no sé rumano. Pero hablaba rumano, eso seguro, y eso confirma todas mis sospechas. Esta chica, como se llame, es rumana y la tienen aquí en contra de su voluntad para vender el bebé que está esperando, y ella ha escrito el teléfono de alguien, a lo mejor de su madre, vete tú a saber, para que la ayudemos.

A Pepa le parece increíble.

—Pero eso es increíble, Paco... Eso que usted dice es increíble —lo repite— y, además, no tiene sentido alguno. Pero, aunque lo tuviera, aunque fuera verdad... ¿Qué podemos hacer nosotros?

Paco el panadero suspira, hace una mueca con la boca y se saca un pañuelo para sonarse la nariz.

—¿Qué podemos hacer? Pues ayudarla, coño, cómo que qué podemos hacer... Mirar para otro lado es lo que no podemos hacer, que somos unos insolidarios de mierda.

Pepa protesta mientras el abuelo se guarda el pañuelo.

—Yo no soy una insolidaria.

—Ya. Seguro que eres de las que creen que porque donan dinero una vez al año cuando hay un huracán ya están a salvo de las críticas.

Pepa le dice que no, que ella colabora todos los meses con la Fundación Vicente Ferrer y que tiene un niño asignado en un pueblo de la India que le escribe de vez en cuando y le cuenta cómo sacan agua del pozo que ella ayuda a construir, pero a Paco no le parece suficiente.

—Eso está muy bien, pero no es suficiente si cuando tienes la oportunidad de ayudar a alguien en tu casa, a tu lado, decides que no te importa o que no tienes suficientes pruebas.

—Pero es que no tenemos ni una prueba... Solo porque haya una mujer embarazada que parece triste no significa que vayan a robarle a su hijo, y solo porque aparezca en el banco donde ella se sienta un número de teléfono de Rumanía no significa que nos esté pidiendo ayuda. Eso es así, Paco, se ponga usted como se

ponga.

Paco lo comprende.

—Lo comprendo. Comprendo lo que me quieres decir. Pero es que yo sé que es como te digo. Yo estoy seguro de que ella necesita ayuda y de que nosotros podemos ayudarla.

—¿Y por qué no va a la policía?

Paco la mira de una forma absolutamente inequívoca pero, por si acaso Pepa no capta el sentido de lo que quiere decir, expresa su pensamiento en voz alta.

—Porque no soy gilipollas. Con esto no nos harían ningún caso...

Pepa pregunta lo evidente.

—¿Y para qué me lo cuenta a mí?

Paco carraspea.

—En esas clases a las que va Paquita, las de las tardes, eso del voluntariado... Allí hay gente de todos los países del mundo, y si no hay rumanos, la chica que va a limpiar a su casa me parece que es rumana.

—¿Y qué?

—Pues que tú, ahora que eres amiga de Paquita otra vez, puedes ir a su casa y pedirle que uno de esa clase o que la mujer de la limpieza llame a ese teléfono desde el tuyo. Le puedes contar la verdad o te puedes inventar una historia y si no te sale yo te ayudo a inventártela, pero tenemos que descubrir de quién es ese número. Yo estoy cien por cien seguro de que es la madre de la chica. Me puedo equivocar, ojo, pero no lo creo. Al otro lado del teléfono, en algún lugar de Rumanía, está la madre de la chica esperando que la llamemos por teléfono y le digamos que su hija está aquí a punto de parir a su nieto y que se lo van a robar.

Pepa no sabe qué decir ni mucho menos qué hacer y por ganar tiempo coge el papel que el antiguo panadero sostiene en la mano.

El abuelo le dice que llame.

—Llama.

Pepa saca su teléfono y marca los números, sin olvidar el prefijo internacional.

—No te olvides del prefijo internacional.

La línea da un tono extraño, como con eco. Se aparta el aparato del oído y el viejo intuye lo que le pasa.

—No cuelgues, no está estropeado, eso es porque es una llamada internacional.

Espera un par de tonos más. Piensa que si al tercero nadie lo coge, pulsará la tecla del teléfono rojo y le contará a Paqui que su padre está como una regadera y le recomendará que pida hora en el doctor Navarro porque la cosa pinta mal, pero no le da ni tiempo a imaginar a su amiga en la sala de espera del ambulatorio, pensativa frente a la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, porque una voz de mujer pregunta algo desde el otro lado de la línea.

La voz es áspera, y dice:

—Aló?

Pepa se queda callada. La voz insiste, imperativa:

—*Aló?!*

Pepa está, de nuevo, a punto de colgar, pero Paco le pide calma con las dos manos, con las palmas abiertas, levantadas un poco hacia ella y un poco hacia el suelo, las manos crispadas pero la mirada tranquila, como diciendo espera espera, que ahora vas a entenderlo todo.

Pepa le hace caso. En algún lugar del mundo, quien quiera que sea esa mujer, se quiebra.

La voz le cambia, un poco, apenas nada. Es la misma voz pero al mismo tiempo es una voz distinta. Es una voz joven, fuerte, como antes, pero es ahora una voz triste, llena de dolor, de heridas que están abiertas.

—*Cine este?*

Pepa se queda muda.

—...

—*Spune ceva, un răspuns ceva, nu mă chinuiți mai mult...*

Sigue muda.

—...

La mujer rompe a llorar. Se la escucha claramente, tan claramente que le parece que sus lágrimas van a aparecer por el auricular y lo aparta, tontamente, para mirarlo.

—*Ești Crina?*

Pepa no dice nada. La otra insiste.

—*Ești, Crina?*

Cuelga, por fin.

Paco la mira y siente que tiene que decir algo, pero no sabe cómo. Se siente apenada, perdida, incapaz de cargar con un peso terrible que no sabe ni de dónde viene. Todo está en el mismo sitio que dos minutos atrás, y, sin embargo, todo parece distinto. Donde debería estar su estómago tiene ahora un agujero inmenso, enorme, por el que le parece que se le está escapando la vida, arrastrada por la tristeza infinita de la voz de esa mujer.

—*Dar tu, Crina?*

Paco la mira, otra vez, y adelanta la mano hacia ella.

—¿Qué me dices? —le pregunta.

Pepa sigue callada.

—¿Qué me dices? —insiste Paco.

Pepa sigue callada, porque realmente no sabe qué decir.

Paco rellena los huecos.

—Se llama Crina, la chica, ¿te has dado cuenta?

Pepa dice que sí, con la cabeza.

Paco se sabe ganador.

—¿Me vas a ayudar?

Pepa dice que sí, con la cabeza.

Es el último momento de su vida, tal como la ha conocido, pero Pepa todavía no lo sabe.

Cuando la llama y le dice Mari Carmen o Kelly, levanta la cabeza y le sonríe porque sabe que Paqui no lo dice de mala fe, pero en realidad se llama Lavinia Heresanu y aunque aquí y ahora se gana la vida limpiando, antes y en otro lugar era la gerente de una empresa maderera que quebró y que la llevó a la ruina. Su marido, que se llamaba Marc, se dio a la bebida y la dejó por otra más joven, más borracha y con más predisposición a dejarse hundir por los puñetazos de la vida. Lavinia no era de esas, de las que se dejan derribar. Ella era de las que se caían pero no llegaban a caerse del todo, de las que se levantaban antes de tocar el fondo, así que, cuando su marido se fue y se llevó sus cosas en una maleta, Lavinia dedicó día y medio a llorar por los rincones de la casa, en pijama, sin peinar, sin comer, sin responder al teléfono cuando sonaba y sin abrir la puerta a quien quiera que llamaba, ni siquiera a Marc, que volvió al poco rato porque se había dejado un par de pantalones rotos en los que guardaba una cartera con un poco de dinero. Marc amenazó con tirar la puerta abajo, y lo intentó, varias veces, pero estaba tan borracho que se disloc  el hombro en el intento y se llevó la bronca de su novia nueva, que le afeaba su poca fuerza física y le recriminaba que no fuera capaz de hacer que su mujer le obedeciera. Le tir  el pantalón por el balcón, no por pena de ese Marc borracho ni para que la otra dejara de increparle, sino porque el dinero era de él, él lo habría ganado o lo habría robado, que eso a ella le daba lo mismo, y eso que tenía ella, esa dignidad, esa capacidad para pensar lo que era justo y lo que no era justo, era algo que nadie podría quitarle, y con esa idea en la cabeza, la de su superioridad moral, metió cuatro cosas en su propia maleta y se fue a la estación de autobuses decidida a tomar el primero que saliera sin importarle ni a dónde la llevaría ni qué haría en el lugar al que el coche la llevara, dispuesta a empezar de cero una vida nueva a los treinta y dos años.

Ese autobús la llevó a Castellón, luego otro la llevó a Albacete y un tercero a Madrid y un cuarto a Valencia. Ha trabajado de limpiadora, de camarera, de recolectora de naranjas, y cuatro años después de ese viaje vuelve a limpiar casas por horas y planea montar una empresa para las tareas domésticas con una amiga que es colombiana, Silvana. Limpiar la casa, cuidar de los niños, de los abuelos, hacer la compra, ordenar armarios, nada habría que se les resista. Ahorra cada céntimo de euro que gana. Suerte que no tuvo hijos, con Marc. Suerte que sus padres murieron cuando era pequeña. Suerte que no tiene hermanos, ni más familia que le pida dinero o cobijo. Suerte que est  sola en el mundo, y no como Silvana, que cada dos por tres tiene que sacar algo de lo que tiene ahorrado para mandar a su país. No le importa. Ella tendr  más parte de la sociedad que su socia, eso lo tenían hablado. Será la accionista mayoritaria, la gerente, y cobrar  más sueldo. Lo tienen todo pensado. Tienen hasta un local, pequeño, cerca de la estación del metro, con espacio para una oficina, una sala de espera y un baño, que a la gente le da por mear cuando no debe y siempre agradece tener dónde.

Paqui esto no lo sabe. No lo sabe ni Paqui ni tampoco Raquel, ni mucho menos Lorena. A casa de Paqui va a limpiar los lunes, los miércoles y los viernes, de nueve a once, y los mismos días, de doce a tres, a casa de Raquel. A Raquel, además de limpiar, le deja lista la comida. A Lorena solo va los martes y los jueves, toda la mañana, pero nunca hay nadie. Le deja el dinero en el buró de la entrada, doblado, debajo de un plato plateado en el que dejan las llaves y la correspondencia.

Raquel está a veces, de vez en cuando, si se ponen enfermas sus hijas y las tiene que llevar al médico pero no le da conversación porque siempre está atareada hablando por el teléfono móvil. Paquita es la única que le da conversación. La sigue por la casa, habitación por habitación, y no para de hablar. Habla deprisa, y pasa de un tema a otro sin ningún orden. No le importa, porque no le hace caso. De vez en cuando levanta la cabeza y asiente, o sonrío, para que su jefa no piense que no le hace caso. Paqui apenas le pregunta nada de ella, no le interesa tampoco, solo quiere hacerse la ilusión de que alguien la escucha; es despistada y le cambia el nombre, la llama Leticia en vez de Lavinia cada dos por tres y de vez en cuando dice:

—Lo mejor es que te llame Mari Carmen, como la señora de la limpieza de casa de mis padres, así no se me olvida porque me acuerdo más de las cosas de pequeña que de lo que comí ayer.

O:

—Como eres la que limpia te voy a llamar la Kelly, ¿lo entiendes? La-que-li, de la que limpia.

Se ríe y se palmorea los muslos, y Lavinia se ríe también.

—Llámeme como usted quiera, Paquita, que a mí eso no me importa.

Le gustaría que Raquel le hablase, como Paquita. A Raquel se lo contaría, lo de la empresa, porque Raquel es también empresaria. No buscaría su consejo, porque ella para los consejos ya ha ido a la Agencia de Desarrollo Local de Miraval y allí una mujer rubia que se llama Chelo se los ha dado ya todos. Sabe de sobra lo que tiene que hacer, pero le gustaría que Raquel la mirase y le sonriese y la animara con la mirada, como hacen las amigas. Ella no tiene amigas. Ni siquiera Silvana es su amiga. No es que no tenga ganas, es que no tiene tiempo. Siempre está trabajando. Por las tardes, limpia oficinas de banco y los fines de semana cuida de un abuelo que se llama Gregorio y que está vegetal. Ella solo tiene que ocuparse de cambiarle los pañales y no dejarle solo ni un instante así que aprovecha para estudiar alemán, porque francés ya sabe y el inglés lo domina desde pequeña. No tiene a quien contarle sus progresos ni tampoco a quien contarle sus miedos, que los tiene, ambos, a montones, así que cuando un miércoles el padre de Paquita y una mujer a la que no conoce la abordan a la salida de la casa de la propia Paquita no sabe a quién decirle que le da miedo lo que le han pedido, no por lo que le han pedido sino porque le han dicho que no se lo diga a Paquita y eso, a ella, le huele a cuerno quemado.

—No se lo digas a Paquita.

Ella los mira extrañada.

—¿Y eso por qué?

El abuelo y la señora se encogen de hombros. La mujer no sabe por qué no hay que decírselo a Paquita e improvisa una respuesta.

—Ella no lo entendería.

Lavinia tuerce el gesto.

—Yo a mi jefa no le puedo ocultar las cosas, eso no está bien.

El padre protesta.

—Mujer, Lavinia, que no le vas a esconder un secreto de estado.

Ella lo tiene claro.

—Razón de más, si no es tan importante, ¿por qué no le puedo decir que me habéis pedido que llame a un número de teléfono?

Paco el antiguo panadero le dice la verdad.

—Porque va a pensar que estoy loco.

Lavinia asiente varias veces como diciendo evidentemente, señor, y dice:

—Si no hay nada malo en la llamada, no tiene que pensar que está usted loco. Dígaselo a su hija y si su hija me dice que puedo hacerles el favor, se lo hago encantada.

—No hay nada malo en la llamada, muchacha. Es solo que estamos intrigados porque nos hemos encontrado este número apuntado en un papel y al llamar nos ha salido al otro lado una señora que habla en tu idioma. Y queríamos que alguien pudiera decirle que aquí, en Miraval, ha aparecido escrito su teléfono, por si tiene algún familiar aquí o algo...

Aunque Paco lo dice con su mejor tono de voz, Lavinia no le cree.

—Eso no se lo cree nadie, señor Paco.

—Pues es la verdad.

A Pepa le da la sensación de que el abuelo se lo va a contar todo sobre sus sospechas pero Lavinia no le parece de fiar. Su desconfianza la hace sospechosa así que interrumpe la intención del viejo.

—Déjelo, Paco. Ya nos buscaremos a otra persona que de verdad sea generosa y que quiera hacernos el favor.

Lavinia se enfada.

—Yo soy generosa, pero no soy tonta y no me gusta que me tomen el pelo.

Pepa le aguanta el enfado.

—En ese caso, llama. Porque nosotros no te estamos tomando el pelo. Te estamos pidiendo un favor.

Lavinia coge el teléfono móvil que le tiende Pepa, con rabia, porque le da rabia ceder pero también le da rabia que la otra la rete y la juzgue, y agarra con desagrado el papel con el número anotado.

Marca.

Espera.

Los mira.

Habla.

—*Bună dimineața, numele meu este Lavinia și vă sun din Spania.*

—...

—*Nu, ne pare rău, nu știm. Care este numele tău?*

—...

—*Zoe, încântat de cunoștință, îmi pare rău să vă deranjez. Eu sunt aici cu niște oameni care au găsit numărul ei de telefon scris pe o hârtie, și oamenii ăștia, care sunt cam băgăcioși, întreabă dacă așteptați un telefon de la cineva din Spania.*

—...

—*Miraval, în Valencia.*

—...

—*Știi pe cineva aici? Este cineva din familia ta, care ar putea fi aici, Zoe?*

—...

—*Nu plânge, Zoe...*

—...

—*Crina? Și cât timp nu a mai văzut-o pe fiica lui, Zoe?*

—...

—*Nu plânge...*

—...

—*Nu, nu este o glumă.*

—...

—*Nu-mi închideți...*

—...

—*Nu-mi înch...*

Lavinia se queda el teléfono con infinita tristeza.

—Me ha colgado.

Paco y Pepa guardan silencio. Tienen los hombros agarrotados, las manos tensas.

Pepa mira a Paco y se pregunta qué estará pensando él, y si él se dará cuenta de que ese es el momento más emocionante que ha vivido en los últimos treinta años; si se dará cuenta de que esa llamada a quién sabe dónde le ha acelerado el corazón porque no tiene ninguna otra cosa que se lo acelere, ni bueno ni malo. Nota la mirada de Lavinia y se la devuelve, con infinita tristeza.

—Tiene una hija que se llama Crina. Hace dos años y tres meses que se fue de su casa pero no sabe dónde está. No ha sabido nada de ella en todos estos años. Ha creído que era una broma, y os ha lanzado una maldición.

—¿A nosotros? ¿Por qué?

—Por eso, porque ha creído que le estábamos gastando una broma pesada.

Los tres se quedan callados.

—Pero no era una broma, ¿verdad?

Le dicen que no, con la cabeza.

—¿Creéis que es Crina la que ha dejado el teléfono?

Le dicen que sí, con la cabeza.

—Decidle a Paquita que me habéis obligado a llamar por teléfono. Si se lo decís, volveré a ayudaros si me lo pedís.

Pero no se lo dice a Paqui. No porque piense que Paqui no la va a creer y va a prohibirles a su padre y a ella que se relacionen con el pretexto de que no son una buena influencia el uno para la otra; o peor, no es que no se lo vaya a contar porque piense que Paqui va a pensar que su padre está senil y va a pedir hora en el médico para que le empiece a hacer pruebas, la de la cuchara y la manzana y la bicicleta y demás. No. Qué va.

A Paqui no se lo va a contar porque está segura de que entenderá que lo que dicen es cierto. Entenderá que Crina se fue de su país hace dos años y tres meses y que no puede volver en contra de su voluntad. Entenderá que su madre, que se llama Zoe, está desesperada por encontrarla y que Crina está desesperada porque su madre la encuentre y por eso ha garabateado su número en un papel y lo ha dejado en un banco bajo la lluvia.

Lo entenderá y se sentará con ellos en el bar de la esquina para espiar a Crina cuando baja a tomar el sol y a caminar y les dirá cosas como que caminar es bueno para el embarazo, como si ellos no lo supieran, o les advertirá cuando la vieja sale a la calle o cuando el negro baja a por Crina.

Les dirá:

—A esa vieja la conozco yo de toda la vida, se llama Rosario.

Los mirará con superioridad y les dirá:

—Era puta.

Fingirá que no se da cuenta de que ellos lo sabían ya antes de que ella lo dijera y añadirá:

—Al negro también le conozco, se ha criado aquí con ella.

Y luego:

—Su madre también era puta.

Será inevitable que ate cabos y que les revele la verdad:

—Seguro que se la han traído aquí para que la vigilen hasta que tenga al bebé y entonces lo venderán.

No sabe por qué sabe que lo hará. Podría no hacerlo. No la conoce tanto. La Paquita de hace treinta años seguramente lo haría, pero esta, tan vapuleada por la vida, tal vez prefiera encogerse de hombros o decirles que no le mareen a la asistenta o que tengan cuidado porque si es verdad y les arruinan el plan a unos delincuentes puedan acabar heridos o muertos.

O tal vez los ridiculice y les diga:

—Ahí van, Colombo y Jessica Fletcher.

Todo eso lo podría aguantar, pero no se lo cuenta, y no porque piense que Paquita querrá ridiculizarlos porque lo que van a hacer lo van a hacer mal, no porque vaya a querer quitarles la idea de la cabeza porque es peligroso enfrentarse a la mafia. Qué va.

Se lo calla, se lo guarda, por si acaso ella también quiere ir a la policía y decir lo que han descubierto, y también estar en la puerta del patio, al lado del bar, el día que saquen a Crina del lugar en el que la retienen, y ser ella quien la recoja y se la lleve a su casa y la acompañe en la recta final y entre con ella al paritorio y le diga respira, empuja, para, y para poder decírselo en rumano se haya metido en el Google y sepa que se dice *respirație, împinge, pentru*, y se la lleve a su casa otra vez y le diga mira vamos a criar juntas a tu hijo y Crina dirá ay, sí, por favor, criemos juntas a mi hijo, nos levantaremos una noche tú y otra yo a darle el biberón, y cuando venga mi madre será como la otra abuela y seremos todas felices.

Por eso no se lo dice. Porque Paqui está tan sola como ella y a lo mejor se la quiere quitar, a Crina, y eso no lo puede consentir.

Se lo dice a Carmina. A ella sí.

Le cuenta que está limpiando una habitación, la suya de toda la vida. Tiene los techos altos y una lámpara que es la misma desde que tomó la primera comunión, con cuatro bolas blancas engarzadas en un tubo rojo. La hubiera podido cambiar, le dice, pero es que esa la eligió ella con su padre a los ocho años y le trae recuerdos de ese día, del de la compra y del de la comunión. Ahora, le dice, le pasa que se acuerda de las cosas como si las cosas hubieran sido cosas felices y eso le gusta.

—La idea de que mi vida no haya sido una mierda me hace más feliz.

Carmina está de acuerdo. La deja hablar, y Pepa sigue con su cuento. Ha cambiado el colchón, eso sí, porque tenía literalmente marcado su cuerpo en el centro, y porque ella se hizo pis en la cama hasta que le bajó la regla. También la almohada la ha cambiado, porque olía como a moho, y ha tirado la mesita y ha comprado una nueva. Ha vaciado el armario, y ha llevado la ropa en bolsas de basura a los contenedores de Cáritas, toda, menos el traje de comunión porque le recuerda, justamente, al día de la comunión. El segundo traje de comunión, que era azul con tres flores blancas entre las piernas, lo ha tirado porque lo que le recuerda es que después de la comida se cayó en un charco y se manchó de barro, y ahí está, en el vestido, ese pequeño resto marrón, la prueba de su torpeza. A la basura, con él. Se ríe cuando lo dice, a la basura. Insiste.

—A la basura con lo que no sirve.

Se ríe más.

—Como dice la hija de Ortega Cano, la Gloria Camila, lo que no aporte que se aparte, o algo así.

Se ríen las dos.

—Siempre había oído que limpiar los cajones y los armarios es como limpiar tu pasado.

La psicóloga le dice que es una buena metáfora, y le pregunta qué ha encontrado dentro de su armario que haya tirado y Pepa le dice que todo, que todo era para tirar. Todo viejo, todo estropeado, todo pequeño o grande, todo ocupando un espacio que no le deja llenarlo de nada más.

—¿Por eso estás limpiando la habitación en la que creciste? ¿Es porque crees que ya es hora de reconciliarte con tu pasado?

Pepa deja de reírse y le dice que no, que es porque piensa rescatar a una muchacha rumana que permanece raptada en un piso, cerca de su casa, por una vieja que de joven fue puta y por un chico negro que trafica con viagra, que antes no se había fijado pero que ahora que se fija lo ve cada dos por tres en la residencia, hablando cariñosamente a las parejas de abuelos que están ingresados juntos, y que Rafael, el novio de su madre, le ha confirmado qué es lo que se trae entre manos ese chico tan bien plantado que le parece que se llama Javier, pero que Rafael le ha jurado que él no le ha comprado nada, porque le da miedo que le haga reacción con las otras pastillas que se toma y, además, porque él a su madre la respeta como si fuera la Virgen Macarena, de la que, por cierto, es muy devoto. Se para, respira, brevemente, y continúa hablando. Sabe que Pepa sabe que no es verdad, lo del respeto, pero se lo dice igual. Le explica que a Crina el negro y la vieja la retienen mientras acaba de gestar a su bebé porque lo piensan vender, no ellos, otros, unos más malos todavía, porque estos son malos de poca maldad y los otros en cambio son unos delincuentes de los de matar gente. Lo dice todo, de tirón, con una naturalidad tan pasmosa que la psicóloga solo acierta a responder:

—¿Qué?

Pepa lo repite todo, desde el principio, y añade como novedad que una vez sea rescatada por la policía ella se quedará con la chica, que se llama Crina, ya se lo ha dicho, y con el bebé, que espera que sea una chica para llamarla Manuela, que es un nombre que le gusta mucho y que casi nadie lleva ya, y así cuando la escolarice y la llamen, Manuela, solo ella se dará por aludida y no como cuando dicen Marta o María, que se debe dar la vuelta media clase, y que contratará a Crina como empleada doméstica y que el día de mañana, quién sabe, Crina puede trabajar también en la residencia.

Carmina Palau vuelve a repetir:

—¿Qué?

Pepa respira hondo. Le cuenta la historia desde el principio. Le habla de Paco el antiguo panadero, de sus sospechas, del papel con el teléfono de esa mujer rumana, de sus pesquisas, de las mañanas fingiendo que toman café o que pasean al perro, de la urgencia por rescatarla, de sus fantasías, de su absurda felicidad cuando fantasea con una vida con esa desconocida y ese recién nacido.

—Me levanto y pienso en ella, me pregunto cómo le habrá ido, cómo estará, cómo la habrán tratado. Salgo a buscarla y hasta que no la veo aparecer con esa panza enorme no me quedo tranquila, y por la noche no puedo dormir porque pienso que no vamos a conseguir ayudarla a tiempo...

La psicóloga no dice nada, porque no sabe qué decir.

—Yo sé que es absurdo. Que no tenemos ninguna prueba. No hace falta que me lo digas, pero Paco y yo estamos seguros, seguros, Carmina, seguros del todo, de que

tenemos razón.

Encuentra algo que decir.

—¿Y por qué no vais a la policía?

—Porque no nos van a hacer caso, eso lo sabemos también. Yo sé lo que soy, lo que parezco, lo que pensarían los municipales si vamos a la policía local, o lo que cualquiera de Miraval les diría a los nacionales si preguntaran por mí. Esa es una desequilibrada, una excéntrica que vive con un perro que se llama como el novio que la dejó...

—...

—Y no queremos que por nuestra culpa esa chica se quede sin rescatar.

—...

—Y yo sé que es una locura, pero cuando pienso en su rescate, cuando pienso en ella viviendo en mi casa, durmiendo en esa habitación... me siento tan feliz, tan ilusionada... me entran tantas ganas de hacer tantas cosas... Todas las que te he dicho, y muchas más. Me entran ganas de vivir, prisa por vivir, me entran ganas de beberme la vida de un trago...

Carmina piensa que la va a ayudar. Lo decide.

—... aunque yo sé que a lo mejor no me deja que le pongamos Manuela a su hija.

Carmina piensa que no la va a ayudar. Lo decide.

Pero se le queda dentro, la curiosidad. Lucha contra la curiosidad dos o tres días. Quiere plantar más batalla, convencerse de que es una mujer de ciencia, una mujer racional, de las que saben que el corazón no domina nuestras emociones, que es el cerebro, y ella le dice a su cerebro que no tiene que hacer lo que le apetece hacer. Peor: le dice a su cerebro que no tiene que hacer lo que su corazón le pide que haga. Le da rabia. Ella sabe, de sobra, que el corazón lo único que hace es bombear sangre al resto del cuerpo para que sigamos vivos, pero a ella el corazón lo que le dice es que vaya a tomarse un café a media mañana, cuando hace un poco de sol, a la plaza del pueblo, antes de ir a visitar a su madre a la residencia. Se resiste, pero el corazón es obstinado y le insiste no solo en que vaya a tomar ese café sino en que vaya pronto, ya, hoy, ya que no fue ayer, porque puede que no pase nada, pero puede que sí pase algo y si pasa algo el tiempo correrá en su contra y si al final pasa algo y ella llega a enterarse de que algo pasaba se sentirá tan culpable que no podrá soportarlo, no podrá perdonarse no haber hecho nada, no haber hecho nada ella que podía hacerlo todo. Respira hondo. Sabe que así detiene su pensamiento. Abre el cajón del escritorio y saca un bote pequeño de colonia infantil hecha a base de rosa de Bulgaria. Se aplica el *roll-on* en la muñeca, se frota una contra la otra y aspira ese olor a inocencia, a niñez, y eso también la calma. No quiere ir. Pero sus manos huelen a infancia y se acuerda de cuando los hijos se empeñaban en no llegar, y cuando llegaban se empecinaban en malograrse por el camino. Se acuerda de la tristeza que sentía cada vez que se bajaba las bragas y estaban manchadas de sangre o del dolor lacerante que la despertaba por la noche o que la sacudía en el trabajo, o donde fuera, un dolor que la derribaba como los huracanes derriban las casas de los pobres, de los que no tienen nada, hechas de chapa o de paja; ese dolor que le hacía desear la muerte en ese instante no porque le doliera lo físico sino porque sabía lo que significaba, ese dolor, que le partía el corazón: tampoco esta vez serás madre. Lo recuerda y recuerda también haber deseado tanto, tan intensamente, tener un bebé entre sus brazos que hubo un momento en el que le dijo a su marido que a la consulta había venido una mujer que conocía a una mujer que conocía a otra que tenía ya muchos hijos y estaba embarazada de nuevo y estaba pensando abandonar al que viniera y ella le dijo a su marido que quizá podía preguntar a la mujer de la consulta por la mujer que conocía a la otra mujer y que si de verdad pensaba abandonarlo, podía abandonarlo en un lugar que hubiera pactado previamente en el que ellos podían dejar algo de dinero para que ella pudiera tener mejor atendidos a los hijos que ya tenía. Su marido la miró con ojos de espanto pero sonrió y no le preguntó sino que afirmó estás bromeando y ella sonrió también y le mintió y le dijo que sí, que estaba bromeando, pero si en lugar de esa mirada hubiera encontrado otra, una que escondiese un mínimo de comprensión, la vida de esa criatura hubiera sido totalmente distinta, distinta a la de los hermanos que tenía, parecida a la de las que luego fueron sus hijas, sin miseria, sin un padre

borracho, con un colegio privado en el que seguían el método Montessori, con vacaciones en la playa, con todos los caprichos que les diera la gana, juguetes, ropa, coches, viajes, lo que fuera, que para eso trabajaban ellos y para eso ellas eran buenas chicas, de fiar. La mayor ya la ha hecho abuela.

Su corazón le dice que vaya a tomarse ese café. No pasa nada por tomar ese café. No es porque crea a su paciente. Es porque a la otra sí la creyó, años atrás. Porque si se toma ese café, quizá deje de sentirse mal por lo que estuvo a punto de hacer. Se lo dice su corazón, si haces eso dejarás de sentirte en deuda. Así que va.

Va dos veces. Un día, y al día siguiente, y comprueba con sus propios ojos que todo lo que le ha contado Pepa es verdad. La chica rubia, el joven negro, la mujer vieja que viste un chándal verde y que dirige a la chica rubia de vuelta a casa. No la acompaña, le mete el brazo viejo por el brazo joven y tira de ella, hacia arriba, hacia adentro, la arrastra, a ella y a su inmensa tristeza.

El primer día va a visitar a su madre, a la residencia, y está tan apenada que no es capaz de mantener la conversación. Tiene la cabeza en otro lugar, y su madre se lo dice, estás despistada, le dice, vas a tener que ir a la psicóloga, y se ríen las dos. La madre con ganas. Ella sin ganas.

El segundo día vuelve al coche, y desde el coche llama por teléfono.

—Hola, José María, soy Carmina Palau. Me gustaría contarte algo importante, en persona.

A Carmina Palau le da un poco de vergüenza entrar en la jefatura de policía.

Se lo dice a su amigo nada más verle.

—Me da una vergüenza enorme estar aquí.

Se retuerce las manos mientras su amigo le dice que no tiene de qué avergonzarse.

—Estoy seguro de que tienes un buen motivo para venir.

Ella no está tan segura, y se lo dice también.

—Yo no estoy tan segura.

Sonríe.

—Lo estaba, José María, pero ahora que estoy aquí sentada ya no lo tengo tan claro.

Él sonrío. Lleva un bigote largo, espeso, de policía de los años setenta. Carmina se lo dice.

—Llevas un bigote de policía del siglo pasado.

El bigote le sonrío.

—Soy un policía del siglo pasado.

Mira el reloj.

—Cuéntame.

Carmina no sabe cómo empezar. José María mira el reloj otra vez.

—No quiero meterte prisa.

Carmina Palau sigue sin saber por dónde empezar.

José María y su bigote amable sonrían pero le dicen:
—Perla, cuenta lo que sea, que no tenemos todo el día.
Empieza a hablar.

Le ve en el Mercadona, rellenando una botella de zumo de naranja natural recién exprimido. Le reconoce de inmediato, no porque esté igual porque igual no está. Está más gordo. De hecho el Ramón de 2016 se ha comido entero al Ramón de los ochenta. Se lo ha comido, dos veces por lo menos. Debe usar una cincuenta y seis, por lo menos. Pepa, en general, contra los obesos no tiene nada. Ella misma, en ocasiones, es también obesa pero hace dieta y se le pasa. Lo que ocurre es que contra Ramón lo tiene todo, así que se alegra de que esté más gordo, más viejo, peor. Jódete, mamón, piensa, que te parecías a John Travolta, con los ojos azules y todo, y mírate ahora, que eres igual que el Elvis vivo que aparece cada dos por tres. A ver si quedamos a comer, le ha dicho Paqui que le ha dicho Ramón y ella piensa y una mierda, que te lo vas a comer tú todo.

Se ríe, y la gente la mira.

Le ve en el Mercadona cuando está escogiendo tomates y se queda con un tomate en la mano al verle rellenar la botella de zumo de naranja natural recién exprimido. No es lo peor que le podría pasar. Podría llevar otra cosa, cualquier otra cosa, en la mano. Papel higiénico, por ejemplo, o compresas para las pérdidas de orina. Un tomate no es tan malo. Pero se queda con él en la mano y se ríe sola y la gente la mira. Así que deja de reírse y mete el tomate en la bolsa, va hacia el peso, los pesa y los deja en el carro. En el carro de ella hay solomillos de pollo, comida para perros pequeños, jamón york, queso, choped, leche semidesnatada, yogures, lechuga y papel del váter. Tapa el papel, no sea que la vea, y le persigue con disimulo por los pasillos para sacarle los defectos.

Tiene pelo, calvo no es, las cosas como son, pero la coronilla le clarea un poco y en la frente tiene un poco de entradas en forma de uve, y el culo, en comparación con las caderas, lo tiene pequeño, y en los dedos, a lo lejos, se le adivinan unos pelos negros, largos, que antes tampoco tenía, lo mismo que en la nariz. Está hecho un cromo, el pobre. Lo piensa, y piensa también que, de todas formas, la mirada la sigue teniendo brillante, se le nota, le brillan los ojos al escoger el champú, que lo coge de Deliplus para los cabellos grasos, como si fuera la cosa más emocionante que le puede pasar en la vida. Ramón el disfrutón, le decía, y por lo que se ve lo sigue siendo porque también le ilusiona escoger la carne de cordero, el queso fresco de vaca y cabra y la bandeja de chorizo y salchichón.

Saluda a las señoras, por su nombre, adiós, María, hola, Amparo, qué tal, Pilar, cómo va, Consuelo, qué pesado, piensa, qué cansino. Le parece mal, todo el tiempo, pero cuando coge número del dispensador y se pone con alegría en la cola de la pescadería y ella le puede mirar desde los expositores de la fruta, con tranquilidad, se pregunta, de verdad, qué le parece ese hombre que lleva camisa de cuadros, pantalón vaquero, mocasines y calcetines blancos —¡blancos!— y que sonrío sin parar, a la gente, a la lubina, a la vida en general.

Se pregunta si ella le hubiera dejado de no haberla dejado él primero, y si ella, con su carácter de mierda, hubiera sido capaz de ser feliz con alguien como él, tan práctico, tan poco dado al drama.

Las pastillas, y la terapia, y las ganas de estar mejor, han debido hacerle más efecto del que ella se creía y empieza a recordar cosas que pasaron, cosas que fueron bonitas, divertidas, cosas que ella no contaminó ni entonces ni después, a fuerza de recordarlas. Una excursión al peñón de Ifach en la que se pusieron las botas de comer marisco en el puerto de Calpe; una tarde que fueron al cine a ver *Nacido el 4 de julio* que tuvieron que sentarse en la primera fila y Ramón se puso a vomitar porque le mareó tanto movimiento de cámara y luego se tomaron un helado italiano en la heladería italiana de al lado del cine y como él tenía el cuerpo revuelto ella se comió el helado de los dos. Y también se reían jugando al Monopoli, y a las tinieblas, y los lunes de Pascua se iban de merienda al campo y cuando acababan de merendar se metían en el coche para meterse mano. A ella le daba miedo que la tocara, eso sí que era verdad, le daba vergüenza que él supiera cuánto le gustaba.

Ahora ya no le gusta. Pepa no sabe lo que es un orgasmo. Entonces se los aguantaba para no asustar a su novio, porque le daba la sensación de que un orgasmo de ella debía ser como un fenómeno de la naturaleza, como una aurora boreal, como una noche de lágrimas de San Lorenzo, y después les cogió manía. Alguna vez trató de tocarse, porque de vez en cuando le entraba un calor pegajoso, viendo una película de amor, o incluso escuchando una canción en la radio, pero las manos de ella le recordaban a las manos de él y se le pasaban las ganas. Se lo imaginaba tocando a otras. Le dolía tanto que no le compensaba.

Ahora, casi a las puertas de la vejez, Carmina Palau le ha hablado de la importancia de vivir el sexo con naturalidad. Le ha hablado de la importancia de explorarse, de reconocer el propio cuerpo, de identificar el deseo y de darle el rango de necesidad elemental, porque necesitamos el placer sexual de la misma forma que necesitamos comer, le ha dicho, o como necesitamos cagar, ha dicho Pepa, y se han reído.

Ella lo intenta. Lo intenta por la noche cuando se mete en la cama, porque lo que le dice la psicóloga tiene para ella rango de ley. Apaga la luz, se tapa con las sábanas, se baja las bragas y se pone a la tarea, pero no pasa nada. Se monta en el metro y se va a otro pueblo; busca una farmacia, se agazapa en la esquina hasta que no queda nadie dentro y entra pero se va a toda prisa porque sale a despachar un chico y le da vergüenza. Se monta en otro metro, se va a otro pueblo, busca otra farmacia, se asegura de que solo atienden farmacéuticas y le pide a la primera que sale un gel íntimo contra la sequedad vaginal. Vuelve a casa, espera a que llegue la noche, apaga la luz y demás y se pone el gel en los dedos. La cosa funciona algo mejor, siente un cosquilleo caliente pero el calor dura apenas unos segundos porque Ramón se sube a la cama y le mata la magia.

Se monta a otro metro, se va a otro pueblo que no es ninguno de los dos que ya ha

explorado, y busca una tienda de telefonía y les explica que quiere tener el internet en el móvil. El dependiente le responde que eso puede hacerlo por teléfono directamente con su compañía y ella pone cara de que es idiota y no sabe hacerlo y el dependiente se apiada de ella y hace la llamada con su móvil y en su nombre y le arregla la tarifa. Se cambia a una que la llaman plana, por la noche, y se compra un *smartphone* de última generación que por lo que se ve, y por lo que cuesta, es mucho más inteligente que ella. Le pide al vendedor que le explique cómo podría ella encontrar recetas de cocina porque es para eso para lo que quiere el internet y el teléfono y el vendedor le contesta que puede buscar lo que quiera, que es como decirle a mí qué me cuenta, señora. Cuando llega la noche, después de apagar la luz, ponerse el gel y bajarse las bragas busca películas porno en el Google y se acuerda del de la tienda de telefonía, pero lo aparta de su cabeza de inmediato para no distraerse.

Buscar le resulta complicado, porque no sabe lo que le va a gustar. Bucea por las mujeres de tetas grandes y grandes culos, por las asiáticas, por el sexo anal, por el sexo duro, por el sexo blando, y al final se cansa, rebusca la receta del pollo al chilindrón, y se duerme, desanimada, pero se despierta algo más animada y regresa a la tarea. No a la de las recetas de cocina, a la otra.

Busca, y busca. Hombres negros de miembros descomunales, mujeres hermosas, mujeres gordas, mujeres depiladas y sin depilar, en grupo, de tres en tres. Nada. Le entra sueño, de nuevo, y de nuevo vuelve a dormirse, desanimada, hasta que se despierta convencida de que se ha hecho pis, pero no es eso.

Adormilada, desconcertada, recuerda lo que ha estado soñando, y sin apenas darse cuenta su mano inicia de nuevo el recorrido de las últimas noches. Se quita las bragas, advierte que no hace falta que se unte el gel íntimo para la sequedad vaginal, y se toca el sexo con naturalidad. Se explora, se reconoce, identifica —sin el menor género de dudas—, su deseo y comprende que es, en efecto, una necesidad no solo elemental sino también salvaje, primitiva, animal.

Se acaricia despacio, y deprisa, y se toca los pechos con la otra mano y pone los ojos en blanco y piensa en todo y no piensa en nada, y de pronto explota con un dolor que no es un dolor, como si sus huesos se hubieran vuelto líquidos y se estuvieran derramando justo por *ahí*, por *ahí* por donde antes no había pasado nada y ahora de pronto es el centro mismo no solo de su cuerpo, sino del universo entero. No piensa en nada, ni en nadie. Tiene la mente en blanco, y en negro, vacía, completa. No dura mucho. Unos segundos, si acaso. Pero... Tarda más en recuperar el pulso, el ánimo, su presencia de mujer triste y amargada, que en haber conseguido el primer orgasmo de su vida, pero cuando lo logra, recuperarse, comprende lo que se ha perdido. Comprende lo que buscaba Ramón y comprende que no hubiera sido tan grave que lo hubiera encontrado. Comprende que no es para tanto y al mismo tiempo comprende que no dejará de hacerlo y que quizá acabará buscando, algún día, pronto, que sea otra persona quien se lo haga. No será la misma después de esa noche, eso lo sabe. No será brusco, no buscará un gigoló muerta de la prisa ni le cambiará la piel y la

gente se lo notará, será un cambio pequeño, como la pequeña muerte que acaba de conocer. Pero no será ya más lo mismo. Carmina Palau tiene razón. *Eso* es una necesidad. Como comer.

Piensa en eso, en comer y en el sexo, en el sexo nuevo, el de ahora, no el de antes, mientras le ve pedir sepia y clóchinas y gambas peladas porque va a hacer arroz con marisco, y de repente piensa que no necesita hablar con él, ni para hacerle preguntas ni para hacerle reproches.

¿Por qué me dejaste?

¡Por qué me dejaste!

Ni el interrogante ni la exclamación tienen de pronto sentido. Le da igual por qué la dejó, y no encuentra motivo para recriminarle algo que seguramente hubiera acabado haciendo ella misma. Se acuerda de una novela que leyó antes de que Ramón el perro se le comiera las gafas, en la que la autora recordaba un antiguo amor y hablaba de la teoría de las uvas y las pasas; la escritora decía que cuando alguien nos dejaba conservaba la tersura de la piel de una uva y no se deterioraba, como nosotros ni como los que permanecían junto a nosotros, que nos volvíamos pasas. Ramón era una uva, en su recuerdo, pero en la cola de la pescadería se había convertido en una triste y mísera pasa.

Se va hacia la caja.

Paga, satisfecha.

La cajera piensa que le pasa algo, porque es la primera vez, en años, que la ve sonreír.

Se le acerca una mujer, una mañana.

No le sorprende. Se le acercan muchas mujeres. La mayoría llevan perros y le dicen que el perro no le va a hacer nada, y las que no llevan perro le preguntan por su barriga, de cuánto está, qué lleva dentro, cómo se encuentra. Ella las entiende pero finge que no y no les contesta. Las mira y con la mirada les pregunta si han encontrado la nota con el teléfono, si han llamado a su madre, si ya se han dado cuenta de lo que planean hacer con ella, pero la comunicación no verbal no surte efecto porque nadie responde a su mirada con una mirada que diga tranquila, lo sé todo, lo tengo todo, pronto te rescatarán. Sonríen, bobaliconamente, o hacen alguna referencia trivial sobre el embarazo, que si la vida se abre paso, que si está guapísima, que si los niños vienen con panes bajo los brazos, y algunas se marchan pensando que no las entiende y dicen qué asco de chica, qué antipática es, qué lástima de hijo como le salga a la madre. A esas es a las que más le gustaría responder, y decirles sí, sí, qué lástima de hijo, ayúdame si te da lástima mi hijo, dime que has llamado a mi madre, llama a mi madre, pero no las sigue porque la vieja, Rosario, la vigila desde el balcón y el miedo la paraliza.

Se queda quieta cada mañana, una mañana tras otra, todas las mañanas. Se apesadumbra. Sabe que cada instante de quietud es una piedra más en el saco que las hundirá, a ella y a su pequeña Ioana.

Pero se acerca una mujer, una mañana.

Nota que la mira, desde el otro lado de la plaza. Es morena, lleva un vestido de flores, como si fuera primavera y no invierno, y unos botines marrones. Se abriga con una cazadora roja y del hombro le cuelga un bolso de flecos. Se cubre los ojos con unas gafas de sol, que se coloca sobre el pelo cuando se da cuenta de que Crina la está mirando y Crina piensa que es para que ella también sepa que es a ella a la que mira, y no al perro que levanta la pata para mear en la palmera o a la abuela que va a por el pan con paso cansado.

Esa mañana que se le acerca una mujer, un grupo de niños pequeños van de excursión a la biblioteca y pasan por la plaza. Van de dos en dos, cogidos de la mano. Caminan riendo, los más pequeños delante y los mayores al final, vigilados por las profesoras que les dicen que no corran, que no se suelten, que los llaman por sus nombres. Le parece que una maestra llama Joana a una de las niñas, que es rubia y tiene el pelo rizado y va de pareja con un niño al que mira con arrobo; le parece que la maestra le dice:

—Qué suerte, que te ha tocado ir de la mano con Javier, Joana, estarás contenta...

Y la niña sonrío, y la maestra sonrío y Crina sonrío también, y cuando vuelve a buscar a la mujer que la mira, la mujer que la mira no está donde estaba sino más cerca de ella.

La mujer sabe por José María que sabe por Carmina que sabe por Pepa que sabe

por Paco el antiguo panadero que el eslabón débil es Jabulani así que lleva un buen rato esperando a que sea él quien la vigile para acercarse a Crina pero como Jabulani no aparece por el balcón porque esa noche ha salido y ha bebido más de la cuenta y está durmiendo la borrachera en la cama, aprovecha la algarabía de los niños para hablar con Crina.

Le habla en español, por si alguien las escucha.

—Cuando menos cuenta te des ese que está en tu barriga irá al colegio como los que acaban de pasar.

Crina la mira y por su acento nota que no es esa su lengua materna.

La mujer que se ha acercado, insiste.

—Yo tengo tres hijos. Los dos mayores viven en una casa de acogida, pero la pequeña vive conmigo en un piso tutelado.

Crina la mira y guarda silencio. En el balcón, Rosario estira la cabeza para vigilarla mejor.

—Me llamo Rodica, y soy rumana, como tú.

Crina no le contesta ni la mira, pero no se va y la mujer continúa hablando.

—Antes era prostituta. Ahora soy cocinera. Bueno. Estoy haciendo un módulo para ser cocinera.

Crina la mira y trata de decírselo todo con la mirada.

—Los que me ayudaron a mí pueden ayudarte también a ti si lo necesitas.

Crina se levanta, y huye.

Pero al día siguiente, la mujer sigue ahí. Y al otro, y al otro, y varios días más. No le habla, ni la sigue, pero hace evidente que ella también la vigila, como la vieja y el negro, que también como ellos la mira, pero con otros ojos, con ojos buenos, con mirada buena. Hace evidente que la mira porque la mira, fijamente, desde donde quiera que esté, desde la barra del bar, desde la puerta del horno, desde un banco de la plaza donde acaricia a un perro marrón que tiene los dientes torcidos y el rabo cortado, en forma de muñón, y le dice cosas sin sentido, ese tipo de cosas que las personas les dicen a sus mascotas, guapo, quien te quiere a ti, vamos a ir al veterinario que te ha salido una mancha en el ojo, y hace evidente que sabe que Rosario y Jabulani las observan porque a veces se lo dice también al perro, ya nos están mirando, no nos quitan ojo, qué difícil nos lo ponen estos dos, y es igualmente por medio del perro que le hace saber a Crina que no tienen prisa pero que cada vez queda menos tiempo porque el día que se ponga de parto ya no podrán hacer nada si es que es verdad lo que sospechan y quieren vender al bebé que lleva dentro.

Cuando se lo dice está en el patio, debajo de los balcones. Los botines son los mismos que el primer día y el bolso también, pero hoy es rubia. Es una peluca. Se le nota, porque es de pelo sintético y en la frente se le ve su pelo auténtico, moreno.

Se queda en la acera y sigue hablándole al perro desde allí, en rumano.

Le dice que la puede ayudar.

Le dice que la policía aquí no es como la de allí.

Le dice que no tenga miedo.

Le dice que no tiene prisa.

Le dice que cuando esté decidida, vendrán a por ella y la sacarán de allí.

Le dice que su familia no correrá ningún peligro, ni ella tampoco.

Le dice que no hace falta que hable.

Le dice que si no tiene ningún problema ella no la volverá a molestar pero que si está retenida contra su voluntad, basta con que haga una señal, una pequeña, que ella la entenderá.

Crina se levanta y comienza a andar.

La mujer no sabe si esa es la señal y la sigue con el perro.

El perro levanta la pata con ganas en la primera palmera, pero en las demás no quiere hacer nada, no quiere ni andar, y la mujer tiene que arrastrarlo para que la siga.

Las campanas del reloj de la iglesia, que está en otra plaza, muy cerca, dan las once de la mañana. Una tras otra. Once veces. Dong. Dong. Dong.

Crina no sabe qué decir, ni qué hacer y dice:

—*Acesta pare a fi un semn...*

La mujer asiente con la cabeza.

—*Mâine vom veni după tine.*

Mañana vendremos a por ti.

Eso es lo que le ha dicho la mujer antes de que Jabulani se la haya llevado de la plaza.

Jabulani ha aparecido de la nada. Se siente idiota. No puede haber aparecido. Ha debido verla desde el balcón. Quizá, incluso ha oído a la mujer de la peluca. De hecho, probablemente sepa algo de rumano igual que ella sabe algo de español y lo sepa todo. Seguro que sabe que mañana piensan venir a buscarla y por eso justo en ese momento la ha cogido del brazo, con ternura, como si fuera un hermano que se encuentra con su hermana por la plaza y le dice hermana ven conmigo. Eso ha hecho, Jabulani, le ha dicho ven conmigo, y le ha sonreído mientras le pasaba el codo por el brazo.

Mañana vendremos a por ti. Seguro que Jabulani lo ha oído, lo ha entendido. Seguro. Por eso no la mete en el patio. Le sonrío y le dice: vamos a tomar un refresco que en casa no hay, y entran en el bar.

El bar es como cualquier bar, con mesas y sillas y taburetes en la barra pero Jabulani la empuja hasta el fondo. En el fondo hay un sofá y dos sillones, y más al fondo todavía, una terraza con suelo de madera. Se quedan en los sofás.

Jabulani pide dos Fantas de naranja y un pincho de tortilla con dos tenedores. Le dice al camarero que lo van a compartir, pero Crina no prueba bocado.

Él le dice:

—Pruébala, que está buenísima. La hace la mujer del dueño, que es argentina, pero hace las tortillas españolas como si fuera del mismo Miraval.

Jabulani se ríe cada vez que habla, como si todo le hiciera gracia, pero aunque ella tiene muchas ganas de sonreír porque la mujer le ha dicho que mañana van a ir a por ella, también tiene mucho miedo, un miedo paralizante, porque está segura de que el negro las ha escuchado y lo sabe todo y lo va a impedir.

Jabulani se encoge de hombros y poco a poco se acaba la tortilla.

—Tú te lo pierdes, porque Rosario no cocina como esta mujer. Ni de coña.

Se ríe otra vez.

—Ni de coña, la cocina no es lo suyo. Pobre mujer.

La mira a los ojos. Los de él son como dos luceros, brillantes.

—Rosario cocina como el culo. No sabe ni freír un huevo, aunque los cocineros que salen en la tele siempre dicen que freír un huevo es lo más difícil que hay.

Se encoge de hombros otra vez y otra vez se ríe.

—A mí me parece que eso es una chorrada. Que la gente que sabe de algo siempre tiene que decir que lo que parece fácil es difícil para darse importancia. Ya ves tú la dificultad que puede tener freír un huevo. Lo cascás, lo echas en la sartén, lo sacas de la sartén y te lo zampas. Nada es tan difícil como nos hacen creer. Nos cuentan muchas gilipolleces. ¿Lo has pensado alguna vez? Tómate la Fanta por lo

menos.

Ella no mueve ni un músculo.

—No tienes azúcar, la diabetes gestacional esa, no la tienes. Tómate la Fanta, que vale un euro y medio.

Le acerca la botella. Crina coge la botella.

—A mí lo que más me gusta en el mundo es la tortilla de patata. Siempre que he tenido una novia le he dicho: quiero tener cinco hijos contigo y al primero le pondremos Tortilla de Patata, porque es lo que más me gusta en el mundo. Eso, y dormir, y tener dinero.

Crina da un trago, pequeño, al refresco.

—Por eso te tenemos.

Crina da un trago, un poco más grande, al refresco.

—A Rosario lo que más le gusta es tener dinero.

Se queda pensativo, unos instantes.

—Bueno. A Rosario lo que más le gusta es no necesitar tenerlo, el dinero. Le gusta la sensación de seguridad de saber que tiene dinero. Así que por eso te tenemos.

Se miran.

—Porque nos pagan una pasta.

Se miran, otra vez.

—Sé que no me vas a decir nada, pero sé que me entiendes.

Crina no le sostiene la mirada.

—Puedo hacer dos cosas. Puedo decirle a Rosario que esa tía que lleva días merodeando por aquí me da mala espina, que me ha parecido que se te acercaba y te decía algo y en ese mismo momento te llevarán a otro sitio. Será una putada, porque no le pagarán a Rosario todo el mes pero tampoco será una putada tan grande porque ¿qué te queda de embarazo? ¿Quince días? Será como lo de freír el huevo.

Le hace un gesto al camarero y le pide otro pincho.

—Es que está de puta madre, la tortilla.

Observa en silencio cómo el camarero, que se llama Amadeo, corta una porción y se la acerca en un plato con un poco de pan.

—¿Quieres? ¿No? Mejor, toda para mí. Si hablo con Rosario a ti no te va a pasar nada. Tú no tienes la culpa de que alguien se haya dado cuenta de lo que pasa.

Pincha con el tenedor un trozo de tortilla y la mira, pensativo.

—Lo que no entiendo es cómo nadie se ha dado cuenta antes... Apareces de repente en nuestra casa... Nosotros no somos los vecinos más ejemplares de Miraval, ¿sabes? No sé si te has dado cuenta. Rosario era puta también, y mi madre, y yo trapicheo con drogas, y además soy negro, vamos, pleno al quince. ¿Sabes lo que es pleno al quince? Pues que lo tenemos todo, tía. Y ni aun así... A veces pienso que somos invisibles. Que Rosario, yo, y tú, somos invisibles. Que de tanto mirar para otro lado la gente ni nos ve.

Se lleva la tortilla observada a la boca.

—En serio, sé que nos entiendes. Puedes interrumpirme cuando quieras, puedes decir lo que quieras.

Crina no dice nada, porque no sabe qué decir aún. Si no estuviera tan asustada, le diría tienes toda la razón, somos invisibles, pero el miedo la paraliza. ¿Y si se ha equivocado, cuando les ha espiado? ¿Y si no era Jabulani el eslabón más débil, el más humano y es precisamente él quien va a impedir que se escape, mañana, cuando quien quiera que sea venga a por ella con esa mujer?

—Pero, en realidad, sí que nos ven, lo que pasa es que les importamos una mierda.

Crina asiente, sin darse cuenta.

—Me he preguntado un montón de veces por qué no te escapas. Rosario es vieja, no podría perseguirte si le das un empujón y sales corriendo. Yo sí te alcanzaría, yo soy una pantera, una pantera negra. —Se ríe—. Pero no estoy siempre en casa. A veces cuando salgo digo seguro que esta se ha fugado ya, no puede ser que sea tan estúpida... Vale, que ya imagino que tienen amenazada a tu familia, ¿verdad? Pero si yo estuviera a punto de tener a Tortilla de Patata y estuviera a punto de perderlo... Me cago en mi puta vida... No habría nada que se me pusiera por delante, para mí mi hijo sería lo primero. No te ofendas, pero nunca en la vida he visto a nadie tan cobarde como tú.

Crina quiere decirle que tiene razón, que es una cobarde, que ha sido una cobarde, ahora se da cuenta, que debería haber salido por la puerta el primer día que pasó en ese piso, custodiada por ellos dos, por un traficante de poca monta y por una vieja puta que ya no tiene dientes, que ha pensado tanto en escaparse que no se ha escapado, que ha tenido miedo y que ha pensado que mañana no tendría tanto miedo y que mañana se escaparía, y que buscando mañanas se ha encontrado ahí con él, comiendo tortilla y hablando de freír huevos, pero que justamente mañana van a venir a por ella y que ella se va a ir mañana, pero no un mañana metafórico sino un mañana de verdad, aunque no está segura de si la rubia de la peluca será una buena persona o una persona mala, otra persona mala, que la llevará a un lugar donde le sacarán a su hija de las entrañas y la tirarán a ella a un vertedero y lo mismo la encontrarán o lo mismo no la encontrarán y su madre no sabrá nunca qué ha sido de ella ni de su nieta. Pero no le dice nada.

—También puedo callarme, ¿sabes? Callarme y que pase lo que tenga que pasar. Porque a lo mejor esa mujer es una pesada, como esa otra que te observa sin parar, la del perro con nombre de persona, que lleva mirándote semanas. A lo mejor no pasa nada. Puedo callarme. ¿Qué me dices? ¿Qué hago? ¿Se lo digo a Rosario o me callo?

Crina habla, por fin.

—Yo puedo chupar esta noche. Yo puedo chupar todo el día. O follar, también puedo. Puedo follar por delante y también por detrás. Lo que quieras.

Jabulani la mira, fascinado.

—Qué voz más chula tienes, tía.

—Puedo hablar mientras me follas, si te gusta.

Jabulani se ríe.

—Pero no se lo digas. No digas nada.

Sigue riéndose.

—Yo no quiero follar contigo, tía loca. Tú no me gustas. A mí me gustan las tías más alegres y tú eres una triste, normal, por otra parte, con todo lo que te pasa.

Crina se echa a llorar, amargamente. Ha perdido su oportunidad, su única baza. La han descubierto.

—No llores. Ay. No llores, que me pone de los nervios ver a alguien llorar.

Crina para de llorar.

—No sé lo que voy a hacer. ¿Sabes? Solo quería compartir mis dudas contigo. Nosotros no somos tan malos. Ser malo es como freír el huevo ese de los cojones, que parece fácil, pero ni Rosario ni yo somos tan malos porque ser un malo de verdad requiere mucho esfuerzo, mucho tesón. Bueno. Rosario a lo mejor un poco más mala que yo sí que es, pero es que a ella la vida la ha puteado mucho, literalmente, y se ha hecho más egoísta. Pero malos de verdad no somos. Nos da lástima lo que te va a pasar y a veces nos gustaría que no te pasara.

—No dejes que pase, te lo suplico.

—Pero si dejo que no te pase... ¿qué va a ser de nosotros? ¿Qué será de Rosario, y de mí? Por mí me da un poco igual. Yo voy a acabar en la cárcel tarde o temprano, pero Rosario es muy vieja para estar encerrada.

—No dejes que me roben a mi hija...

—Eres lista, tronca. Te has dado cuenta de que es una niña... A nosotros tampoco nos lo dijo el médico, pero escuchamos cómo se lo decía a los que la van a vender.

Crina se encoge al oírle hablar con esa facilidad de la venta de un ser humano.

—Es verdad lo que dices. Tú no eres malo. No dejes que vendan a mi pequeña.

—Es que no es asunto nuestro. Y si se lo digo a Rosario ni tú ni ella seréis mañana un problema para nosotros. Pero si no se lo digo, y tú nos denuncias, sí serás un problema para nosotros. Y si se lo digo... ¿a ti qué más te da? La niña va a vivir como una reina, mucho mejor que contigo si te la quedas porque, no te lo tomes a mal, pero ¿qué futuro le espera contigo? Tú siempre vas a ser una perdedora, siempre vas a vivir mirando para atrás por si han ido a por ti para hacerte pagar el negocio que han perdido contigo.

—¿Conoces tú a los que quieren comprar a mi bebé?

—Qué dices, tía. Nosotros no podemos tener esa información, sería demasiado peligroso... Algo hemos escuchado, pero conocerlos no los conocemos, ni ganas tampoco. Lo que hacen a mí no me parece bien. Fijo que son una pareja con mucho dinero y con pocos escrúpulos, y ese es el secreto de la felicidad... De verdad te lo digo, que estará mejor con ellos porque no le faltará de nada...

—Yo le daré lo mejor, porque los hijos siempre tienen que estar con sus madres. ¿O a ti no te gustaría estar con la tuya?

—En eso tienes razón. Pero nuestros casos no son comparables.

—Pero te gustaría vivir con ella. Estarías mejor con ella. Pregúntale a tu madre. Verás que ella te va a decir que tienes que dejarme escapar. Ella seguro que lo sabe. Habla con tu madre. Ella te dirá lo que tienes que hacer, lo que es mejor.

Jabulani se ríe.

—Mi madre me diría que salvara mi culo. Y si no se lo digo, y te vas y nos denuncias, mi culo va a estar una buena temporada a la sombra, como dicen en las pelis.

—Yo no diré nada.

—Te harán decirlo. Si no denuncias, no podrán proteger a tu familia en tu país. Eso lo vi en un programa que dieron en la tele este verano. Te llevarán a algún sitio para que estés protegida. Eso lo dijo una que era nigeriana y que se escapó de una red. Se conoce que a las nigerianas las amenazan con hacerles vudú y ellas se lo creen. Con eso y con hacerle daño a sus familiares. ¿Qué te han dicho a ti? ¿Que irán a por tu familia?

Ella dice que sí con la cabeza y Jabulani asiente también, satisfecho.

—En el programa dijeron que casi nunca cumplen las amenazas porque no les compensa, pero a veces sí que las cumplen, sobre todo los nigerianos y los rumanos, que son muy bestias. La poli te dará unos días para que te pienses si nos vas a denunciar.

—No tengo nada que pensar. No os denunciaré a vosotros, no diré nada de vosotros.

—¿Estás segura?

Ella asiente varias veces.

—Estoy segura.

—Si no nos denuncias a nosotros no van a poder llegar a los que te retienen de verdad. Te van a machacar con eso.

—Si me dejas marchar, no voy a denunciaros.

—Entonces te dirán que no podrán proteger a tu familia.

Crina se desespera y se echa a llorar. Lloro un segundo. Para de llorar.

—No hablaré, te lo prometo. No sé vuestros nombres, ni quienes sois. Y mi familia está aquí, en mi barriga. Solo quiero proteger a mi hija.

Jabulani niega, varias veces también, con un gesto.

—No sé qué pensar, tronca. Ese es mi problema, ¿sabes? Que le doy muchas vueltas a la cabeza, y casi nunca sé qué pensar, y tomo una decisión y al momento siguiente cambio de idea y tomo otra. Lo mismo pienso que mañana cojo a Rosario y me la llevo a Toledo a ver a mi madre y a tomar por culo todo, que pienso, oye, pues que le den por el culo a esta tía, que no la conozco de nada. No te ofendas.

Se quedan callados.

—Tómame la Fanta, que nos vamos.

Crina obedece y se la toma.

—Pero mañana van a venir a por mí.
Jabulani le sonríe. No dice nada.

Ramón está más feliz que nunca. Se pasa el día en la calle, olfateando culos y meando en farolas y palmeras. Toma el sol, camina, se detiene un rato, al sol otra vez. Luego vuelve a casa, el tiempo justo para comer, y de nuevo a la calle hasta que se hace de noche. Pero algo le falla. Pepa está preocupada, aunque ya no lo paga con él. Es más, le acaricia la cabeza, entre las orejas y comparte con él la causa de su preocupación. Le cuenta sus planes. Le adelanta lo que van a hacer.

Le dice:

—Vamos a la plaza, a ver si está.

Si van más lejos también se lo dice:

—Vamos a buscar a Paco, a ver si él la ha visto.

También le avanza si van a cambiar el recorrido del paseo.

—A lo mejor ahora la llevan a que le dé el sol a la plaza de la Iglesia.

Le comenta su desánimo.

—Puede que haya pasado algo.

Se lo consulta.

—¿Tú crees que le habrá pasado algo?

Se lo vuelve a consultar.

—¿Crees que habrá tenido ya al bebé? ¿O crees que se la han llevado porque sospechan que sospechamos algo? A lo mejor se han dado cuenta de que los observábamos, o de que Paco había cogido el papel con el teléfono... ¿Qué crees, Ramón?

Ramón hace lo que puede. Mueve el rabo, le lame la mano, se sienta en el suelo, yergue las orejas para parecer inteligente. Poco más. No tiene ni idea de lo que le puede haber pasado a la muchacha, pero no la huele por ningún lado. No sabe dónde está. Ya no está, eso sí que lo sabe, pero tampoco sabe cómo hacérselo saber a Pepa, porque Pepa la sigue esperando y a él le parece que ella ya no va a volver. Eso no lo huele tampoco, solo lo intuye. Si él se fuera, si él pudiera irse, tampoco regresaría. Le gustaría decírselo: no la esperes, se ha ido, ya no está aquí.

Pero si se lo dijera, probablemente Pepa no lo creería. Primero porque es un perro y no Rappel el adivino, y segundo porque no lo querría creer. Eso tampoco lo huele, también lo intuye: ella lo que quiere es que todo siga igual para ser ella la causante de que todo cambie.

Ramón está en lo cierto.

Paco está tranquilo, y hasta contento. Lo tiene claro.

—Esta se ha escapado.

A Pepa no la convence.

—¿Y si le han hecho algo?

Paco niega con la mano, con la cabeza y con la voz.

—Qué va, qué va. Esta se ha escapado, y ya era hora, coño, porque la dejaban

suelta todas las mañanas y volvía a la casa como un cordero.

—Pero eso era porque estaba muerta de miedo.

Paco arquea las cejas.

—Eres muy perspicaz, Pepa.

Pepa insiste.

—Estoy muy preocupada, Paco. Le han hecho algo, seguro. O han vendido al bebé o la han matado, o algo peor.

Paco se ríe.

—¿O algo peor? Pepa, no le des vueltas. Crina se cansó de ser una esclava y se ha marchado.

—¿Así de fácil?

Paco se encoge de hombros.

—Es que las cosas a veces son así, fáciles. Nos empeñamos en verlas difíciles, o imposibles, pero la vida, no sé, es como una canción que suena todo el rato, ¿sabes? Suena todo el rato y, de repente, se acaba y chimpún.

—Pues eso digo, que se ha acabado la canción. Que la han matado, Paco.

—Que no, Pepa. Crina ha cambiado de canción y ya está. Una mañana no volvió a la casa y se fue derecha a la policía y dijo lo que le pasaba y ya está.

Pero Pepa no lo ve así. No quiere que sea así. Ella no imaginaba ese final. Pepa lleva semanas viviendo otro, muy diferente.

Pepa está sentada en el banco, con Ramón. Es uno de esos días de finales de invierno, de esos que tienen una luz clara, un cielo raso, sin una nube, que te hacen acordarte del cambio climático y decir:

—Pero si no hace frío, parece verano.

Es ese día, el día perfecto. Y ella lleva un vestido nuevo, uno que ha visto hace varios días en un escaparate de una tienda de Miraval, una tienda buena, de las caras del pueblo, que es rojo teja con bordados en el pecho y mangas de gasa, una cosa fina y no como lo que ella suele llevar, que le ha costado ochenta y nueve euros que le han dolido como ochenta y nueve puñaladas, pero la ocasión lo merece, porque eso, ella con ese vestido, es lo que va a ver Crina cuando se abra la puerta del patio esa mañana de invierno que parece agosto. Verá el vestido rojo teja y se dejará acoger por esos brazos envueltos en las manos de gasa, y llorará en el hombro de Pepa, y le mojará el vestido pero a ella no le importará, y Pepa le dirá:

—Tranquila, tranquila, ya estás a salvo.

Y Crina le dirá:

—Gracias, muchas gracias, eres mi salvadora, te lo debo todo a ti.

Se lo dirá en rumano, pero ella sabrá que es eso, justo eso, lo que Crina le susurrará mientras llora y se deja llevar, dócilmente, hasta su casa.

Los agentes de policía que no saben bien cómo han llegado al portal las miran, sobrecogidos, y los vecinos la admiran y se dicen unos a otros qué valiente es Pepa, quién lo iba a decir, qué generosa, y Ramón, el humano, que justamente ese día y a

esa hora ha ido al horno a comprar el pan con Carmen, mira a su mujer y la mira a ella y mira a su mujer y la mira a ella y en ese momento se da cuenta de que eligió mal, de que no tuvo paciencia para esperar a que Pepa se transformara como se transforman los gusanos que primero son gusanos y luego son mariposas al salir de la crisálida, qué son treinta años, se pregunta Ramón con la bolsa del pan en la mano, treinta años no son nada, se responde Ramón con la bolsa del pan en la mano, y Carmen, que se da cuenta de lo que está pensando y le coge la bolsa y le coge la mano y le dice Ramón, vamos a por el pan, y se van, cabizbajos, rumiando su amarga derrota. Ja.

La gente las aplaude, a Crina y a ella, camino de la casa, y Ramón, el perro, olisquea las piernas de Crina y le lame los tobillos y las acompaña a la habitación de Crina y allí observa cómo Pepa le enseña todo lo que tiene dentro del armario, la ropita para el bebé, y tres vestidos, un chándal y un camisón para ella. Abre un cajón de la mesita y le señala la ropa interior que también le ha comprado, y en otro, unas fotos de la cuna y el carricoche que ha pensado comprar, y Crina asiente todo el rato con la cabeza, agradecida y emocionada, incapaz de decir nada, y de pronto Pepa saca el móvil, marca un número, sonrío, se lo tiende y le dice:

—Habla con tu madre, Crina.

Y hablan, y Crina llora, y la madre llora, y Pepa llora, y hasta Ramón el perro llora, pero de alegría, de felicidad plena, profunda, total. Lloran, todos, porque saben que la vida les va a cambiar, a mejor, desde ese instante, y lo sienten en el medio del pecho, en el centro del estómago, en toda la cabeza. Toda la mente la tiene ocupada con esa felicidad, con ese deseo de felicidad, con esa certeza de saberse invencible, indestructible. Mira a Crina, sentada en una esquina de la cama, hablando en un idioma que Pepa no comprende y llorando a moco tendido, pura emoción, que eso lo entiende porque es un idioma universal, y comprende, en ese momento, que ella siente lo mismo que Crina sin ser Crina, que se siente recompensada, en paz con la vida, al fin, por fin.

Así que no, no le vale otro final que no sea ese. No le sirve que Crina esté libre en otro lado porque en su casa le espera la habitación, la ropa, todo lo demás, y, por supuesto, no le sirve que esté en un vertedero con el cuerpo abierto, partido por la mitad, sin su bebé. Esa imagen de la Crina rota porque no ha llegado a tiempo le angustia tanto como le tranquiliza la otra, la de la Crina feliz porque la ha rescatado.

Lleva días, tres, los que hace que no la ve, sin apenas dormir. Da vueltas en la cama, y da vueltas a dos preguntas: qué le habrá pasado a Crina, y por qué no puede ser ella como era antes, tan egoísta, tan impermeable a los problemas de los demás, tan infeliz pero tan feliz al mismo tiempo.

El cuarto día sin Crina, se cruza con la vieja que empuja un carro de la compra de cuadros grandes, de los que venden en el chino. El negro fuma un cigarro con descuido en el balcón. No parecen incómodos ni preocupados. La vieja mira al negro y se saludan con la mano y con una sonrisa.

Se acerca a la vieja, con el perro, y le pregunta por Crina, a ver qué pasa, pero no pasa nada. La vieja le dice que no conoce a ninguna Crina.

—¿Cómo que no? Esa chica embarazada que vivía con usted.

—Conmigo solo vive ese. —Señala hacia el balcón—. El Jabulani.

—No, señora, hasta hace unos días vivía también una chica embarazada. Ella misma me lo contó.

La vieja se ríe, ampliamente, y deja ver el hueco vacío de los incisivos superiores.

—Que no, señora. Que solo vivimos el Jabulani y yo. Suba si quiere a casa y compruébelo usted misma.

Pepa insiste varios minutos, en bucle, que sí, que no, que no, que sí, que suba, que no subo, que vivimos solos, que dónde está la preñada, que no hay nadie, que la denuncio, pues denúnciame, que si es usted una delincuente, que si es usted una loca. La gente se arremolina a su alrededor, como en su fantasía, pero no la admiran ni la envidian por lo que ha hecho. No hay muchos, dos abuelos, tres señoras, el camarero del bar. Cuchichean entre ellos, se ríen por lo bajini, mira la loca, parecen decir.

Pepa los mira, y los increpa.

—¿Pero no os habéis dado cuenta? La chica embarazada, la rubia, que se sentaba en este banco todas las mañanas, ya no está. ¿No os habéis fijado? ¿No os preocupa lo que le pueda haber pasado?

Se encogen de hombros. Se van todos, menos la vieja.

—Nosotros somos invisibles, señora. Nadie quiere vernos. Da igual lo que hagamos o lo que no hagamos. Para ellos —los señala—, somos invisibles.

Se mete en el patio, y la deja sola con Ramón. Ramón tiene el rabo entre las piernas. Pepa comienza a caminar y se da cuenta de que ella también se aleja así, con el rabo entre las piernas para ocultar su terror.

No sabe a quién contárselo. Paco no le hace caso. Con Carmina Palau no tiene consulta, y Ramón el perro solo tiene de humano el nombre y esa mirada, como si la entendiera, pero en realidad no la entiende. No está tan loca.

A casa no quiere ir, así que va a la residencia. Se lo cuenta a su madre, todo. Le habla de Paco, de Crina, del hijo de Crina, de la venta del hijo, de la vieja, del negro, del número de teléfono que encontraron bajo la lluvia, y de aquella llamada, y del cuarto y de la vida que ha preparado para Crina, y de su desaparición, y en medio del relato también le habla de Paqui, de Lola, de la mujer de Ramón, y de Ramón, y de Carmina Palau y de todos esos recuerdos que están empezando a encontrar su lugar en esa cabeza que estaba tan desordenada, y de esas ganas de estar bien, de ser feliz, que están empezando a aparecer quién sabe de dónde.

La madre la escucha y se la acaricia, la cabeza, y le parece que Pepa, por momentos, deja de ser una señora y vuelve a ser una niña pequeña, una niña asustada, y se acuerda de una vez que escuchó contar en la radio que mientras tienes padres tienes infancia porque sigues siendo un niño para alguien, aunque seas un viejo, y piensa que es verdad, que su hija es una criatura desvalida que necesita su cuidado y

que eso la convierte a ella en alguien más joven todavía, y sonrío un poco.

Por la ventana del cuarto de la pecera ve a su novio, con paso dubitativo arrastrando una muleta.

—¿Sabes que creo que Rafael en realidad no es el Rafael del que yo estaba enamorada?

Pepa tiene la cabeza apoyada en el regazo de su madre. La levanta.

—¿Y qué tiene que ver eso?

La madre dice:

—¡Qué sé yo!

Pero luego rectifica y dice:

—Todo, en realidad. Tiene todo que ver. Porque Rafael para mí es lo que yo quiero que sea. Yo quiero que sea ese del que me enamoré cuando era una cría, pero ese también era lo que yo quería que fuese, porque nunca crucé ni una palabra con él así que... ¿qué más da que este sea aquel o que no lo sea?

Pepa la mira confusa. Josefa se lleva un dedo, el índice, a la cabeza.

—Todo está aquí.

Repite el gesto, varias veces.

—Rafael está más solo que la una. Él se pasa el rato contando todo lo que ha hecho, los países en los que ha estado, la gente a la que ha conocido, las mujeres con las que se ha acostado... Dice que no sabe ni los hijos que tiene por el mundo. Si es verdad lo que cuenta, debe tener decenas... Pero aquí lo tienes, más solo que la una. Y si no fuera por mí, no sabría ni lo que es el amor. Pero, mira, aquí estamos los dos, tan contentos. Yo porque tengo lo que quiero, y él porque tiene a alguien que le quiere y que le quiere de verdad y, si a veces le hablo de cosas que no conoce, finge que no las recuerda y disimula que no tiene ni idea de lo que le estoy diciendo. A lo mejor se piensa que estoy mal de la cabeza, o a lo mejor le da igual porque está bien conmigo. Y a mí me da igual porque sé que me quiere.

Guardan silencio, las dos, un instante.

—Todo está aquí, Pepa. Mientras has estado tratando de ayudar a esa chica, imaginando la vida que iba a tener gracias a ti, contigo... ¿no te sentías bien?

Pepa dice que sí.

La madre insiste con el gesto dedo-cabeza.

—Eso es lo importante, lo más importante... Y ahora que has estado bien, que has estado contenta, que has tenido alegría de vivir... No se te ocurrirá volver a ponerte como antes, ¿verdad?

Pepa quiere decirle que puede que se le ocurra, que antes vivía mejor, pero la mirada de la madre la obliga a mentir.

—No, claro que no, mamá.

—Perfecto. Ahora tienes tus pastillas y tus cosas, y la doctora te ayudará también a salir adelante con sus charlas y sus terapias. Pero tú, hija, dime una cosa... ¿Qué imaginas que le va a pasar a esa muchacha, ahora? ¿Qué te gustaría que le pasara?

Pepa llora, un poco. Se suena los mocos.

—Me gustaría que hubiera podido escapar, que estuviera bien, que no le hubiera pasado nada.

—¿Y que tuviera a su hijo, que estuviera en casa, con su familia?

Se suena los mocos, otra vez.

—Sí, eso también.

Josefa insiste, erre que erre, con el dedo en la cabeza.

—Pues así es como será, Pepa. Así es como tiene que ser para ti, de ahora en adelante. Y además, piensa que si ha sido así ha sido en parte por ti. Piensa que tú la has ayudado a salvarse.

—¿Yo? Pero si no he podido hacer nada...

—¿Cómo que no? Tú lo has intentado, y el padre de Paquita también. Eso que me has contado que ha dicho la vieja, es verdad... La gente no ve lo que no quiere ver, miramos para otro lado siempre, no nos gusta lo feo, lo triste, lo sucio... Solo queremos ver cosas bonitas, alegres, los niños, sí, los niños, pero ¿y los viejos? A los viejos que nos den candela... Y con esa chica igual. Nadie la ha visto. Pero tú sí la has visto, Pepa. Y a lo mejor eso lo ha cambiado todo. Quién sabe. Tú no sabes qué ha pasado. —Se lleva el dedo al cráneo—. ¿Qué más te da pensar que sí has tenido algo que ver, que has jugado un papel importante?

Pepa se queda callada.

—¿Sabes lo que decía Pérez Galdós?

Pepa niega con la cabeza, extrañada.

—Hija, es que aquí se lee mucho... Y Pérez Galdós decía que se ve con la imaginación, no con los ojos. Así que imagina lo que quieras que pase con ella. Imagina que está en su casa, con su madre, con su hijo. Pero imagina también lo que quieres que pase con tu vida, Pepa. Si quieres seguir como antes, o si quieres seguir como ahora, ilusionada, con ganas de hacer cosas, con ganas de vivir... Has hecho limpieza en todos los armarios, los de casa y los de tu cabeza. Y tienes una habitación nueva. Imagina lo que quieres que pase allí. ¿Qué es lo que quieres, Pepa?

Pepa guarda silencio.

Josefa insiste.

—¿Qué es lo que quieres? ¿No te gustaría estar contenta, reírte, enamorarte? ¿No te gustaría vivir la vida, Pepa? Porque para vivir basta con querer vivir.

Pepa repite lo que dice su madre, en su cabeza. Basta con querer vivir.

Epílogo

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca pide que el camino sea largo.

C. KAVAFIS

El móvil vibra dentro del bolso un par de veces pero le da pereza mirarlo y sigue con lo que está haciendo, que es nada. Lleva toda la mañana en la consulta, escuchando los problemas de los demás, como si ella no tuviera ninguno.

Sonríe, asiente, busca con disimulo el frasco de colonia, y se esfuerza por no pensar en su marido, que está distante; en su hija mayor, que se acaba de quedar embarazada de nuevo justo cuando le han dicho que no le renovarían el contrato; en su hija pequeña, que está de vacaciones en Tailandia y ella no hace más que soñar con tsunamis, como una tonta desequilibrada y no como una psicóloga colegiada.

Tampoco quiere pensar en una vecina, la del cuarto izquierda, que cree que todo el mundo está en su contra y para demostrar su rechazo a ese mundo que la rechaza ha empezado a arrojar lejía desde su galería cuando ella, que vive en el tercero, acaba de tender la ropa. Le ha estropeado ya dos coladas enteras, la hija de puta, pero como ella es psicóloga tiene que comprender que algo le pasa y no puede ir a su casa directamente a partirle la cara, que es lo que le ha apetecido las dos veces que ha encontrado su ropa echada a perder, sobre todo una camisa de seda que se había comprado como premio por llevar dos meses sin fumar.

Lo piensa, y le dan ganas de ponerse más colonia.

Se la pone, que para eso está sola.

Está tumbada en el sofá, en la consulta, a la espera de la próxima paciente. Se llama Toñi, es funcionaria y es ludópata. Se juega el sueldo nada más cobrarlo. Suerte que su marido es notario y no les falta para comer, pero ella quisiera curarse. A Carmina no le gusta, Toñi, le cae mal y no tiene ganas de atenderla, pero ya no puede cancelar la cita, aunque lo piensa.

Le duele la cabeza. Puede que se haya resfriado. Añora a Paloma. Quiere que vuele lejos, pero Tailandia es volar demasiado lejos. Si le pasara algo no podría llegar pronto para acunarla entre sus brazos. Y la mayor, Alejandra. Dos hijos y en paro. Tiene que decirle que todo va a ir bien, no puede asustarla con su propio temor. Le da miedo, por ellas. Se siente vulnerable. La fragilidad de ellas la vuelve frágil.

Hoy no está para curar a nadie. Hoy el mundo le parece un lugar hostil, desagradable, y le dan ganas de decirles a todos que motivos tienen para estar tristes, ansiosos, depresivos, y para tratar de evadirse de ese sentimiento lastimándose, tirando el dinero con juegos de azar o con las drogas, que no hay remedio para su mal, quiere decirles.

El móvil vuelve a vibrar. Piensa si será Paloma, desde Tailandia, anunciando la ola gigante. O seguramente, riéndose de ella. Pero es Paloma, sin duda.

Se levanta a por el bolso y saca el móvil, pero no es Paloma. Es José María Ángel, que le manda un wasap, con una fotografía de una chica rubia que sonríe a la cámara con un bebé en brazos. Le cuesta reconocerla, pero es ella. Casi seguro.

Al bebé apenas se le ve un pedazo de la frente, porque lleva la cabeza cubierta

con un gorro blanco. Tiene los ojos cerrados y una nariz chata, y por el arrullo sobresalen unos dedos diminutos de uñas romas.

Mira la fotografía, embelesada, durante varios minutos, y luego llama a su amigo.

—¿Es ella, José María?

—Es ella, Carmina. Tenías razón en todo lo que me contaste. Crina ha pasado varios años ejerciendo la prostitución obligada por una red de trata de personas, y ahora, como sospechabas, querían vender a su bebé cuando naciera. Le has salvado la vida a esa chica, y a su hija.

Carmina se ruboriza, al otro lado del teléfono.

—Yo no he hecho nada... Han sido Pepa y ese abuelo que la convenció de lo que estaba pasando.

—Si ellos hubieran venido a contarnos sus sospechas, por muy convincentes que hubieran sido, lamentablemente no hubiésemos podido hacer nada. Necesitamos pruebas, algo que verdaderamente nos indique que estamos ante un caso de retención ilegal, de trata de personas. No nos sirve con una mera intuición.

—¿Y por qué lo habéis hecho, entonces?

—Evidentemente, porque la denuncia vino de parte de alguien en quien confiamos plenamente. Yo confío plenamente en ti, en tu buen juicio. Si tú vienes y me dices que sospechas que una persona está retenida en contra de su voluntad, yo te creo e inmediatamente mando a una persona a interesarse por ella.

—Gracias por la confianza, José María.

—No tienes que dárme las. La confianza no es algo que se regala, sino que se gana a lo largo de la vida. No se me ocurrió dudar de ti, todo lo contrario. Al día siguiente de que tú vinieras, mandamos a una persona para que inspeccionase la situación.

—¿La rescataron, al día siguiente?

—No, no. Durante varios días, una mujer, rumana como ella, estuvo sondeando a Crina, ganándose su confianza, convenciéndola de que podíamos sacarla de allí. Piensa que tienen mucho miedo, a sus captores y también a la policía, porque en muchos países los propios policías están conchabados con los delincuentes, por eso cuesta tanto que confíen en nosotros y enviamos primero a una persona que no es policía, a alguien que haya pasado por una situación parecida y sea capaz de generar una empatía con la víctima... Ese es el primer paso; en cuanto reconoce lo que ocurre, entra en acción la policía.

—¿Así fue como rescatasteis a Crina?

José María asiente desde su despacho.

—Así fue. Cuando Crina le dijo a nuestro contacto que estaba lista, fuimos a por ella. La esperamos por la mañana, en la plaza, y la llevamos a un lugar seguro.

—¿Dónde?

—A la residencia de una ONG con la que colaboramos. Allí hay otras mujeres que han pasado por lo mismo que ella, y, por supuesto, psicólogos que las ayudan a recuperar su precaria estabilidad. Crina ha tenido a su bebé, está bien, animada,

contenta.

—¿Y qué ha pasado con la red que la prostituyó?

En su despacho, José María se encoge de hombros.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada. Hasta que Crina no los denuncie, no podemos actuar contra ellos. Crina tiene un mes para decidir si lo hace o no.

—Pero denunciará, ¿verdad?

Se encoge de hombros, de nuevo.

—Quién sabe. Hay chicas que no necesitan ni un minuto para pensárselo y denuncian inmediatamente, pero otras precisan de tiempo para recuperarse, para recuperar autoestima y seguridad... Y algunas no lo hacen, no denuncian, aun sabiendo que si denuncian se regularizará su situación en el país y que es el único modo de proteger a sus familias en sus países. Los datos que manejamos no son muy alentadores... El porcentaje de denuncias es muy bajo, igual que es muy bajo el porcentaje de detenciones y de rescates... Son mujeres que tienen mucho miedo, Carmina, que están anuladas psicológicamente. Cuando denuncian, se activa un protocolo de protección a los familiares en el país de origen a través de la embajada. Se contacta con la comisaría general de extranjería y desde ahí con el agregado de interior en la embajada, en el caso de Crina, la de Bucarest, que contacta con la policía rumana y la policía rumana con la familia de Crina...

Carmina se queda callada. El silencio es ensordecedor.

—¿Qué crees que hará Crina?

José María no lo sabe.

—No lo sé. Aún tenemos tiempo, y no queremos presionarla. Le han pasado muchas cosas, muchas, y la más importante es que ha tenido una hija... Ella es muy lista, es consciente de lo que implica no denunciar, tanto para ella como para su familia y para otras mujeres que puedan estar en su situación. De momento, nos ha dado el nombre de su novio, y sabemos que tiene una orden internacional de busca y captura. Ojalá los denuncie... Por ella, por ellos y, sobre todo, por las que podrían denunciar en el futuro.

Carmina suspira.

—Eso espero. Que los denuncie.

En su despacho, José María esboza una sonrisa.

—Pero centrémonos en lo que tenemos, Carmina. Crina es libre y su hija es libre. Y yo te llamo de parte de ella. Crina quiere darte las gracias, y quiere que tú le des las gracias a Pepa por lo que habéis hecho.

Le duele el pecho. Siente un pinchazo, rápido, como un latigazo, zas, que le cruza los pulmones. Sabe que no es un infarto, no tiene miedo, pero al mismo tiempo, tiene miedo porque nunca ha sentido una felicidad semejante, tan intensa, tan profunda, ni siquiera cuando era ella misma la que tenía a su bebé en los brazos por primera vez.

José María sigue hablando al otro lado. Le cuenta que los padres de Crina están viajando para llevársela con ellos. Es una chica muy lista, le dice, es casi médico, como tú, ya ves, siempre pensamos que estas cosas no les pasan a las personas que son como nosotros.

Piensa de nuevo en un tsunami, pero ahora de otro modo. Piensa en esa mariposa que bate las alas y que puede causar un huracán en el otro lado del mundo, piensa que la teoría del caos no es siempre necesariamente peligrosa, que los huracanes a veces, cuando lo ponen todo patas arriba, consiguen que todo esté mejor que antes.

José María le pregunta si se lo va a contar a su paciente, y Carmina piensa antes de contestar que quizá sea mejor para Pepa no saberlo porque Crina es para Pepa como el viaje a Ítaca para Kavafis y sin ella no hubiera emprendido ningún camino.

José María dice:

—El bebé es una niña. Crina pensaba llamarla Ioana, pero le va a poner Pepa. Me ha pedido que te lo diga.

Cuelgan.

Carmina anula la cita con Toñi y se imagina que, en algún lugar, lejos, una mariposa está empezando, suavemente, a aletear.

Nota de la autora y agradecimientos

Una tarde de hace muchos años, en una entrega de premios de una asociación de mujeres feministas, escuché la historia de una mujer que había sido obligada a casarse con un hombre mucho mayor que ella al que no conocía. En realidad, había sido vendida por su propia familia. La mujer había creído morir y más tarde había deseado estar muerta, pero la ayuda de una desconocida llegó cuando menos lo esperaba y cuando más lo necesitaba, estando embarazada de su primer hijo. La historia se me quedó dentro y pensé que algún día escribiría sobre ellas.

Tiempo después, una mañana saqué a pasear a mis perros. Delante de mí, caminaba una mujer con un perro pequeño atado con una correa. Le hablaba, le llamaba por su nombre, un nombre de ser humano. Mientras caminaba tras ella, pensé los motivos que pueden llevar a una persona sola a llamar a su perro con el nombre de un hombre. Pensé en la soledad, en los mecanismos del ser humano para sobrevivir, en la capacidad innata para generar afectos aunque no seamos conscientes ni de que los generamos ni de que son estos afectos los que nos mantienen vivos.

Así nació Pepa, una mujer en quiebra emocional que culpa al mundo de su desdicha y que descubre que ayudar a otros es la mejor forma, la única forma en realidad, de ayudarse a uno mismo.

En aquel breve trayecto también vino a mi cabeza la otra mujer, la mujer que fue vendida por su familia y que debió conocer una desesperación que yo no soy capaz ni de imaginar. Era africana y ayudada por una anciana acabó convertida en un ejemplo de lucha contra la mutilación genital femenina, pero en la novela de mi cabeza no era africana sino rumana, y no la había vendido su familia a un hombre sino que la había engañado su novio para venderla a una red de trata de personas y su vida se convertía en una tragedia.

Según la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito en el último Informe Mundial sobre la Trata de Personas, se producen al año más de 40 000 identificaciones de víctimas de trata de seres humanos. La mayoría, mujeres y niñas. El 69% es objeto de trata con fines de explotación sexual.

En nuestro país, la prostitución representa el 0,35% del producto interior bruto: 3700 millones de euros al año, 8,3 millones al día. Las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado desarticularon en 2015 cuarenta y dos organizaciones criminales y detuvieron a 471 personas. En el mismo año, se contabilizaron 13 892 personas en riesgo de caer en estas redes.

Sin embargo, estas cifras son estimadas, puesto que se desconoce el —elevado— porcentaje de casos que no son descubiertos o que, aun siéndolo, deciden no presentar ninguna denuncia.

Estas situaciones ocurren ante nuestros ojos, a diario. Y, a diario, preferimos

desviar la mirada, sostener sobre nuestros hombros nuestros propios dramas, pensar que no hay nada que podamos hacer para cambiar la trágica realidad de nuestros semejantes. Pero Pepa lo hace. Pepa da un paso al frente y consigue salvar a Crina y, de paso, salvarse a sí misma también. No hay nada más egoísta que la generosidad, le dice una amiga a Pepa durante la novela. Puede ser. Pero Pepa decide ser generosa y valiente y esa decisión acaba por cambiar también su propia vida.

Aquella mañana de hace tanto tiempo escribí esta novela en mi cabeza, aunque no sabía que tardaría años en poder sacarla de ahí y pasarla al papel, y esto no hubiera ocurrido sin la generosidad, y sin la valentía, de unas cuantas personas que no me dejaron dejar de escribirla cuando me faltaba tiempo, ganas, capacidad mental y emocional, y que me recordaron que, a pesar de las extrañas circunstancias que puedan rodear mi vida, yo soy, por encima de todo, sobre todas las cosas, escritora.

Gracias infinitas a:

Carmina Palau, imprescindible como siempre y necesaria como nunca, por hacer terapia las veces que ha sido preciso y por traer a mi vida a Cosmina Dohan.

Cosmina Dohan, a quien dedico esta novela, por contarme su historia, incluso las partes que ha decidido olvidar para poder seguir viviendo.

Alicia Piquer, Salva Broseta y Daniel González Serisola, primeros lectores, amigos del alma.

Julia Ruiz, Piedad Alújer, Rafa Vayá, Mónica Ramírez y Rosana Alcayde, que se han dejado los ojos leyendo galeradas.

Jose García Pastor, Pilar Aucejo, Amparo Navarro, Rosario Tamarit y Antonio Bravo, que hacen mi tarea fácil y, sobre todo, mejor, y, en general, a mis compañeros de trabajo en esta etapa tan nueva y tan apasionante.

Inma Arán Cabrera, que me abrió su corazón sin tener por qué.

Dariana Groza, que me prestó con alegría su nombre, el de su hermana, el de su madre, algún número de teléfono y mucho entusiasmo.

José María Ángel, determinante en el desenlace de esta historia y compañero de fatigas y batallas.

Álvaro Rodríguez, José Ramón Cloquell y Jaime Cuenca, comisario jefe de la Policía de la Generalitat Valenciana, comisario jefe de la Brigada Provincial de Extranjería de Valencia e inspector jefe de la Unidad Contra las Redes de Inmigración y Falsificaciones Documentales de Valencia —respectivamente—, que tuvieron la paciencia de explicarme los entresijos de estas redes criminales y las posibilidades de liberación.

Javier Salas, que generosísimamente me ha regalado su talento para la fotografía que acompaña este libro.



CARMEN AMORAGA (Picanya, Valencia, España, 1969) es licenciada en Ciencias de la Información. Su carrera literaria y su carrera como periodista han transcurrido siempre paralelas. Ha sido columnista del diario *Levante* y colaboradora en tertulias de radio y prensa periódica.

En 1997 obtuvo el II Premio Ateneo Joven con su primera novela, *Para que nada se pierda*. En 2007 resultó finalista del Premio Nadal con la novela *Algo tan parecido al amor*, y tras el nacimiento de su primera hija, escribió el ensayo *Todo lo que no te contarán sobre la maternidad*. En 2010 quedó finalista del LIX Premio Planeta de Novela con *El tiempo mientras tanto*. Obtiene el Premio Nadal de Novela 2014 con su novela *La vida era eso*. Tras tres años sin publicar, en 2017 sale a la luz su última novela *Basta con vivir*.